

Vamos a contar mentiras

B. S. Gairald

A watercolor illustration of a rustic wooden cabin with a snow-covered roof, set in a winter landscape. The cabin is reflected in a pool of water in the foreground. The scene is rendered in soft, muted colors, with a palette dominated by blues, greys, and whites, suggesting a cold, misty atmosphere. Bare trees are visible in the background, and the overall style is painterly and atmospheric.

LES ficción general

Vamos a contar mentiras

Vamos a contar mentiras

B. S. Gairald

LES
editorial

Primera edición en LES Editorial: marzo de 2018

© de la obra: B. S. Gairald, 2018

© de esta edición: Letras Raras Ediciones, S.L.U., 2018

Imagen original de portada de Ractapopulous

bajo licencia Creative Commons CC0

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S.L.U.

www.leseditorial.com

info@leseditorial.com

ISBN: 978-84-948263-1-3

IBIC: FA, FYB

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A T.,
el desamor de mi vida.*

Índice

Portada

Créditos

Dedicatoria

ARMARIOS

SOLO BLONDIE LO SABE

LA CARTERA

DORIAN

LA ESCAPADA

LA BELLA Y LA FEA

SUCEDIÓ EN GRANADA

CRIMEN EN EL HAYEDO

LAS INVESTIGADORAS PRIVADAS

LA ABUELA JUANA

PERSIGUIENDO A KD

LIENZO EN BLANCO

Autora

ARMARIOS

El camino hacia la casa había desaparecido bajo la nieve. Anselmo caminaba pesadamente, abrazado a una voluminosa lámpara de gas, hundiendo las botas hasta el tobillo. A lo largo de los escasos cien metros que separaban su casa del pueblo de su casa del campo, no dejaba de darle vueltas a la mala suerte de las cuatro chicas que habían venido a pasar un fin de semana rural para disfrutar del aire libre y la naturaleza y, sin embargo, se habían topado con un encierro entre cuatro paredes, eso sí, muy rurales. El anciano campesino metido a hostelero ya se lo había advertido: «Que viene una ventisca *mu* gorda», «que la nieve aquí es *mu* traicionera». Y eso exactamente es lo que pasó, que la noche del viernes al sábado nevó, nevó y nevó, la ventisca tumbó varios postes de la luz dejando a oscuras al pueblo y el hielo cubrió la cuesta de acceso a la hondonada donde se erguía humilde la casa de labor de Anselmo, reconvertida con todo su cariño en alojamiento rural de una espiga. Eran las dos de la tarde cuando el anciano llamó a la puerta.

—Buenas tardes, señoritas, aquí tenéis el *camping gas*.

Las *señoritas* eran unas treintañeras —nacidas en los primeros 80— a las que Anselmo ya había puesto la etiqueta de solteronas de ciudad, «de esas modernas que abundan tanto ahora», le dijo a su mujer. Las cuatro le respondieron a la vez con desganados saludos. Estaban todas enfrascadas en alguna labor: la espigada Blanca y la robusta Concha preparaban la mesa para comer, Helena —con H como la de Troya, porque sus padres eran muy *cool* — azuzaba el fuego de la chimenea con el vigor que da el buen tono muscular, y Sofía, con ademanes nerviosos, mantenía en alto su móvil buscando inútilmente cobertura.

—Pues esto da bastante luz, ya lo veréis —dijo Anselmo señalando la lámpara de gas—, además hoy hay luna llena y si descorréis las cortinas seguro que entra mucho resplandor.

—¿No hay cobertura en todo el pueblo? —preguntó Sofía.

—*Ná de ná*, se han caído dos torres de luz y los repetidores no tienen electricidad. Está *tó* muerto.

—¿Y esto cómo va? —volvió a preguntar Sofía dirigiéndose hacia la lámpara.

Pero antes de que Anselmo pudiera intervenir, Helena abandonó la chimenea y, con paso y gesto firme, dijo: «Yo sé cómo va, deja», apartó a su amiga y empezó a trastearlo ella.

—Bueno, pues ahí os dejo, esto tiene gas de sobra, a ver si ya mañana se despeja el camino..., y coged toda la leña que os haga falta, ¿eh? Bueno, me voy.

Esa mañana se habían levantado tarde, porque el estruendo de la ventisca no les había dejado dormir hasta bien entrada la madrugada. Durante la noche, Concha había intentado distraerse acariciando a Blanca, pero Blanca no estaba de humor. En la otra habitación, con dos camas individuales, Sofía no paró de dar vueltas y de resoplar acompañada por el profundo sueño inducido por benzodiacepinas de Helena. A las diez las despertó Anselmo con las nefastas noticias de los estragos de la tormenta: estaban incomunicadas, sin luz, sin calefacción, sin cobertura y con mucho hielo en el camino de salida. Después de desayunar decidieron ingenuamente que aun así darían una vuelta por los alrededores, la tormenta ya había pasado y con los buenos abrigo y las buenas botas que habían traído no sería tan complicado. Pero sí lo fue. Hundieron sus botas en la nieve blanda y resbalaron por el hielo duro, y acabaron con los pies mojados y con algún que otro moratón. Su excursión apenas duró media hora y regresaron a la casa con menos ánimo del que salieron. Enseguida llegó Anselmo con la lámpara y con la confirmación de las malas noticias. En cuanto se marchó el anciano, Blanca le espetó a Concha con tono meloso el primer reproche:

—¿Ves, cariño, cómo tendríamos que haberlo anulado?

Su novia la miró frunciendo mucho el ceño, porque era muy expresiva.

—Ni de coña, pedí este fin de semana libre hace un mes y no veas lo que me ha llorado mi jefe. Vemos el campo por la ventana y ya está.

Concha era cocinera en un restaurante y tremendamente pragmática.

Teniendo en cuenta cómo pasaron la mañana, la comida había transcurrido más animada de lo que se podía prever; los efectos del vino lograron elevar el ánimo de las cuatro chicas, infundiéndoles nuevas energías. Destaparon la botella de ron que Concha echó «por si acaso» y ya habían tomado sendos carajillos. Ahora estaban tiradas en el suelo sobre los dos colchones que habían sacado de la habitación de Sofía y Helena y se disponían a jugar a cualquier juego estúpido que les hiciera beber con cierta frecuencia.

—Yo no me sé juegos de esos —dijo Blanca—, pero os puedo dar unas clases de yoga... —Ella era yogui, aunque estudió biblioteconomía como Sofía, que trabajaba en una biblioteca.

—Quita, quita —Helena hizo un gesto desdeñoso—, a mí el yoga me pone nerviosa.

—Pues te vendría bien para eliminar todo el estrés del trabajo.

—Yo no me estreso en el trabajo.

Helena estudió ingeniería informática... quizá para llevarles la contraria a sus padres, que eran muy de letras.

—Tú no te das cuenta —siguió hablando Blanca con tono didáctico—, pero la exposición reiterada a pantallas de ordenador produce estrés ocular y fatiga, por las malas posturas... Te vendría muy bien.

—Ya voy al gimnasio, gracias.

Blanca iba a seguir intentando ganar una adepta a su filosofía de vida, pero Concha se adelantó:

—Podemos jugar al «yo nunca...»^[1].

—¡Puf! —resopló Helena—. ¿Qué tenemos, quince años?

—El «yo nunca» no —refunfuñó Sofía—, que al final todo el mundo ha hecho de todo en los sitios más exóticos y yo acabo pareciendo una monja.

—Ohhh, ¡qué vida más triste! —exclamó la informática con socarronería.

Ese era el segundo comentario de Helena en lo que iba de día que había irritado a Sofía, el primero fue cuando la apartó con autosuficiencia de la lámpara de gas para demostrar su pericia y la ausencia de ella en su amiga. Y ahora otra vez la hacía sentir pequeña, insulsa, débil e insegura.

—Yo nunca... soy borde —le espetó Sofía con sarcasmo—. ¿No bebes, Helena?

—Ja, ja y ja.

—Haya paz, hermanas, nada de «yo nunca», ya está —sentenció Concha. Y el tono meloso de Blanca se abrió paso con afilada punta.

—Podíamos hacer un cuentacuentos.

Todas se miraron con extrañeza y Concha se echó a reír.

—Que sí —insistió Blanca—, nos inventamos una historia o alguna que hayamos leído o de una película o también podemos contar una historia real que le haya pasado a alguien que conozcamos o a nosotras mismas.

—Buah, yo no tengo tanta imaginación —protestó su novia.

—Que sí —insistió la yogui—, ya verás como es fácil. Podemos hacer que las historias estén encadenadas... una cuenta algo y la siguiente se basa en un personaje o en el lugar o en lo que sea y de ahí saca la inspiración para su historia, y así sucesivamente.

—¿Y cuándo se bebe? —quiso saber Helena.

—Pues las que escuchan tienen que decir si es real o inventada y la que no acierte, pues bebe.

—Pues entonces yo voy a beber cuando quiera —sonrió Concha—, ahora, por ejemplo.

—Si no se me ocurre ni una frase para el «yo nunca», anda que se me va a ocurrir una historia entera —protestó Sofía.

—Que sí, que ya verás cómo te acuerdas de libros, amigas, de series... cualquier cosa valdrá —la animó Blanca.

—¿No eras tú la artista del grupo? —Helena se refería a la afición de la bibliotecaria por el dibujo.

—Eso es otra cosa..., y no soy una artista.

Helena siempre había sentido un poquito de admiración por esa faceta creativa de su amiga, ella no lo era para nada, pero no se lo iba a reconocer.

—Pues será.

—Yo nunca... he jugado a eso —apuntó Concha— y ahora bebo, ¿no? Aunque no toque. Ja.

—Yo tampoco, cari, me lo acabo de inventar —dijo Blanca—, pero vamos a intentarlo o la tarde se nos hará eterna. Venga, empiezo yo.

—¿De verdad que vamos a jugar a eso? ¿De verdad que eso es un juego? —Helena no lo tenía nada claro.

—O también podríamos usar de guía el abecedario... —Blanca seguía a lo suyo— para que se nos ocurra algo, por ejemplo, podemos pensar una

palabra que empiece con la letra A, luego con la B, como un *brain storming*, y así hasta la Z, y...

—¡Hala, tía! ¿Pero cuánta imaginación te crees que tenemos? — interrumpió Helena—. Yo veo poco alcohol para tanta creatividad.

Sofía las miró una a una con perplejidad y le dio un buen trago a su ron. El primero de muchos.

—Venga va, lo hacemos con las letras —se animó Blanca—. A ver, historias que se os ocurran con la A...

—Aburrimiento —dijo Helena.

—Afrodisíaco. —Rio Concha.

—Asco —añadió Sofía.

—Veeenga vaaa... —se quejó Blanca—. ¡Armarios! —exclamó—, vamos a contar cómo salimos del armario, ¿vale? Es un buen comienzo, ¿no?

Todas la miraron en silencio, Helena hizo una tediosa caída de ojos bastante explícita de lo que le parecía todo aquello, Concha bebió por no mostrar ninguna expresión rara que pudiera enojar a su chica y Sofía le sonrió levemente como buena amiga que era.

Fue Blanca quien empezó a contar su propia historia de cómo salió del armario y, al final, se animaron todas.

La madre de Blanca subía las escaleras de su dúplex con pasitos ágiles y mirada desenfocada, reflejo de la dispersión de sus pensamientos. La sutil tela de su vestido de aires hindúes ondeaba al viento; en las manos llevaba una bandeja con una humeante tetera con dibujos orientales, un par de tazas a juego y un porta incienso con motivos árabes y la barrita aromática ya colocada. En la habitación la esperaba su hija dándose aire con un paipái, sentada al otro lado de una mesa plegable presidida por un sonriente buda y una bruja de la suerte. Era verano y hacía un calor pegajoso y denso, pero la madre de Blanca insistía en prescindir del aire acondicionado todo lo soportable, porque contaminaba mucho. Las amigas de Blanca la llamaban «la hierbajos», no solo porque tenía en su despensa más clases de té de los que podían recordar, sino porque a veces decía cosas raras... como si estuviera un pelín fumada.

La madre de Blanca dejó la bandeja sobre la mesa y encendió el incienso, al tiempo que su hija inspiraba con resignación la última bocanada de aire libre aún de efluvios árabes. La madre sirvió el té, colocó tazas e incienso sobre la mesa y retiró la bandeja, todo ello con una ceremonia y una lentitud que exasperaban a Blanca, exasperación, por cierto, disimulada con gran maestría. La madre se sentó en la silla libre y sacó una baraja de tarot de su bolsillo. Estaba claro que a esta señora le importaba un pimiento la coherencia cultural, porque el tarot, de origen europeo, no iba a juego ni con la tetera china ni con el vestido hindú ni con el incienso árabe, realmente ninguno de estos elementos pegaban entre sí.

—Bueno, cari, haz la pregunta. —Y le regaló una amplia sonrisa a su hija.

—Quiero saber si voy a encontrar el amor pronto, si voy a tener pareja en un futuro inmediato —dijo Blanca de carrerilla, como un mero trámite que había que cumplir y que formaba parte del ritual exigido por el tarot.

Blanca tenía entonces veintitrés años y, para su madre, nunca había tenido novio, solo se dedicaba a estudiar y a quedar con sus amigas, y estaba realmente preocupada por su pertinaz inocencia en asuntos amorosos. Con lo liberal que había sido ella siempre... Así que la convenció para intentar que el tarot arrojara alguna luz sobre el futuro sentimental de su hija. Y su hija se dejó convencer harta de escuchar hasta el aburrimiento la misma machacona pregunta: «¿Tienes novio?, ¿tienes novio?, ¿tienes novio?».

El calor era pegajoso y húmedo, el incienso humeaba, el té humeaba y unas perlas de sudor asomaban sobre la nariz de Blanca, que observaba cómo su madre separaba las cartas en dos montones, cogía uno en cada mano y empezaba a barajar concentrada, con las manos a la altura del segundo chacra —el ombligo para los profanos—. Después de varias inspiraciones y espiraciones profundas, ofreció la baraja a su hija para que la cortara. Su madre tomó las cartas de nuevo y cerró los ojos. Entonces Blanca se llevó la taza a los labios, pero la apartó de inmediato con un gritito, ¡estaba ardiendo! Y la madre salió repentinamente de su afectada concentración.

—Anda, mamá, trae unos hielos, porfa, es que no puedo bebérmelo.

—Cari, ¿ahora? Que estamos a medio.

—Pero si ya has barajado, lo que vaya a salir ya está, *alea jacta est...*

—Uy, ya sabes que de inglés voy justita.

Mientras Blanca ponía los ojos en blanco, su madre dejó el mazo de cartas sobre la mesa y bajó a por el hielo. En cuanto desapareció escaleras abajo,

Blanca se tiró como una loca a por las cartas y empezó a reordenarlas siguiendo el patrón que tenía requetensayado y, para cuando su madre volvió, la baraja estaba, aparentemente, tal y como la había dejado ella.

Una vez recuperada su concentración, la madre colocó unas cuantas cartas bocabajo sobre la mesa y las fue levantando una a una, interpretando vagamente lo que el destino le deparaba a su hija: había amor, enamoramiento, pareja, pero no aparecían por ningún lado figuras masculinas, solo emperatrices, papisas, reinas..., era desconcertante. La verdad era que sus conocimientos tarotistas eran bastante limitados, como lo eran sus conocimientos en general, pero creía saber lo suficiente como para acabar más confusa y preocupada de lo que estaba antes de consultar a los arcanos.

Un mes después de la tarde del tarot, Blanca desveló a su madre que había conocido a alguien que creía que era la pareja sentimental que le mostró el tarot y que estaba convencida de que tenía que ser uno de esos arcanos, mayores o menores, todos de género femenino... Su madre era muy moderna para algunas cosas y muy antigua para otras y, aunque no había pensado mucho en ello, como en casi nada que no fuera esotérico o exótico, sus comentarios sobre la homosexualidad siempre habían sido un tanto políticamente incorrectos, y por eso Blanca nunca se había atrevido a confesarle su lesbianismo ni, por supuesto, que era cierto que no había tenido novio, sino diversas novias desde la temprana adolescencia.

—Así que, mamá, tal y como estaba en las cartas, por fin tengo pareja y es... de género... femenino.

Blanca lo soltó por fin, y blanca se puso su madre, que pareció haberse ido de viaje astral durante unos interminables segundos. Pero enseguida se recompuso, porque... ¡estaba en las cartas! No se podía luchar contra esas poderosas fuerzas. Así que, a partir de entonces, la madre de Blanca amplió su concepción del mundo homosexual: para ella existía la homosexualidad que venía del vicio, la que venía de algún trauma y ahora también la que, como le había ocurrido a su hija, la que venía del más allá.

Helena, Pedrito y Eva estaban sentados en el suelo haciendo un trabajo de ciencias naturales para el colegio, y su modo de documentarse era jugar a los

médicos. Pedrito, el doctor, palpaba torpemente el pecho preadolescente de Eva ante la mirada curiosa de Helena, que a continuación observó con gran interés el beso que el niño le dio en los labios a su compañera de clase. Por fin, el doctor se separó de su paciente y Helena sonrió ante la llegada de su turno: se acercó a Eva, colocó la mano sobre el pecho de su amiga y, bajo la mirada alucinada de esta, se disponía a darle también un beso cuando un manotazo de Pedrito la apartó de ella: «¡Idiota, a ella no, a mí!». Helena lo atravesó con la mirada, más aún cuando lo vio acercarse hacia su propia boca, sonriente y confiado, y cuando estaba a punto de besarla, Helena le soltó tal trompazo en la cara que lo sentó de nuevo en el suelo, pero esta vez con la nariz rota.

Meses más tarde, Helena ya había cumplido los doce años y seguía pensando en el beso no dado a Eva, así que ideó un plan para zanjar el asunto: conseguiría un porro, se lo ofrecería a Eva en el recreo, se lo fumarían en los vestuarios del gimnasio, y allí, entre risas desinhibidas, le daría un beso, pero un beso de verdad, no la mierda esa que le había dado Pedrito.

Helena confiaba plenamente en su plan: el punto uno, conseguir el porro, no era problema, ya que sus padres eran unos progres intelectuales que fumaban marihuana a escondidas de su hija, pero lo hacían tan torpemente que, a pesar de sus precauciones, la niña sabía exactamente dónde se los fumaban, cuándo y el lugar secreto en el que escondían la parafernalia porrera. Además, si la pillaban, no creía que le cayera una bronca muy gorda, porque eran tan guais que no la castigaron cuando le rompió la nariz a su compañero, porque había sacado una nota excelente en el trabajo de ciencias, y para sus ilustrados

padres eso compensaba ese pequeño desliz violento que, además, Helena justificó muy bien ante sus ojos. Para ellos el aprender, asistir a clase con interés, el saber y, por lógica, los resultados académicos eran lo más importante, sobre todo en letras, pero en ciencias también valían.

El punto segundo del plan tampoco era problema, Eva era un poco loquilla y se dejaba convencer para cualquier cosa que sonara divertida: meterse una habichuela por la nariz, tirarse de cabeza por un tobogán, jugar a los médicos o fumarse un cigarro en tres caladas. Fumarse un porro podría ser para ella una progresión lógica en su peculiar búsqueda de diversión. Sus padres eran las antípodas de los de Helena: religiosos, pijos, conservadores y aburridos, así que no era de extrañar que la chica explorara otras vías fuera de las

rigideces domésticas. Lo más importante para ellos eran las apariencias y Eva se esmeraba mucho en aparentar que era una estudiante aplicada, una hija responsable y una adolescente comedida.

El punto número tres del plan, no ser vistas durante el recreo, también lo daba por hecho, ya que el gimnasio quedaba apartado del patio y nadie iba a esa zona durante el recreo.

Llegó el día y tenía la hierba, el tabaco y el papel, se lo había enseñado a Eva y se habían colado en el gimnasio. Ahora tenía algo menos de veinticinco minutos para lograr el objetivo de su misión. Pero con lo que no había contado Helena era con las dificultades de liar un porro, así que estuvo más de un cuarto de hora hasta que logró un canuto fumable. Diez minutos después, ya estaban pasándose entre risas, consumido ya más de la mitad. El timbre del final del recreo sonó sin que Helena hubiera completado su plan, así que tenía que darse prisa. Incitó a Eva a dar una profunda calada, ella le dio otra y miró a su amiga con sonrisa seductora mientras dejaba escapar lentamente el humo de su boca. Humo que se escabullía por una de las pequeñas ventanas que había sobre ellas y que servían de respiradero del vestuario. Una corriente de aire había hecho que el reconocible aroma llegara a las finas narices de doña Catalina, la profesora de lengua, que estaba asomada a la ventana de clase buscando a las dos niñas que faltaban. Mientras ella husmeaba por los alrededores del gimnasio buscando el origen del aroma, Helena se acercaba a Eva.

—¿Nos pasamos el humo?

Eva rio pícaramente, le dio una calada, se colgó del cuello de su amiga y se besaron entre risas, humo y toses. Entonces Helena se puso seria y le cogió la cara con las manos, como había visto en las películas, y la besó con todas sus ganas y se atrevió incluso a usar la lengua. Y Eva se dejó.

—¡¿Pero qué es esto?! —dijo con su voz de pito doña Catalina.

Las chicas se separaron de un salto y miraron asustadas la cara desencajada de la profesora. Pero enseguida el efecto del porro las hizo reírse de la azorada doña Catalina, pálida y muda de la impresión. El cigarro aún seguía humeando en la mano de Eva.

—¡¿Os estabais besando?! —

Eso era lo que tenía trastornada a la profesora sesentona. Un crucifijo subía y bajaba sobre su pecho al compás de su agitada respiración. Cuando consiguió recomponerse, apenas podía articular palabra.

—Vamos... con el director... ahora... ¡tira eso!

Eva tiró el porro y Helena lo pisó, dejaron de reírse y en su expresión afloró la súplica. La profesora echó a andar con paso tan acelerado que apenas podían seguirla las niñas.

—¡Vamos! ¡Por Dios! ¡Pero... ¿será posible?! —farfullaba—. ¡Sois unas marranas!

Pero las chicas tenían muy claras las prioridades de sus padres y sus miedos eran otros.

—¡Por favor, por favor, por favor, no le diga a mis padres que me he *fumao* un porro! —lloriqueó Eva.

—¡Por favor, por favor, por favor, no le diga a mis padres que me he *fumao* una clase! —suplicó Helena.

Esa tarde doña Catalina habló con los padres de las chicas y, para su horror, los de Helena ya sabían las tendencias de su hija y, lo que era peor, les parecía bien.

En el patio de la casa de los abuelos de Concha —Conchi por aquel entonces — había más de cuarenta personas, desde bebés hasta nonagenarias, y todas eran de su familia menos «la Cristi», a la que había invitado Conchi, y «el Toni», al que habían invitado sus primas.

Toni fue el primer —y único— novio conocido de Conchi, lo desconocido era que la chica había tenido varias parejas y rolletes de género femenino. Volviendo a lo conocido, Toni se cansó de la distante Conchi y la dejó. Toda su extensa familia daba por hecho que ese era el motivo por el que la chica no había vuelto a tener novio: Toni la había herido, la chiquilla se había quedado colgada del guaperas del pueblo y no lo había podido superar... Aquel desamor sucedió cuando ella tenía quince años, ahora tenía dieciocho y unas horas, de hecho, la familia se había reunido para celebrar su mayoría de edad. Toni se había marchado del pueblo para estudiar una FP y esta ausencia había sido la coartada perfecta para mantener la imagen de chica irremediabilmente enamorada de su primer amor, ilusión que era alimentada sutilmente por ella, que así se libraba de dar explicaciones menos superficiales y más comprometedoras acerca de las razones de su desidia por los hombres. Ella, en otras facetas de la vida, rezumaba alegría y energía, era activa, impulsiva y

positiva. Lo malo era que su familia también poseía una personalidad semejante, un carácter expansivo, arrollador y ruidoso hasta la distorsión.

Toni acababa de volver al pueblo para quedarse, y allí estaba, en la gran fiesta de Conchi, invitado por sus meteretas primas, y dispuesto a cortejarla —o lo que sea que se haga con dieciocho años— de nuevo. Las primas ya se habían encargado de ponerle al corriente de los sentimientos que Conchi aún albergaba por él, y él se sintió halagado y confiado ante una presa tan fácil. La verdad era que le gustaba mucho, Conchi estaba ahora mucho mejor que con el acné quinceañero, y solo esperaba que no siguiera siendo tan mojigata.

Toda la familia sabía de un modo u otro, más o menos preciso, que esa noche en la fiesta de cumpleaños de Conchi, Toni, su amor tantas veces añorado, se le iba a declarar. Todos lo sabían menos la cumpleañera y Cristi, su chica del momento. Conchi ya estaba medio mosca porque sus primas no hacían más que hablarle melosas de Toni: que había venido a la fiesta, que estaba muy guapo, que qué le había dicho, que qué le iba a decir, que... Hasta que Conchi las cortó con un tajante: «Me voy a por hielo».

—¿Me ayudas en la cocina? —preguntó Conchi.

—Claro. —Sonrió Cristi.

La puesta de sol había traído una temperatura muy agradable, muy bien recibida después del caluroso día y la abundante comida. La sensación de bochorno había sido mayor porque casi todos habían bebido de más. Conchi se había tomado un par de litros de cerveza y dos ron con piña a lo largo de cinco horas, y Cristi, lo mismo más un chupito de pacharán. Las dos eran bastante resistentes al alcohol, pero en su huida hacia la casa casi se comieron la silla de ruedas de la bisabuela de Conchi: «Qué guapa te has puesto hoy, pillina», balbuceó sin dientes la anciana, que también le había dado al pacharán. Ella también *lo* sabía. Conchi asintió distraída y caminó hacia el interior de la casa.

—Pillina, estás muy guapa. —Rio Cristi agarrándole el moflete.

La chica se cercioró de que no había nadie en la cocina y acorraló a su pareja contra la pared detrás del frigorífico, ocultas de quien entrara. Pero Toni había visto a su exnovia tropezar con la bisabuela y, cuando no la encontró, le preguntó a la anciana.

—¿Conchi? —escucharon su voz resonando en la cocina—. ¿Conchi?

Y Conchi sacó su lengua de la boca de Cristi y se miraron con ojos horrorizados y beodos. La chica sabía que tenía que salir al encuentro del

chico o las pillaría inexplicablemente juntas detrás del frigorífico.

—¿Qué pasa, Toni?

Mientras Conchi se lo llevaba fuera, Cristi permanecía incrustada en la pared con la cara pegada a la parte trasera del frigo, tan aturdida por el alcohol como por el ensordecedor ronroneo del viejo aparato.

—¿Dónde vas con tanta prisa? —Se detuvo Toni—. Quiero hablar contigo.

El chico arrastraba un poco las palabras y se movía con cierto vaivén, y solo a la tercera consiguió atrapar un mechón de pelo y apartárselo de la cara a Conchi.

—Estás muy guapa.

—¿Es que no has hablado ya conmigo? ¿Se te ha muerto la otra neurona o qué? —le dijo Conchi quitándole la mano del pelo, mano que volvió a su cabeza como si estuviesen unidas por una goma elástica—. ¡Ah, qué tío más *pesao!*, que ya te he dicho que no, que ya se me pasó lo tuyo.

—Pero qué rancia eres... tus primas no dicen eso, lo que te pasa es que te quieres vengar y te quieres hacer la dura conmigo... Venga.

Y la rodeó con los brazos y se acercó para darle un beso al tiempo que la chica arqueaba al máximo su espalda para alejar su boca de la de él, cual cobra.

Conchi salió trastabillando al patio, furiosa y aturdida por el acoso de Toni y por la bebida. Primero sus primas la abordaron.

—¡Ay, tía, ¿qué ha pasado?!

—¿Qué te ha dicho?

—¿Te ha besado?

Después, cuando se zafó de ellas, la abordó la bisabuela.

—El Toni me ha preguntado por ti.

Conchi la ignoró y retomó su camino hacia la calle, pero alguien la cogió del brazo y la detuvo.

—¿Adónde vas tan corriendo? —preguntó su madre—. Vente, que tienes que soplar las velas.

—¡Uf! Parecéis una plaga —se quejó su hija.

Y su madre la arrastró hasta colocarla delante de una gran tarta con dieciocho velas. Toni y Cristi la observaban desde distintos lugares: él a un par de metros, imponiendo su presencia, y la chica, pegada a la verja del fondo semioculta por una adelfa.

—Nena, pide un deseo. —Sonrió su madre señalando con la cabeza hacia

Toni, al que guiñó un ojo.

Conchi cerró los suyos, resopló y bebió de un trago los restos de algún cubata aguado que había sobre la mesa; estaba a punto de estallar, estaba harta, sensación real aunque aumentada por la bebida.

—Deseo que me dejéis en paz —pidió con voz de borracha—, que paso del Toni, ¿vale? Que estáis muy pesados con el Toni. Y bebed un poco más, a ver si me olvidáis un rato.

—Pero hija, tesoro, a qué viene eso ahora... no, no, no, pero si él ya lo sabe, tesoro, no sufras más...

—¡Que no sabe una mierda, coño!

El Toni la miraba en plan chulo con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Que no me gustas tú ni me has gustado nunca, joder! —Lo miró desafiante—. ¡Que me gusta otra! ¡Otro! ¡Otra persona!

Y la Cristi se iba perdiendo cada vez más dentro de la adelfa. Y, tras un profundo suspiro, Conchi habló de nuevo.

—¡Que tengo novia, coño! ¡Que soy lesbiana! ¡A la mierda!

Y todos la miraron con pasmo, menos la bisabuela, que no oía bien.

—¿Qué ha dicho que le pasa?

Y Cristi, súbitamente blanca, abandonó la adelfa y reptó hacia la salida asida a la verja para no caerse por la borrachera o por la impresión.

—¡¡Bollera!! —le aclaró Concha a la anciana, al tiempo que Cristi daba un bote del susto—. ¿Me explico? ¡Tortillera! ¡Homosexual! ¡Gay!... ¡Tríbada! ¡Safista!... ¡Maricona! —Y rompió a reír.

Y los más de cuarenta familiares guardaron silencio, durante mucho tiempo, abrumados ante tal riqueza de vocabulario.

—Pili, que... nací en Beirut... —confesó Sofía.

—...

—Que soy... libanesa...

—...

—Libanesa —insistió como si fuera algo obvio.

Tras esas escuetas palabras, Pili pasó una semana entera atribulada, convencida de que su amiga del alma era adoptada y árabe.

Por entonces Sofía tenía diecisiete años y el único referente lésbico televisivo era el subtexto de *Xena, la Princesa Guerrera*, y la única lesbiana real que conocía era Pili, su mejor amiga del instituto. Pili era impulsiva, desinhibida y un poco hortera. Era la antítesis de la tímida, seria y sobria Sofía, que envidiaba la capacidad de su amiga para que cualquier problema pareciera una tontería.

Con quince años, Pili le había confesado a Sofía que era bisexual, porque además de Javier, su amor de verano, también acababa de enamorarse de la profesora de lengua; a los dieciséis le anunció que creía que era solo lesbiana, porque su amor de verano ahora era una chica —con la que se había ido ya a la cama— y su amor, platónico, del resto del año era la profesora de inglés. A Sofía le tartamudaron los pensamientos ante tales confesiones y se bloqueó, incapaz de decir nada más que un puñado de frases hechas: no entendía lo fácil que era para su amiga, lesbiana desde anteaer, confesarse en tiempo real, cuando ella misma llevaba años rumiando su lesbianismo en soledad, incapaz de decírselo a nadie. Y en ese momento tan propicio tampoco lo hizo, pasó la oportunidad con la primera confesión de su amiga, el tiempo transcurrió y nunca parecía un buen momento. Se sentía muy estúpida y cada vez la bola de su estupidez se le antojaba más y más grande.

Y entonces, en un capítulo de *Las chicas de oro* que vieron juntas, un personaje confundió *lesbiana* con *libanesa*, dando origen a un episodio cómico en la serie y a un nuevo episodio estúpido en la vida de Sofía.

Pili, tras esa semana entera que estuvo rayada pensando en los orígenes libaneses de su amiga, y a pesar de su visión literal del mundo, se acordó de aquel capítulo que vieron semanas antes y se le hizo la luz, corrió al encuentro de Sofía, le preguntó directamente y su amiga por fin le confesó entre sollozos que sí, que era lesbiana y que siempre le habían gustado las chicas. Pili alucinó, no por el hecho lésbico en sí, sino porque le resultaba del todo incomprensible la tardanza en decirlo y lo rebuscado del modo de hacerlo, y eso que Sofía se dejó en el tintero que llevaba enamorada en secreto dos años de una compañera de clase con la que no había intercambiado ni tres frases en todo el instituto.

Pasó un año y pico y la lesbiana confesa fue a la universidad. Una noche, su compañera del piso de estudiantes la acorraló a preguntas de índole sentimental.

—Pues no he tenido novios —contestó agobiada Sofía.

—Tía, pero te habrá gustado alguien, ¿no? Que tienes casi veinte años — insistió Isabel.

—Pues... bueno, sí que me ha gustado alguien...

—¿Y?

—... desde los quince..., pero era un amor imposible. Y ya está, no digo nada más.

Estaban en una discoteca de ambiente universitario donde eran populares las bebidas de múltiples colores chillones. Tras dos horas bebiendo, casi habían tomado todo el arcoíris, pero Isabel seguía incapaz de sonsacarle quién era ese «amor imposible», y de veras que lo intentó: «¿Es que era un primo?, ¿era muy mayor?, ¿muy joven?, ¿otro familiar?, ¡¿incesto?!», ¿un profesor?». Y la bola de la ridícula estupidez volvía a crecer y cada vez era más tarde para una salida digna.

—¡Joder, que va a ser una tía! —gritó Isabel a la mañana siguiente, cuando la idea atravesó su resaca como un rayo.

La chica saltó de la cama y corrió a la habitación de Sofía, la zarandéo hasta despertarla y le comunicó su conclusión. Y Sofía, de nuevo entre sollozos, confesó su lesbianismo, incapaz de eludir un buen drama.

Su última salida del armario traumática ocurrió cuatro años más tarde con su hermano, que la cosía a preguntas sobre sus novios, espoleado por el halo de misterio que rodeaba la vida sentimental de su hermana mayor. Como se había ido a estudiar fuera de casa, le había sido más fácil inventarse novietes para que su cotilla hermano la dejara en paz, pero se le olvidaban los detalles y su hermano tenía una memoria de elefante, y un día la acorraló con preguntas porque se olía algo raro y la sometió a un test de exnovios que Sofía no pudo superar: confundía la carrera de un ex con la del otro, los viajes que hicieron, los hermanos que tenían cada uno, los apellidos, el color de ojos... todo lo mezclaba y modificaba, y su hermano no soltaba la presa, preguntando y repreguntando que qué pasaba con toda esa montaña de porquería que estaba contando, y la puso en evidencia de tal manera que Sofía no pudo soportarlo más y estalló: «¡Que soy lesbianaaaaaa!».

Su hermano era dos años menor que ella y, a pesar de ser bastante cotilla, era muy responsable, serio, buen estudiante y buen hermano, así que la consoló y le dijo que no se preocupara, que tenía todo su apoyo y que la homosexualidad no era nada de lo que avergonzarse y que estaba muy bien

salir del armario... menos en casa: «No se lo digas a papá y mamá, que te los cargas», fue su primera muestra de apoyo.

Y hasta el día de hoy sus padres siguen vivos.

Después de contar su historia, Sofía se bebió de un trago lo que le quedaba en la copa mientras Helena la miraba con risita burlona.

—Si esa fuera mi historia, yo también bebería, y mucho.

—A lo mejor me la he inventado.

—No tienes tanta imaginación, tú lo has dicho antes —le espetó Helena.

—Mira, déjame, que quiero un finde tranquilo.

—Ay, Sofía —añadió su amiga—, qué poquito sentido del humor, relájate un poco, anda.

—Pero tu historia ¿es verdad o no? —preguntó Concha.

—Sí que es verdad, dejadla ya —intervino Blanca—. Que no es para tanto.

Sofía, que había tomado su vaso de nuevo con la intención de beber, lo dejó bruscamente sobre la mesa.

—Vamos a ver, ¿qué le pasa a mi historia? Tú sales del armario engañando a tu madre —dijo dirigiéndose a Blanca—, tú, borracha perdida delante de cuarenta personas —señaló a Concha— y tú —miró a Helena—, ¿cuándo se lo dijiste tú a tus padres? No nos lo has contado, ¿cómo es que lo sabían antes de que tuvieras doce años?

—Cuando tenía ocho años puse en la carta a los Reyes Magos que me trajeran una novia.

Concha carcajeó y Sofía la miró incrédula.

—Con ocho años no podías saber que eras lesbiana.

—Vaya que no —protestó Helena.

—Como que no —insistió Sofía.

—Pues los Reyes Magos sí que debían de saberlo, porque me la trajeron.

—La miró desafiante—. ¡Ja!

Concha reía y bebía, Blanca mantenía su gesto inexpresivo para no molestar a nadie y Sofía miraba a Helena negando con la cabeza.

—Pero qué fantasma eres... —Sonrió porque no lo pudo evitar y se llevó de nuevo la copa a la boca hasta que se dio cuenta de que estaba vacía.

Helena, sin decir nada, pero con una incipiente sonrisa en los labios, le rellenó el vaso.

[1]. Por si hay alguien que no lo sabe, el juego consiste en decir «yo nunca he hecho tal cosa» y quien sí la haya hecho tiene que beber alcohol.

SOLO BLONGDIE LO SABE

El sol se ponía lentamente tras las montañas. Dentro, el frío iba en aumento y las cuatro amigas se arrebujaban bajo las mantas. Se habían quedado en silencio observando a través de la ventana cómo el último rayo desaparecía y se miraron casi a la vez, esperando a ver a quién se le ocurría alguna historia que contar.

—Y ahora con la B, ¿no? —preguntó Sofía.

Helena puso los ojos en blanco.

—¿Es que vamos a seguir con las letras? —dijo Concha—. ¡Uf!, pues con la P yo necesito un porro o algo.

—No, cari —protestó Blanca—, déjate los porros tranquilos, que te pones muy pesadita.

—Ya veremos —dijo Concha encogiéndose de hombros.

—Venga, con la B —se animó la yogui.

—Pues yo he estado en Barcelona, en Bilbao, ¡en Berlín! —dijo Sofía.

—Yo también —añadió Helena—, iba contigo y doy fe de que no te pasó absolutamente nada interesante.

Sofía le mostró a Helena su sonrisa más irónica y pensó: «Imbécil». Helena le devolvió la sonrisa y pensó: «Pava». Concha inhaló el humo de un porro invisible y pensó: «Ojalá fuera un porro visible». Y Blanca pensó: «Yo también le daría un par de caladas».

—Pues yo sí que tengo una historia con la B —afirmó Blanca—, de «Blondie», como el grupo y como la gata de una amiga de mi madre, que era algo más que su gata...

Amparo la llamó proponiéndole un plan por tercera vez en esa semana. Y por tercera vez María aceptó. Estaba felizmente sorprendida de la recuperación que había tenido su amiga en el último mes. Cuando Adela, la pareja de Amparo durante más de treinta años, murió en un accidente de tráfico cuatro meses atrás, su amiga quedó paralizada por el dolor, incapaz de reaccionar; pidió la jubilación anticipada y pasaba los días y las noches encerrada en casa sin querer ver a nadie ni hacer nada; había desaparecido el amor de su vida, su amiga, su amante, su alegría, una parte de su ser.

María la visitaba casi a diario y le partía el corazón verla así; para Amparo ella siempre había sido su amiga del alma, la que siempre acudía y la que siempre escuchaba. Pero también algo que no sabía: la que la amaba en secreto desde hacía más de treinta años, con un amor profundo, distante y triste.

El primer plan de la semana fue ir a dar un paseo; el segundo, ir al cine, y este tercer plan consistía en cenar en casa de Amparo. María estuvo nerviosa toda la tarde sin saber por qué; se vistió y desvistió media docena de veces. Al final se puso lo de siempre: unos vaqueros y una camisa entallada pulcramente metida dentro del pantalón. Su pelo teñido de castaño natural y el corte juvenil le daban un aspecto pijo y sobrio, o aburrido. Se maquilló ligeramente y se miró al espejo interrogándose por qué tenía la sensación de que algo se escapaba a su control. Probablemente era una tontería, se decía, pero le desasosegaba no ser ella la que tirara de Amparo, como había ocurrido en los últimos meses, le descolocaba que, después de la terrible pérdida, fuera su amiga y no ella la que se mostrara animosa y le propusiera hacer cosas. Cuando Amparo estaba hundida, María había llevado las riendas de la situación, pero ahora era como si tuviera que estar a la altura de las nuevas expectativas de su amiga.

Cuando vivía Adela, María era la amiga soltera que acudía algún domingo a tomar café y la que, de vez en cuando, se reunía a solas con Amparo si esta quería sincerarse sobre algo. A ojos de Amparo, María era una persona fría y distante, algo tímida y solitaria, una estupenda oyente y una pésima conversadora. La quería como a una hermana con la que podía hablar, sobre todo ella, de lo trivial y de lo profundo. Sin embargo, a menudo sentía cierto sentimiento de culpa porque María siempre estaba ahí para ella, pero ella no lo estaba siempre para María.

Y María, sin conocer estos pensamientos de su amiga, estaba de acuerdo

con ella. Se reconocía a sí misma que siempre estaba a expensas de sus deseos, siempre en un segundo plano, a la sombra, y no solo respecto a Amparo: también le parecía estar eternamente en la sala de espera de su propia vida. Pasaba sus días aletargada, ensoñando besos nunca dados y deseando lo imposible; se había acomodado tanto a esa rutina que si bien no era feliz, tampoco era desgraciada. Sus únicos romances conocidos habían ocurrido hacía una eternidad y los consejos celestinescos de Amparo caían siempre en saco roto. Los años pasaban y, a ojos de sus amistades, María se había acostumbrado a estar sola y, a pesar de la melancolía de su mirada, decía estar bien y ser feliz. «Pues así será», pensaba Amparo. Pero ocurrió el accidente y Amparo se convirtió en la sombra y María tomó las riendas: era la enfermera, la limpiadora, la asistente, la conversadora..., pero nada funcionaba y Amparo se hundía y se hundía, abandonada de sí misma. Ya no le importaba la vida, porque era una vida que no tenía nada que ver con la imaginada al lado de su Adela, con la que iba a disfrutar de una segunda juventud después de la jubilación. María era una minúscula tirita para una hemorragia de dolor, vacío e infinita pena.

Y un mes después de tocar fondo, allí estaba María, en la puerta de la casa de Amparo, desasosegada por la amplia sonrisa con la que su amiga la recibió. Amparo llevaba el pelo suelto, ligeramente ondulado y salteado de canas. Vestía con un pantalón de tela de aspecto cómodo y una camisa amplia por fuera del pantalón. El contraste entre las dos figuras era evidente; parecían una *hippy* alegre y una profesora seria, de hecho, María era una profesora de instituto seria. Tras un par de protocolarios besos pasaron al salón, inundado de aroma a incienso. La decoración tampoco tenía que ver con la minimalista de la casa de María: la sala estaba recargada de objetos de innumerables viajes y de fotos y recuerdos de una vida larga.

—¿Qué pasa? —preguntó Amparo al verla también sonreír.

—Nada, me gusta que sonrías.

—Ya era hora, ¿verdad?

—Siempre es un buen momento para eso.

Amparo colgó el abrigo de su invitada detrás de la puerta y le ofreció una copa de vino. María se sentó en el sofá al tiempo que aparecía de la nada un gatito precioso, de unos tres o cuatro meses, de pelaje amarillo y ojos color miel.

—Hola, Blondie, preciosa.

La gata se recostó sobre su regazo y empezó a jugar con su colgante, María la acarició y la gatita jugueteó con su mano, mordisqueándola suavemente. Así estuvieron un rato, observadas con regocijo por Amparo, que tomó con delicadeza a la gata y acarició sus patitas. El cachorro frotó la cabeza contra sus manos y le mordisqueó suavemente los dedos.

—Ya vale, mimosona.

Amparo colocó a la gata en su mullida cesta de mimbre y humana y felina se miraron durante unos segundos.

—Ahí, quieta.

Pero la gatita se salió de la cesta, escaló por el respaldo del sofá y encontró un lugar mejor sobre uno de los cojines.

—O ahí. —Sonrió Amparo.

—Uf, cómo te toma el pelo —dijo María.

Por fin se sentaron en la mesa, que estaba pulcramente preparada con platos vegetarianos, algo de *sushi* y vino.

—¡Guau! ¿Es tu santo o algo? —preguntó irónicamente la profesora—. ¿O el mío y no me acuerdo?

Amparo, serena, volvió a sonreír, y María, nerviosa, la imitó. Eran dos viejas amigas sesentonas sonriendo, y las arrugas alrededor de sus bocas y sus ojos les sentaban bien. Fuera la noche era fría y el vaho empañaba las ventanas, dentro las dos mujeres comían, bebían y charlaban sobre trivialidades, envueltas por la calidez del vino y del fuego, que ardía vivamente en la chimenea.

—¿Sabes algo de Toñi? —preguntó Amparo.

Una vez recogida la mesa, se habían sentado en el sofá. María tomó su copa de vino de la mesa auxiliar para darse tiempo a pensar una respuesta. Toñi fue su última aventura sentimental. Solo duró una noche, hacía un par de años, pero ella lo exageró y alargó la aventura unos meses, no por vanidad, sino por que la dejaran tranquila acerca de su soltería.

—No mucho, la verdad.

Amparo parecía buscar tema de conversación, o no encontraba la manera de plantear alguno... También bebió de su copa de vino.

—¿Te acuerdas de que fuiste tú la que me presentó a Adela? —preguntó de pronto.

—Claro. —María frunció el ceño ante semejante pregunta.

—Viniste tú con ella a la cena, la noche que la conocí.

—Sí, lo recuerdo.

—Fue un flechazo total, uno no cree en esas cosas hasta que le pasan. Después de la cena todos os marchasteis, pero Adela volvió a los diez minutos porque había pinchado una rueda y entonces no había móviles. Le pasó a las afueras de la urbanización, había tormenta y vino caminando bajo la lluvia y el viento hasta mi casa. Cuando abrí allí estaba, como una aparición, sonriendo con timidez y empapada hasta los huesos. Me contó lo que le había pasado y me preguntó si podía llamar a un taxi desde mi casa, pero yo insistí en que se quedara a pasar la noche. Estuvimos hablando hasta las tantas, no queríamos que la noche acabara, yo no podía dejar de mirarla y a ella le gustaba que lo hiciera. Y entonces la besé, me besó y acabamos en la cama.

María la escuchaba con atención.

—Me sentí un poco culpable, la verdad, porque Adela había venido contigo y, aunque no me habías dicho nada, ¡como siempre! —la amonestó dulcemente—, creía que te gustaba. Pero no pude evitarlo, aquello era superior a las dos.

—Tú nunca me contaste que aquella noche fue vuestra primera vez, pero Adela sí; y no, no me gustaba... de ese modo, puedes estar tranquila.

—Bueno, después de treinta años, la verdad es que ya estaba muy tranquila.

Las dos rieron y continuaron bebiendo vino. Blondie, que había estado todo el tiempo dormitando junto a ellas en el cojín, se estiró, saltó al regazo de María y empezó a mordisquearle las manos.

—Pero... —añadió pensativa— siempre he creído que durante todos estos años te seguía gustando Adela.

La profesora elevó las cejas con sorpresa y media sonrisa.

—¿Pero de dónde te has sacado eso?

—Te notaba incómoda con nosotras dos y cómoda conmigo, creía que la evitabas.

Amparo siempre hablaba así, directa y sin rodeos. María resopló divertida.

—Creo que has bebido mucho vino.

—Sí, es verdad. —Sonrió su amiga—. Pero ahora ya no pienso eso.

—Me parece muy bien.

—Pero pienso otra cosa todavía más extraña.

La profesora dejó de acariciar a la gatita durante un par de segundos.

—¿Sí? ¿Más todavía?

Amparo asintió y María sonrió nerviosa.

—Cuando Adela murió se me oscureció el mundo, se me hizo un agujero negro en el pecho que me absorbía la vida. Pero hace exactamente un mes ese agujero negro, esa... —buscaba la palabra adecuada— nada... desapareció.

María la miró interrogante.

—Sé que no crees en que haya algo más allá de la muerte, y yo... no sé si creo o no, pero sí creo en que todas las personas tenemos... somos una especie de energía, y sé que tampoco crees en eso, pero yo sí, y también creo en que de alguna manera cuando morimos esa energía tiene que ir a algún otro sitio, a un lugar cercano, a un ser vivo cerca de nuestros seres queridos...

—María alzó las cejas desconcertada.

Amparo cogió a Blondie, se la puso frente a su cara y la miró a los ojos. La gatita se removió intentando zafarse y la colocó sobre sus piernas.

—Le puse Blondie porque era el grupo favorito de Adela y porque es rubia y de ojos color miel, como ella. El veterinario dice que tiene unos cuatro meses y, bueno, ya sabes cómo la encontré.

María la miró como diciendo que no podía ser verdad que hablara en serio. Claro que sabía cómo había aparecido la gatita. Hacía un mes visitó a Amparo y estuvieron charlando en el porche. Llovía. Cuando se marchó se dio cuenta de que se había dejado la chaqueta fuera y la llamó por teléfono para que la metiera en la casa. Cuando salió a buscarla, Amparo vio la chaqueta en el respaldo de la silla y a un precioso gatito amarillo subido en la mesa junto a ella. Estaba mojado y, probablemente, había trepado por la chaqueta hasta el asiento y de ahí a la mesa, porque era tan pequeño que no creía que hubiera podido saltar desde el suelo; estuvo tentada de llamarla Dora la escaladora.

—En el momento en que la vi —continuó su relato— y me miró con esos ojillos, desapareció ese agujero negro del pecho. María, la sentí de nuevo... su presencia, su energía estaba conmigo. Era ella. Es ella.

La profesora sacudió la cabeza.

—Amparo, no sé qué decirte, pero...

—Pues no digas nada —la interrumpió.

—Yo no... ya sabes que soy muy escéptica con todos esos temas.

—Lo sé. A mí no me hace falta creer. Yo ni creo ni no creo, yo lo sentí así y así lo siento ahora.

María la miraba seria.

—Cuando hay una pérdida tan grande y el dolor es...

—Siempre racionalizándolo todo —la interrumpió de nuevo Amparo—. Sé todo lo que vas a decirme, pero estoy bien, ahora estoy bien. ¿No es suficiente con eso? Adela siempre quiso una mascota y yo siempre le decía que no quería pasarme el día quitando pelos. ¿No te parece una dulce venganza?

—Creo que has tomado demasiado vino.

—Y a ti te vendría bien beber un poquito más.

María intentó cogerle la copa, pero Amparo la llevó lejos de su alcance. Se echó hacia atrás y recostó la cabeza sobre el respaldo del sofá; la gatita saltó a las piernas de la profesora y jugueteó con su pulsera.

Hasta ese momento, María creía que su plan había funcionado, pero ahora no estaba tan segura. Tras meses de ver a Amparo sumida en la más profunda depresión, no sabía ya qué más hacer. Conocía perfectamente las inclinaciones «místicas» de su amiga y se le ocurrió una idea descabellada: buscó durante semanas un gato con la edad y las características adecuadas y lo tuvo en su casa hasta que llegó la noche apropiada, una noche de lluvia. «Como aquella cuando Adela pinchó la rueda», pensó. Mientras ella y Amparo tomaban infusiones en el porche, la gatita esperaba dentro de un trasportín en su coche. Después de dos horas de más silencio que palabras, María se marchó dejando aposta su chaqueta en el respaldo de la silla. Amparo estaba tan ausente que habría sido un milagro que se hubiera percatado del olvido. La profesora sacó la gata del coche y la puso en la acera bajo la lluvia, la gatita protestó e intentó volver al vehículo, pero la humana se resistió a sus dulces ojillos y el pobre animalito acabó empapado. Unos cinco minutos después, María abrió con su llave la puerta que daba acceso al jardín, miró a través de la ventana para cerciorarse de no ser vista y dejó a la gatita sobre la mesa, asegurándose de que no podría bajarse. Corrió de vuelta al coche y llamó por teléfono a su amiga para contarle el olvido de la chaqueta. Cuando Amparo salió al exterior, le preguntó si la había encontrado. Primero el silencio y después el tono y las palabras de su amiga le hicieron comprender que había visto al gato: «Sí, sí, está aquí... está aquí». Y colgó.

Que su amiga creyera que la aparición del gato era una especie de señal del universo no la pilló por sorpresa, aunque nunca pensó que su reacción sería tan extrema como para prácticamente insinuar que el animalito era la

reencarnación de su Adela. Eso más las extrañas confesiones del pasado le hacían pensar que Amparo había perdido totalmente la cabeza. Incluso cruzó por su pensamiento confesarle que fue su plan racional y no una fuerza sobrenatural la que puso al animal en la puerta de su casa. Pero no podía hacerle eso a su amiga ahora que parecía tan contenta, eso la hundiría de nuevo, seguro.

—¿Sabes que tenía celillos de ti y de Adela? —retomó el tema Amparo—, ya sabes, creía que sentías algo... fuerte por ella.

—¡Qué tontería! ¿Celos?

—Sí, yo también tengo mi ego, ¿sabes?, y me habría hinchado como un pavo si hubiera sido yo la que te ponía nerviosa. —La miró pícaramente y rio.

—A mí Adela no me ponía nerviosa, te pones muy tontorrón con el vino —dijo María, que intentaba esconder su inquietud, como siempre, tras una sutil indiferencia.

Amparo la miró fijamente y la profesora desvió la mirada hacia su copa, que tomó de nuevo para tener algo entre las manos.

—Me encontré con Toñi hace un año, más o menos. —Amparo escuchó resoplar a su amiga con hartazgo, pero continuó de todas formas—. Estuvimos hablando un rato y le pregunté por ti, que qué tal contigo —María hundió la cara en su copa—, ya sabes que soy muy cotilla, y me dijo que tonteasteis una noche, que te llamó varias veces para volver a veros y que siempre le dabas largas. Pero como tú me contaste que lo vuestro duró varios meses y que te gustaba mucho, pues no sabía qué pensar, ya había pasado tiempo y no quise decirte nada. Pero te lo pregunto ahora: María, ¿de qué iba todo eso?

La profesora inspiró profundamente y guardó silencio unos segundos, escrutada por su amiga.

—Sí que eres cotilla, sí.

—¿No me lo vas a contar?

Amparo volvió a mirarla fijamente, tanto que María se quedó enganchada a ella unos instantes.

—Pues, vale —dijo cuando consiguió desengancharse de su mirada—, te voy a decir la verdad te parezca como que te parezca: estaba harta de que me agobiarais con el temita de las novias y de que me mirarais con cara de pena por ser una solterona, como si me faltara un brazo o algo así.

—Eso no es cierto, María.

—Así que... lo adorné un poco con un mininoviazgo, para que me dejarais tranquila un rato, tú, Adela y todo el mundo. ¿Me explico? —sonaba a la defensiva.

—Te explicas fatal, cariño. —Amparo sonrió y le acarició la pierna tiernamente. María se tensó, apuró su vino y dejó la copa vacía sobre la mesa —. Nunca te ha interesado nadie en serio, eso era lo que yo veía, porque ya te he dicho que creía que de algún modo estabas «ocupada», pero no con quien yo creía... ¿Me explico yo?

María toqueteaba la copa sin vino, mirando al vacío mientras buscaba las palabras oportunas.

—A veces te pones muy críptica. —Esbozó una sonrisilla nerviosa.

Su amiga volvió a tocarle la pierna, como si quisiera estudiar su reacción. La profesora se quedó inmóvil intentando mostrar normalidad y calma.

—¿Quieres más? —preguntó Amparo señalando la copa vacía.

Ella negó con la cabeza. Estaba aturdida: «¿Pero qué estaba insinuando exactamente? ¿Y por qué tanta manita en la pierna?». El contacto físico nunca había sido habitual entre ellas, siempre habían mantenido cierta distancia, más bien la mantenía María, y Amparo la respetaba. Hasta esa noche. De cualquier otra persona en cualquier otro momento, la profesora habría pensado que estaba coqueteando, pero de su amiga, simplemente, no podía ser. Apartó a Blondie, que dormitaba en su regazo, y se sentó al borde del sofá.

—No, tendría que irme ya, es tarde.

—Tómame una copa conmigo, anda.

—¡Una copa!, ¿qué quieres, que me estrellé con el coche? —Al instante fue consciente de lo inoportuno de sus palabras—. Perdona, perdona, lo siento, lo he dicho sin pensar.

—No pasa nada —dijo Amparo con tono amable. Se levantó y fue hacia el armario donde guardaba las bebidas—. Yo voy a tomar ron con piña, ¿y tú?

María no tuvo más remedio que sonreír ante su insistencia y decidió luchar contra su impulso natural de huida, de regresar a su zona de confort en la soledad de su casa. Ese mismo impulso que sentía cuando una cita pasaba al siguiente nivel. Sin embargo, los motivos eran diferentes: en aquellos encuentros quería huir porque no le interesaban; podía esforzarse en cumplir con el protocolo social de intentar buscar pareja, pero una vez lograda la cita

era el momento de escaquearse; «qué le vamos a hacer, no hubo conexión», contaba después a sus amistades. Pero ahora quería alejarse despavorida porque aquello se parecía demasiado a la cita deseada durante décadas, y eso le producía un vértigo y una sensación de irrealidad que chocaba de lleno con su necesidad casi enfermiza de tenerlo todo bajo control y de no sentir en exceso. «Me tendría que haber tomado la pastilla», pensó. La pastilla a la que se refería era Sumial, que se tomaba cada vez que tenía que exponer algo delante de sus compañeros, porque eliminaba los signos perceptibles del nerviosismo y le proporcionaba cierto grado de placentera apatía. Exactamente lo contrario de lo que sentía en ese momento: la sangre le golpeaba en las sienes, el corazón en el pecho y se cogía las manos para disimular su ligero temblor.

—Ponme un *gin tonic*.

María aceptó la copa, abriendo así la puerta a la primera noche en décadas que no sabía cómo iba a terminar. Amparo preparó las bebidas con calma, tomándose su tiempo. La profesora estaba acariciando de nuevo a Blondie cuando su amiga le alargó la copa, así que la tomó y bebió inmediatamente de ella ante la sonrisa de Amparo.

—¿Qué? —se molestó María.

—Nada —contestó Amparo.

María dejó la copa en la mesita y se recostó en el sofá sin dejar de acariciar a la gata, que ronroneaba entre sus manos. Su amiga dejó también su bebida y le cogió una mano entre las suyas. A la profesora se le heló el corazón y le ardió la cara. Y alzó la vista.

—Hace unos días hablé con tu sobrina Irene —dijo María de forma abrupta. De pronto necesitaba llenar el silencio con palabras, a ser posible, anodinas.

Amparo frunció el ceño ante el cambio de tema. Notaba su nerviosismo, pero no iba a soltarle la mano.

—Habla contigo más que conmigo.

—Está preocupada por ti.

—Lo sé. Pues la próxima vez que te llame dile que no tiene de qué preocuparse. Yo también se lo digo, pero a mí no me cree.

—Se lo diré; y me dijo también que deberías ir a verla al pueblo.

—Sí, podemos ir.

A María se le aceleró un poquito más si cabe el corazón, porque que la

hubiera incluido en sus planes como si nada era totalmente nuevo para ella.

—Claro.

Ya no sabía qué más decir para llenar el silencio y poder desviar la atención de sus manos entrelazadas. Un silencio que era cómodo para Amparo e incómodo para ella. María miró sus manos cuando sintió cómo le acariciaba con el pulgar. Alzó la mirada y se encontró con la de su amiga.

—Gracias —le dijo Amparo.

—¿Por qué? —atinó a decir María.

—Por todo.

La profesora se escabulló de entre sus manos y volvió a acariciar compulsivamente a Blondie, que ya estaba agachando las orejas mosqueada con el tan poco delicado sobeteo. Amparo negó con la cabeza.

—Qué difícil eres...

María tragó la escasa saliva que había en su boca seca, estaba perdiendo el control, la escena que estaba viviendo le parecía una película ajena a ella, no podía pensar, no se sabía el guion de su personaje, el deseo salvaje de salir corriendo la tenía paralizada. ¿Estaba sobreactuando? Solo era una amiga que le daba las gracias a otra amiga. ¿O no? No podía pensar. Amparo cogió a la gata de entre sus manos y la dejó en el suelo. Y María perdió su punto de apoyo. Amparo le acarició la cara y ella cerró los ojos; se acercó un poco más y posó los labios en los suyos. Y María rompió a llorar.

—Shhh —susurró Amparo. Y la abrazó con fuerza.

Y estuvieron abrazadas y llorando mucho rato, hasta que decidieron irse a dormir, juntas.

Aquella noche de tormenta, cuando miró directamente a los ojos color miel de Blondie, Amparo lo supo todo. Tuvo una revelación. Toda la verdad la golpeó a la vez y supo, sin lugar a dudas, que su querida amiga María había llevado a la gatita hasta su porche para ella en un acto de inmenso amor, reproduciendo las circunstancias en las que conoció a Adela. Estaba segura de que su amiga, como escéptica que era, pensaba que había sido su plan racional el que había desencadenado el curso de los acontecimientos. Pero Amparo tenía otra certeza: María creía que ella había puesto de nuevo a Adela en la vida de Amparo, cuando lo que en realidad había ocurrido era que Adela, por medio de ese gatito, había colocado a la verdadera María ante los ojos de Amparo y había despertado en ella otro inmenso amor.

Esta certeza era para ella tan real como las caricias que le estaba regalando

su querida y escéptica amiga María. Y si para ella lo real era lo que le decía su razón, que así fuera...

La gatita subió a la cama y se acomodó sobre la colcha, entre los pies de sus humanas. Las dos mujeres la miraron con media sonrisa, preguntándose en silencio cuál de ellas tendría verdaderamente razón. Y las dos pensaron a la vez: «Solo Blondie lo sabe».

Las cuatro amigas permanecían en silencio, cada vez más ocultas entre las mantas. Una lágrima corría mejilla abajo por la cara de Sofía. Blanca acababa de contar la historia de María, Amparo y la gata Blondie, y se había emocionado. Helena la vio secarse el rostro con la mano y sonrió burlona.

—¡Pero tía! Ja, ja. ¡Qué exagerada eres!

—Es que mi Blanca es la hostia de buena contando historias —dijo Concha haciéndole una carantoña a su pareja.

—¿Qué pasa? Me ha parecido un cuento muy bonito —se defendió Sofía.

—No es un cuento, es real, ya os dije que Amparo es amiga de mi madre.

Helena sacó el brazo de entre las mantas y bebió de su copa.

—Precioso —dijo con tono irónico—, pero sea verdad o mentira yo bebo... ¡y qué frío, joder!

Sofía se levantó y atizó el fuego, que revivió llenando la sala con sombras titubeantes y suaves oleadas de calor.

LA CARTERA

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Blanca.

—Vamos a tener que pedirle más mantas al abuelete —dijo la yogui.

—Pues a ver quién es la guapa que sale ahora fuera —añadió Concha—.

Nos apretamos un poco más y ya está.

Y se acurrucó junto a ella.

—Anda, cuenta tú algo —le pidió Blanca a su novia.

—Puesss... —pensó durante unos segundos y sonrió con suficiencia— sí, os voy a contar una historia que os vais a cagar, vais a alucinar con la Pepa.

—Pero tiene que ser con la C, ¿no? —apuntó Sofía.

—¡Qué más da! —protestó Helena.

—Shhh —mandó callar la cocinera—, no os pongáis nerviosas, que no cunda el pánico: Pepa es cartera, con C, de Correos, con C, y es un poco camionera, con C, y la cuento yo, que soy Concha-cha-chá. —Rio ella sola—. Y que trabaje en Correos le viene que ni *pinta*... ya veréis.

—¿Y tiene algo que ver con la historia anterior? —preguntó Blanca—. Dijimos que tenían que ser historias encadenadas...

—Joder con las reglitas —protestó de nuevo Helena.

—Pues, mira, sí, también sale Irene, que la nombra María... la que es sobrina de Amparo, que, como medio mundo zen, es amiga de la madre de Blanca y también la que le contó la historia de Pepa, la cartera que...

—Venga, vale, empieza ya, anda —interrumpió la informática—, a ver si con un poco de suerte me quedo frita.

—A ver si es verdad, hija —soltó al aire Sofía.

Las dos se miraron sin rastro de sonrisa.

Amanecía en la rambla. Una escúter rompía el silencio dejando a su paso una estela de polvo. Pepa llevaba el correo cada día hasta el último rincón de la comarca, salpicada de solitarias casas rodeadas de una exigua mancha verde en medio de un mar de resecas tierras blancas. Era ya otoño, pero los campos parecían aún agostados. La cartera aminoró la marcha y se detuvo delante de un buzón alto, hincado al borde de un camino que nacía en la misma rambla y se adentraba hacia tierras más altas. Pepa vio un cordón rojo colgando del buzón y lo recogió, sonrió bajo el casco y se adentró en la vereda. La moto rugió al subir por la suave pendiente y se detuvo junto a dos jóvenes palmeras tras las que se vislumbraba una casa. La mujer se bajó de la escúter, se quitó el casco y se lo colgó del brazo, abrió el maletín trasero y cogió la carta adecuada. Su cara era expresiva y acostumbrada a la sonrisa; aparentaba menos de treinta, aunque tenía treinta y cuatro. Caminó inhalando el aroma de las abundantes rosas plantadas a ambos lados del sendero, que llevaba hasta una casa de paredes blancas y ventanas azules. Llamó al timbre y, mientras esperaba, se peinó con las manos su enmarañado pelo corto. Enseguida abrió la puerta una señora de unos cincuenta años muy bien llevados, vestida con un traje de falda y camisa más indicado para la oficina que para estar en casa.

—Buenos días, ¿la señora Purificación Castillo? —La señora asintió—. Tiene un certificado —dijo Pepa tendiéndole la carta en una mano y la PDA, o maquinita para firmar, en la otra.

La señora firmó y le devolvió el aparato.

—Gracias. ¿Nada más?

Pepa ondeó frente a sus ojos la cuerda roja que acababa de tomar del buzón y la señora Purificación le guiñó un ojo.

—Tengo treinta minutos, ni uno más, que me han puesto una reunión bien temprano —dijo la señora, Pura para los amigos.

—Vaya... ¿Y entonces por qué te has vestido? —preguntó Pepa cerrando la puerta tras ella.

—Por qué va a ser, ¿es que sé cuándo vas a venir?: no.

La señora atravesaba a paso rápido el salón mientras se desabotonaba la camisa.

—Pues eres tú la que te mandas las cartas, así que tú sabrás.

Pepa caminaba tras ella mientras lanzaba a un sillón la chaqueta, el casco y demás accesorios postales.

—Claro, como correos es tan fiable... Ayer estuve en bata hasta y media.

Pepa le tocó el culo cogiendo molla. La señora dio un respingo y se dio la vuelta, la agarró del cuello con ambas manos y le dio un morreo con tal ímpetu que la empotró en la pared. Así estuvieron un rato, hasta que la señora sacó su lengua de la boca de la cartera, recobraron el aliento y pasaron al dormitorio. Pepa cayó descamisada sobre la cama y Pura se lanzó sobre ella no sin antes voltear la foto de la mesilla, porque su marido parecía mirarlas y, por lo menos a ella, la desconcentraba.

—Deberías dejarlo mirar, mujer, así no va a aprender nunca. —Rio Pepa.

—Uf, calla, calla.

—Yo tengo veinte minutos o me tendré que inventar una avería en la moto.

—Pues a qué esperas...

Y Pura le sujetó los brazos con las manos y le llenó la boca de besos.

Veinticinco minutos después, Pepa y su escúter recorrían de nuevo los caminos. Dejaba las cartas al vuelo, casi sin detener la moto: una carta en una casa escondida por un minúsculo pinar, un paquete en un chalé en lo alto de un cerro pelado, más correo en dos casitas en la mitad de la ladera de la rambla... Cuando estaba dejando el correo en una de las casas, una señora la miró con malas pulgas a través de la ventana y, en cuanto se vio descubierta, bajó la persiana con intencionada sonoridad: dos meses atrás la cartera le había insinuado algo que a la señora no debió de sentarle muy bien. Indiferente a la evidente desaprobación de la mujer, Pepa sonrió y retomó su camino. Tras un buen rato sin bajar de la moto, llegó a una pequeña casa que, al parecer, llevaba mucho tiempo sin ver un bote de pintura. Pepa pulsó el pito, se bajó y depositó varias cartas en el buzón adosado a la fachada de la casa. Un anciano de más de setenta años y de aspecto británico —el escaso pelo era rubio, los ojos claros y la piel rojiza— salió de la casa haciendo sonar las tiras metálicas multicolor de la cortina de la puerta.

—Gary, buenos días, ya creía que no estabas.

—Hola, Pepa, ¡qué bueno verte! —Sonrió el anciano.

Se dieron un abrazo y Pepa sacó una bolsita del maletín de la moto.

—Toma, el té... que no puedes vivir sin tu té.

—Gracias, gracias, ¿fue difícil encontrarlo?

—¡Qué va, hombre! Tú no te preocupes por eso, que ya sé yo el sitio al que tengo que ir.

—¿Tienes prisa? Toma té conmigo, vamos. Este es realmente muy bueno.

Pepa miró su reloj y asintió con alguna duda.

—Venga va, quince minutos... más no puedo, ¿eh?

El hombre sonrió de oreja a oreja y se metió de nuevo en la casa con la bolsita en la mano. Hacía un año que había enviudado y siempre le alegraba conversar con Pepa.

Veinte minutos después, la cartera buscaba de nuevo en el maletín, sacó un sobre de tamaño folio y frunció el ceño al leer la dirección.

Pocos minutos más tarde, con el sobre en la mano, la cartera cruzaba un incipiente jardín hacia una pequeña casita visiblemente restaurada hacía poco tiempo: estaba recién pintada y varios arbustos, varias palmeras y varios geranios habían sido recién plantados. Una mujer alta y delgada, de espaldas a ella, hacía un agujero en la fachada con un taladro. Los ojos de Pepa la estudiaron minuciosamente en toda su largura: llevaba unos vaqueros rotos que le sentaban de miedo y una camiseta ceñida bajo una camisa holgada que... ¡uf!

—Hola —dijo la mujer cuando se percató de la presencia de la cartera.

—Hola, buenas tardes —dijo Pepa cuando salió de su trance.

—Perdona, es que no te había oído llegar. —Y su cara se iluminó con una sonrisa que embobó aún más a la cartera.

—Ya, no, si yo acabo de llegar —se trastabilló un poco.

—Tengo correo, ¿no?

—Sí, sí, un certificado. Beatriz Rojo, ¿verdad?

La mujer asintió y Pepa le dio el sobre y la PDA. Beatriz firmó y se la devolvió con una nueva sonrisa que la cartera imitó en un acto reflejo. El cerebro de Pepa iba saliendo poco a poco de su embelesamiento, sus engranajes seductores se pusieron en marcha y, tras unos segundos, al fin habló.

—¿Te ayudo, Beatriz?

—Llámame Bea... Y mira, pues sí —dijo tras unos instantes de duda—, si no te importa, es un momento, es que me he hecho un corte en el dedo y no sé si voy a ser capaz de enroscar la alcayata.

—Claro, por supuesto, ya lo hago yo, no tengo prisa —mintió.

Pepa colocó el taco, la alcayata y un precioso buzón de madera que parecía hecho a mano.

—Perfecto, es precioso... y yo entiendo de buzones, ¿eh? —dijo guiñando un ojo.

—Ya, imagino. Este lo he hecho yo.

—Es muy bonito; te acabas de mudar, ¿verdad? Anda que no hace años que esta casa está deshabitada.

—Sí, hace dos semanas que terminé de arreglarla un poquito y me trasladé.

—Habrás tenido mucho trabajo... seguro, y todavía hace bastante calor. —
Se abanicó con las manos.

—Pues sí. Oye, ¿te apetece una cerveza fresquita?, como agradecimiento por la ayuda...

—No, mujer, no hay nada que agradecer, pero gracias, o sea, que vale, sí, no hay problema, pero si es sin alcohol, que estoy de servicio.

—Genial. —Y volvió a mostrar todos sus perfectos dientes blancos detrás de su perfecta sonrisa.

A la mitad de la cerveza sin alcohol Pepa ya sabía que Bea estaba separada, que el certificado que le había llevado eran los papeles del divorcio, que había dejado la ciudad y sus perspectivas de paro, que había estudiado Bellas Artes y que estaba a punto de inaugurar una tienda de suvenires, la mayoría hechos a mano por ella, en una turística playa cercana. Pepa, por supuesto, le prometió acudir a la inauguración de la tienda, porque desde siempre le habían entusiasmado las manualidades.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, la escúter daba lo mejor de sí misma subiendo otra cuesta. Al salir de una curva, Pepa aminoró la marcha y se detuvo frente a una valla blanca de madera, más de adorno que de protección. De ella colgaba un buzón verde y de este, un cordón rojo. Pepa miró la hora y dudó durante segundos, pero finalmente empezó a quitarse el casco, cosa que no terminó de hacer porque la interrumpió una voz.

—No, no, no, no, no.

Una mujer cerca de los cuarenta, de aspecto juvenil y nervioso, sacó una mano a través de la verja, retiró el cordón y señaló reiteradamente su reloj.

—Perdona, Irene, es que... —se excusó la cartera.

—Ya hablaremos —la cortó Irene, que le dio un ligero beso en la boca por encima de la valla y por debajo de la visera del casco, y desapareció como una liebre entre el espeso jardín.

Pepa se quedó parada unos segundos y miró su reloj: era casi la una. Tenía razón Irene, se le había hecho muy tarde. Definitivamente, tenía que comprarse otra moto más potente.

Al día siguiente en la oficina postal, antes del amanecer, Pepa y dos compañeros separaban por rutas las cartas y paquetes. El montón de Pepa era algo más voluminoso que los otros.

—¿Qué pasa en tu ruta, Pepa? ¿Es que nadie usa ni móvil ni ordenador? —dijo uno de ellos.

—Si es que son todos muy mayores —contestó la cartera— y eso de la factura electrónica como que no...

—Madre mía, siempre tienes el doble de certificados que nosotros, para ser abueletes tienen una vida administrativa muy movidita.

—No lo sabes tú bien.

Pepa sonrió y los otros dos se miraron... ¿con ironía?

Amanecía en la rambla. Una escúter rompía el silencio dispuesta a dejar a su paso una estela de polvos.

El sol aún no calentaba cuando Pepa tenía otra vez un cordón rojo en las manos. La casa tras la altísima verja negra era imponente: dos plantas, ático, amplio jardín, porche, piscina y una ostentosa arquitectura totalmente desacorde con el austero paisaje. La puerta se abrió y cruzó el impecable jardín hasta las escaleras de la entrada. Allí la esperaba una señora de edad incierta, pero con cincuenta ya cumplidos, demasiado maquillada para estar en casa y vestida con un batín de aire oriental que dejaba adivinar su robusta figura.

Veinte minutos más tarde, Asun, la señora, tenía el maquillaje hecho una pena. Recobraba el aliento mientras Pepa se limpiaba con una toallita las manchas que la cara de Asun había dejado desperdigadas por su piel.

—He mandado otra carta... si mi prima supiera todo lo que me escribe... —dijo la señora sin pretender ser graciosa, sino más bien con cierto reparo.

—¿A qué hora te la traigo?

—A esta hora está bien. Total no duermo nada bien y me despierto de madrugada. Paco se va a las siete. Últimamente lo noto muy nervioso... ¡no ha trabajado tanto en su vida!

—¿Más problemas? —Pepa se vestía con cierta prisa.

—No sé. No me cuenta nada. Pero los periódicos no paran, no paran. Parece que si eres concejal de urbanismo automáticamente has tenido que trincar algo. La gente es muy malpensada y muy envidiosa.

—No te preocupes, seguro que todo sale bien. —La cartera parecía estar acostumbrada a esa conversación con ella.

—No sé, no sé. Entonces vienes pasado mañana, ¿no? Es que tengo un estrés...

—Ajá —asintió Pepa, ya casi vestida.

—No sé. Me regaló un anillo carísimo por nuestro aniversario, ¡un disparate!, y le dije que lo devolviera... ¿te gusta? —Extendió la mano con el brillante anillo frente a la cara de Pepa—. Pero no lo ha devuelto, y encima ha contratado a un jardinero no sé para qué, si a mí me gusta cuidar el jardín, y me ha puesto una señora para que limpie y haga la comida, pero yo ya le he dicho que la comida la hago yo.

La cartera le dio un rápido beso en los labios.

—Me tengo que ir ya, cariño.

—Pues nada, entonces, pasado mañana, ¿no? Espero que no lo metan en la cárcel.

Cerca de las once, Pepa ya había recorrido quince kilómetros y dejado el correo en siete casas. Incluso se había desviado ligeramente de su ruta para observar a lo lejos la casa de la divorciada, con la esperanza de verla y acercarse con cualquier excusa, pero la mujer no apareció. Pasó delante del buzón alto al borde de la rambla, que ese día no tenía cordón. Iba a pasar también de largo por delante de la casa de Irene, cuando se dio cuenta de que tenía la señal puesta: «Pero si hoy no hay carta», pensó. Miró su reloj y abrió la portezuela de la valla de madera blanca.

Cinco minutos más tarde, frente a la puerta entreabierta del dormitorio, Irene tenía agarrada a Pepa por la nuca y la besaba y le recorría el cuello con la lengua.

—Hueles a Nenuco —dijo Irene.

—¿Te gusta?

—No.

Pepa la atrajo hacia sí, le metió la mano por la parte trasera del pantalón e Irene inspiró sonoramente.

—¿Vamos a la cama?

—Yo no puedo ir tan deprisa.

—Es que no hay tiempo para preliminares.

—Nunca hay tiempo.

Pepa sacó la mano del pantalón.

—Pero Irene, cariño, que solo puedo venir en ruta, que tu marido está por las tardes.

—Si no te pasaras por casa de Pura seguro que tendrías un poco más de tiempo... y ya te podías lavar un poquito en lugar de rociarte con colonia. A saber dónde habrá estado esa mano.

—No vengo de casa de Pura.

—Pues será de otra.

—Pero Irene, ¿a qué viene esto ahora? Eso ya lo sabías. ¿Por qué estás así? ¿Quieres contarme algo?

—No es nada, no me hagas caso. —Sonrió.

—Dile a Antonio que vas al cine o algo y pásate luego por mi casa.

—No sé dónde vives.

—Pues te doy la dirección, vaya problema.

—No sé, a lo mejor luego viene mi madre, no lo sé.

—Bueno, pues otro día... Te la mando por WhatsApp.

—No tienes mi teléfono, ni yo el tuyo.

Pepa la miró con media sonrisa, cogió su bolígrafo del bolsillo y le anotó en la mano los números de su móvil.

—No te la laves antes de meterlo en la agenda —dijo Pepa guiñándole un ojo—. Y mándame el wasap.

—Menos guiños, anda, y si te tienes que ir, pues te vas, no pasa nada.

Irene se separó de Pepa, pero esta la agarró de nuevo, la atrajo hacia sí y la abrazó.

—Tengo que encontrar un trabajo como sea, me voy a volver loca todo el día aquí metida —dijo Irene mientras se dejaba abrazar.

—Seguro que lo encuentras pronto.

Pepa la besó suavemente mientras le acariciaba el pelo, el cuello, la cara. Irene se agitó de forma casi imperceptible. La cartera se separó con pereza y la mujer, con la espalda y la cabeza todavía apoyadas en la pared, la observó alejarse con una sonrisa en los labios, en los labios de Pepa. Su mirada decía que esas esporádicas visitas no eran suficientes.

Nada más montarse la cartera en la moto, la inundó de nuevo el impulso de ver a Bea, la artista. En dos días era la inauguración de su tienda, así que podría esperar hasta entonces.

Al caer la tarde, Pepa entraba en la pequeña tienda más atestada de gente que de objetos. Bea la vio y la saludó con una sonrisa y un abrazo. La cartera pensó que esa mujer era casi tan sobona como ella, y que ella, capaz de ver en toda mujer al menos un detalle atractivo, en Bea no encontraba nada que no lo fuera, ni en el interior ni en el exterior.

La artista y empresaria estaba muy solicitada y Pepa esperaba su momento hablando mientras tanto con los numerosos conocidos de la zona que acudieron al evento. Un par de cervezas después, Bea estaba libre y Pepa se acercó a ella. Tras unas frases para romper el hielo, la cartera desplegó toda su empatía.

—¿Y cómo lo llevas?... Lo del divorcio.

—Bien, muy bien, hace ya un año que rompimos, firmar los papeles es un mero trámite. Ya está olvidado.

Bea no necesitaba ser consolada, así que Pepa debía ir por otro sitio.

—Muy bien, así que estrenas trabajo y corazón nuevo.

—Sí, a estrenar. —Bea volvió a iluminarse con su sonrisa.

La cartera casi se quedó sin palabras, pero consiguió rehacerse y pronunciar unas cuantas.

—Qué tentador... —Su sonrisa también sabía ser luminosa—. Qué suerte la de aquel... o aquella que consiga estrenarlo.

Bea entrecerró los ojos porque no había entendido muy bien a qué se refería, pero en cuanto lo captó, volvió a sonreír y, mientras tocaba suavemente el brazo de Pepa, dijo dulcemente:

—Ay, cariño, soy heterosexual.

En ese momento apareció alguien y le robó a Bea, dejando a Pepa con su sonrisa aún en los ojos y con el tacto de su mano aún en el brazo, confusa.

Esa noche no pudo dormir, y no era por el rechazo, se insinuaba a tantas mujeres que había tenido negativas de todos los colores y tamaños, pero Bea era diferente: «¡Dios mío, es una diosa!». ¿Cuándo ser heterosexual había sido un obstáculo para ella? Si la mayoría de las mujeres con las que se había ido a la cama juraban sobre la biblia serlo. Al fin se durmió contando los orgasmos que había regalado a mujeres supuestamente heterosexuales.

En su siguiente jornada laboral, Pepa ignoró los cordones rojos de Pura e Irene y les dejó las cartas en el buzón sin más ceremonia, igualándolas así al

resto de residentes. Y al siguiente día, pasó también de largo por delante del buzón de la verja negra de Asun, también con cordón rojo, y volvió a no acudir a la señal en el buzón verde de Irene.

Al tercer día, que sabía que era el día de descanso de Bea, Pepa creyó conveniente pasarse por su casa, a pesar de no tener cartas que llevarle. Llegó a media mañana porque era la mejor hora para que le ofreciera una cerveza. Bea la recibió tan encantadora como siempre, le ofreció la cerveza y charlaron sobre todo de cómo le iba con la tienda. Cuando se despedían, Pepa aprovechó la cercanía del semiabrazo y los dos protocolarios besos en la mejilla para plantarle un beso en los labios, solo alargado por la cortesía innata de Bea; pero cuando consideró que ya había sido lo suficientemente cortés, despegó sus labios de los de la cartera y le dijo, como siempre, con mucha dulzura:

—Ay, lo siento, eres un encanto, pero es que no soy lesbiana ni bisexual, de verdad.

Pepa recibió una caricia de consolación en la cara que le partió el corazón.

—Perdona, era por que probaras... —acertó a decir.

Bea sonrió, otra vez; la verdad es que se ahorraría en palabras escribir cuándo no estaba sonriendo. Pepa la imitó y se despidió hasta la próxima carta.

Desde ese día, la cartera se entumecía a menudo en su sofá a fuerza de cervezas: sentía aún en la cara la caricia fatal de Bea, que la hizo sentir como probablemente se habían sentido algunas de sus parejas que querían algo más que sexo ocasional entre amigas. Y encima ni siquiera tenía sexo con ella. No la podía apartar de su pensamiento. Y eran ya muchas semanas así. ¿Sería eso enamorarse?, ¿se había enamorado por primera vez? Era horrible.

Amanecía en la rambla. Una escúter rompía el silencio dejando a su paso una tenue estela de polvo. Pepa no tenía prisa, apenas se detenía para dejar las cartas en los buzones, con o sin señal para ella, y se marchaba. Por eso llegó

pronto a la casa de su Gary con un fajo de revistas británicas para él. El anciano la saludó tan efusivamente como siempre, pero enseguida notó que algo en su amiga había cambiado.

—Estás muy seria, ¿estás bien?

—Sí, claro, es que no he dormido muy bien... estaré incubando algo.

Era un día soleado y fresco y una ligera brisa mecía las palmeras lejanas, único árbol en un mar de matorrales pardos. En el porche de Gary, el anciano servía el humeante té.

—Me he enamorado —dijo Pepa.

Su amigo sonrió con benevolencia.

—Eso no es malo.

—No me quiere, Gary —dijo la cartera sin dramatismos.

—No te preocupes, pasará, es como una gripe, dura un tiempo y después se va. Una medicina: tomar té con amigos.

—Eso funcionará en Inglaterra, pero aquí no.

Gary soltó una carcajada.

—¡Pues un pacharán! ¡Voy a buscar la botella!

Pepa sonrió también, pero declinó el ofrecimiento, tenía que retomar ya su ruta, una ruta ahora sin alicientes.

Pasaban y pasaban los días iguales: por las mañanas repartía las cartas sin entrar en ninguna casa y por las tardes no salía de la suya; la energía la había abandonado y se preguntaba cuándo pasaría la gripe. El móvil la sacó de sus pensamientos: era un mensaje de Irene en el que preguntaba si podía pasarse por su casa. Pepa contestó un desgano «sí» y se puso a ordenar y a limpiar la casa, porque la desidia de esos días había incluido el abandono de las labores domésticas.

Irene llegó un par de horas más tarde con una botella de vino y unas empanadillas. Pepa estaba menos sonriente que de costumbre e Irene más nerviosa. Después de servir el vino y sentarse en el sofá, empezó la verdadera conversación.

—Pura me ha dicho que tampoco has ido a verla a ella —dijo la visitante.

—No.

—¿Se nos rompió el poliamor de tanto usarlo? —Irene sonrió y Pepa no tuvo más remedio que hacerlo también—. ¿Qué te pasa?

—Nada... que no siempre puedo.

—Ya. —Sonrió su amiga—. ¿Quién es?

—¿Quién es quién?

—Venga, Pepa.

—No es nadie.

Irene tenía más cosas que decir y, tras un breve silencio y un sorbo de vino, las dijo:

—Me he separado de Antonio —anunció.

Pepa levantó la vista de su copa y la miró sorprendida y preocupada.

—¿Qué ha pasado?

Irene se tomó su tiempo para responder.

—Pues que ya no le quiero.

—Parece una buena razón.

Tras unos segundos de un nuevo silencio, fue Irene la que volvió a hablar:

—Hace unos días me llamó mi tía Amparo: el amor de su vida, Adela, se había matado en un accidente de coche. Han estado más de treinta años juntas.

—Cuánto lo siento.

—¿Y sabes qué más me dijo?: «Disfruta cada minuto de cada día con quien amas como si fuera el último». Y me di cuenta de que yo no amaba a Antonio.

La cartera la miraba expectante, no sabía a dónde quería ir a parar.

—Y, además, no puedo dejar de pensar en ti —continuó.

Pepa tragó saliva.

—Irene... —dijo casi como una disculpa.

—Tranquila, no siento por ti el amor del que hablaba mi tía, pero con Antonio ni siquiera es lo que siento por ti, ya no es amor de ningún tipo, quizá cariño, quizá costumbre...

—¿Y qué vas a hacer?

Irene se encogió de hombros.

—Tengo que encontrar a alguien con quien quiera vivir como si fuera el último día... y, mientras lo encuentro, quiero pasar más tiempo contigo.

Pepa la miró sin saber qué decir.

—Pero tranquila —continuó ante su silencio—, que no vengo a instalarme en tu casa o algo así, mañana me traslado a casa de mi madre.

La cartera la miró con una expresión dulce.

—Quédate esta noche aquí, mañana es sábado y te puedo ayudar con el traslado.

—Cómo eres... te digo que no puedo dejar de pensar en ti y no dices nada. Irene suavizó sus palabras con una sonrisa y Pepa se la devolvió.

—Ven.

La cartera extendió el brazo para atraerla hacia sí e Irene se dejó abrazar.

—Yo también estoy un poco así y alguien me ha dicho que esto es como un virus, que dura lo que tiene que durar y luego se pasa.

—Me estás diciendo que tengo un virus, ¿de verdad, Pepa?

—Pues yo sí que lo tengo, hay días que tengo hasta fiebre.

—Ya... He ido a la tienda de suvenires y la he visto. Y no es para tanto.

—¿Y cómo sabes quién es?

—Pues pregúntaselo a Pura, ella lo sabe todo.

—Entonces, ¿te quedas esta noche?

—¿Quieres que me quede?

—Claro.

Y Pepa le acarició el pelo.

—¿Te importa si hoy lo dejamos solo en preliminares?

—No he venido por el sexo, Pepa, que tú siempre estés pensado en eso no significa que todos lo hagamos.

—Pues deberíais...

La cartera esbozó una de sus antiguas sonrisas tan contagiosas.

—¿Por qué no hacemos un viaje? —preguntó Irene—. Me encantaría hacer un viaje contigo.

—¿Como una pareja? No puedo prometer nada.

—Como dos personas que son amigas. Yo tampoco puedo prometerte nada, no tenemos que prometernos absolutamente nada.

Pepa asintió en silencio y se relajó apoyando la espalda en el sofá. Irene le cogió la mano y se la acarició en silencio.

Quince días más tarde, hicieron un viaje.

—Seguro que te lo has inventado —dijo Helena.

—¿El qué me he inventado? —preguntó Concha.

—Pues todo, a la cartera folladora esa.

—Que no, cari, que yo también la conozco —dijo Blanca—, bueno, mi madre conoce a Irene... a su tía, al menos.

—Pues entonces esa es de las que se come una y cuenta veinte —siguió chinchando la informática.

—Mira, como tú —dijo Sofía.

—Yo me como veinte y cuento una, querida —alardeó—, para no dar envidia a las que no se comen nada.

—Pues con ese currículo deberías opositar a Correos. —Rio Concha.

—Puede que lo haga..., pero yo llevaría una Harley.

—Pues con su escúter zarrapastrosa atravesando las ramblas, la Pepa existe y tiene todavía más historia, ya veremos si la cuento —se hizo la misteriosa.

—Bueno, vale, la Pepa existe, pero yo no me creo que llegue a una casa y ¡zasca!, un polvo; que vaya a otra y ¡zasca!, otro polvo; que no digo yo que no ligue, pero me parece que adorna un poquillo la cosa.

—Pues será, pero la tía se lo ha pasado de puta madre, eso te lo aseguro —dijo la cocinera—. Pero, vamos, que la historia tiene más trasfondo que el sexo... para quien quiera leer entre líneas.

—Sí, que enamorarse es una putada. —Helena seguía en pie de guerra.

—Pues depende de quién, sí —dejó caer Sofía.

Blanca y Concha la miraron porque intuían que había algo más detrás de sus palabras. Helena no la miró, pero sí habló.

—Me da igual, *whatever*... yo de todas formas voy a beber con cada historia sea verdad o falsa total.

Todas guardaron silencio y bebieron, como dando por hecho que eso era exactamente lo que todas iban a hacer.

DORIAN

Sofía estaba de nuevo atizando el fuego, porque en cuanto bajaban las llamas el frío se hacía insoportable. Concha se comía unas palomitas y Helena observaba de reojo los movimientos de la bibliotecaria. Blanca la sacó de sus pensamientos cuando le tocó levemente la pierna.

—¿Y por qué no te cuentas tú algo?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Yo paso.

—¿Sofía? —volvió a preguntar Blanca.

La aludida dejó el fuego y se acercó lentamente hacia su lugar del colchón que compartía con Helena.

—Pues sí que tengo una historia —dijo.

—¿Con la D? —Sonrió la yogui.

—¡Ufff! —Helena resopló con manifiesta impaciencia.

—Mira, de verdad —la amonestó intentando sonar dulce—, me parece bien que no quieras participar, pero no veo apropiado que te burles si nosotras queremos seguir con el juego.

—Blanca, de verdad —la imitó—, ¿no puedo ni resoplar? Un poquito de humor, ¿no?

Tras un breve intercambio de miradas, Sofía prosiguió.

—Bueno..., pues mi relato cuenta la historia de Dorian.

—¿Grey? —interrumpió Helena.

—Dorian a secas.

—Pero tendrá algo que ver con la historia anterior, ¿no? Que si no, no vale —dijo la informática con cierta ironía.

—Pues sí. Yo también conozco a la famosa Irene, y resulta que su hermano se casó con una saharai, por eso me he acordado de Dorian.

—Es verdad —dijo Blanca—. Ya sé quién es.

—¿Su hermano se llama Dorian? —Helena frunció el ceño.

—No, Isidro.

—¿Y entonces lo de Dorian? —insistió.

—Ya lo verás.

Y Sofía le guiñó un ojo. Así, a lo loco. No supo por qué, quizá porque se sentía un poco misteriosa delante de Helena o porque sabía algo que ella desconocía o porque se había bebido casi una copa y no estaba acostumbrada a beber.

—¿Dorian? —escuchó una voz femenina.

Dorian levantó la cabeza del ordenador al oír su nombre. No conocía a la joven que la buscaba: tenía el pelo negro, los ojos oscuros y una sonrisa en los labios. El corazón le comenzó a palpar con inesperada celeridad.

—Sí, soy yo.

Su voz no era demasiado grave, pero tampoco demasiado aguda. La chica estudió sus facciones con intriga antes de volver a hablar.

—Pues... me han dicho que te busque, soy la nueva redactora y me han dicho que necesito unas claves o algo así.

Dorian apartó la mirada y se dio la vuelta para teclear en su ordenador.

—Sí, claro, dime tu nombre y te habilito un usuario y una clave.

La chica observó su perfil fijamente y Dorian se giró hacia ella al no obtener respuesta. Se miraron interrogantes.

—¿Qué eres? —preguntó la chica.

—Informático —contestó Dorian.

—Ya, pero... ¿qué eres?

A Dorian le gustaba la noche. La luz del día no iba con su personalidad ni con su estética. Toda su ropa era negra o gris oscuro o granate oscuro o morado oscuro. Su pelo corto y sus ojos serios también eran oscuros, pero su piel era clara, casi blanca. A Dorian le gustaban las series de ciencia ficción y de género fantástico, no tenía especial habilidad con los deportes ni le

entusiasmaba verlos y leía moderadamente: le gustaba decir que sus obras favoritas eran las *Leyendas* de Bécquer, que tuvo que estudiar en el instituto, y los relatos de Poe, que le dejó una amiga emo-gótica, pero ni era intelectual ni pertenecía a ninguno de estos movimientos.

Dorian no se sentía como el resto de sus amigas y no se sentía como sus amigos. En la infancia no se sentía a gusto si la nombraban en femenino, pero tampoco del todo si lo nombraban en masculino. Hasta que un día en clase de lengua su profesora dijo que el masculino era el género «no marcado» y, a falta de otro mejor, lo adoptó como propio. Entonces pensó que si fuera un pronombre tendría que ser *ello*, y no le gustó nada.

Pero luego se enteró de más cosas, cosas que no decían los académicos de la RAE, y descubrió que había un género que se acercaba a cómo se sentía: el género no binario y el pronombre *elle*. Y Dorian ya no fue ella ni él ni, por supuesto, *ello*, sino *elle*[2].

Cuando nació, sus padres le pusieron de nombre Diana, y así es como se sintió, literalmente, los dieciocho primeros años de su vida. Desde que tuvo uso de razón, Dorian se había sentido agredido por las miradas y los comentarios despectivos de otros niños, de los cuales, el más suave, había sido «marimacho». Pero conforme se hacía mayor, la melancolía que destilaba, unida a cierto halo de trascendencia y de dignidad natural inspiraban respeto a toda persona que le trataba. Aun así, era tímida por naturaleza y siempre le había disgustado ser la diana de miradas que se interrogaban por su género. Cuando fue mayor de edad, cambió el nombre de su DNI por Dorian, porque le parecía que le definía mejor y le sonaba bien, se le antojaba romántico y gótico, masculino y femenino, luminoso y oscuro a la vez.

Dorian nunca se había sentido atraído por ningún chico y apenas por alguna chica. No se sentía hombre, ni del todo mujer. No le gustaba tener la regla y le hubiera gustado verse con perilla, pero jamás se imaginó en un cuerpo de hombre. Su aspecto era el de un muchacho delicado, alto y delgado, o el de una chica andrógina: era guapo y guapa al mismo tiempo y atraía por igual a hombres y a mujeres de casi todas las orientaciones sexuales, menos a hombres heterosexuales, que consideraba poco proclives a la indefinición.

Su adolescencia no fue su despertar sexual; había tenido muchos rollos y se había ido a la cama con varias mujeres, pero no había tenido una pareja que se pudiera llamar ni estable ni inestable. Y tampoco el sexo había sido tan

maravilloso como cacareaba la gente. De hecho, su primera punzada real de deseo la había experimentado cinco años atrás, ya con veintitrés años: en el televisor del salón de la casa de sus padres apareció una mujer que cantaba en la penumbra y bailaba extendiendo los brazos como una oscura golondrina, de grandes ojos negros y de piel del color de la arena, de pelo negro asalvajado que se enredaba en su boca, con un vestido negro que en realidad era un pantalón y envueltos los brazos en gasas doradas que se agitaban a contraluz... Antes de irse a la cama vio el vídeo en internet una docena de veces. Jamás de los jamases reconocería ante nadie que se excitó viendo Eurovisión, pero esa noche se durmió acariciando a Loreen, bailando con ella y quitándole el pelo de la boca con la suya. Y tuvo un orgasmo como nunca antes, hipnotizado por esa mujer de sensualidad bereber y fiereza nórdica, que cantaba en inglés con voz penetrante *Euphoria*, una estridente canción de estética disco-gótica... o algo así.

¡Si por lo menos no hubiera estado junto a sus padres, si por lo menos hubiera filtrado la experiencia con el efecto distorsionador de la maría! Por primera vez no se sintió especial, sino normal, incluso vulgar, y tuvo que reconocer que durante toda su vida, lejos de encontrarse incómodo con su diferencia, se había sentido orgulloso de ella. A sus imaginativos ojos, habría sido menos vergonzoso colarse, por ejemplo, de la Bella de *Crepúsculo*, porque a pesar de ser una historia para adolescentes demasiado cliché, al menos iba de vampiros.

Avergonzade o no, a partir de esa noche se sorprendía mirando a las mujeres de otra manera, buscando en ellas a su Loreen. Aquella noche eurovisiva había descubierto lo prosaico del deseo y le había aportado una buena dosis de vulgaridad, pero también le había mostrado futuros placeres por descubrir, que, estaba seguro, también podrían resultar extraños y misteriosos. De hecho, su vida sexual se había intensificado a partir de su aventura con Loreen y se había vuelto mucho más satisfactoria. Sin embargo, continuaba evitando sistemáticamente una relación de pareja.

De siempre, Dorian había sido algo esquivo y huidizo, y sus gustos eran solitarios; tenía muchos amigos, pero no íntimos amigos, porque, en cuanto alguien se interesaba insistentemente por él, se replegaba lo suficiente como para dar a entender su desidia. Así que no solía crear vínculos emocionales fuertes, huía de la intimidad y solo se sentía cómodo en el trato superficial.

El último grupo de WhatsApp al que le habían agregado era el de sus

compañeros de trabajo. Dada su personalidad no resultaba extraño que le gustara la soledad del trabajo con ordenadores y que formara parte, desde hacía un año, del personal informático de enVivoNews, un portal de noticias.

Durante la entrevista de trabajo que le hicieron, el jefe de personal releía su currículum mientras le observaba furtivamente. Dorian estaba convencida de que por su foto y su nombre se esperaba a un chico, pero que ahora no estaba segura de que esa persona que tenía delante lo fuera. Se imaginaba sus pensamientos: «Creía que era un tío, pero la voz parece de mujer, aunque también podría ser la de un hombre joven». Dorian pudo haberle ayudado diciendo algo así como: «No lo pongo en el currículum, pero soy aficionada a la fotografía, que quizá sea de interés para un medio de comunicación». Ese «aficionada», aunque no le acababa de definir, habría despejado sus dudas, pero quería ver hasta dónde llegaba la desazón del entrevistador.

—¿Te importaría dejarme el DNI? Es para hacer una fotocopia y adjuntarla al currículum... siempre lo hacemos con las nuevas solicitudes.

Dorian sonrió y reconoció que había sido una buena jugada, aunque estaba segura de que era la primera vez que ese señor adjuntaba al currículum el DNI de un aspirante. Finalmente, le tendió la identificación y su entrevistador buscó discretamente el dato que lo sacó de dudas. Arqueó las cejas y se levantó para hacer la copia.

—Muy bien, voy a hacer la fotocopia. En unos días nos pondremos en contacto contigo —dijo mientras manipulaba el escáner—, tanto si eres seleccionada como si no.

—Gracias.

En ambientes oficiales permitía que le trataran en femenino, por comodidad; ya era suficientemente confuso su aspecto como para liar más al personal. Pero en casa, sus padres ya se habían acostumbrado a llamarlo por su nuevo nombre y a usar el masculino —«para compensar», decía elle, y porque les dio mucho la tabarra desde lo del dichoso «masculino genérico» *made in RAE*—; no lo entendían, pero lo acataban. Todos menos su abuela.

—Con el tipazo que tienes y me voy a morir antes de verte con vestido.

—Abuela, venga, pero si tú no te vas a morir nunca —dijo Dorian.

—Tú ponte un vestido y verás cómo le da un patatús —intervino su hermano pequeño.

—Ay, mi Dianita, con lo guapa que es —su abuela le achuchó un poco— y los pelos que me lleva y esa manía de no ponerse pendientes... nena... si

puedes ser todo lo homosexual que quieras, pero una cosa no quita la otra.

Esos fueron algunos de los *highlights* de la cena de la última Nochebuena. Pero a pesar de los reproches de su abuela, Dorian cuidaba mucho su aspecto y no salía del baño hasta no llevar el pelo perfectamente descuidado, la raya del ojo discretamente gótica y el corrector de ojeras cumpliendo su cometido.

—¿Que qué soy? ¿A qué te refieres? —repreguntó Dorian a la chica. Sabía a qué se refería la nueva redactora, pero le pilló desprevenido una pregunta tan directa.

—Que si eres un chico o una chica —dijo de forma natural.

—Pues... una chica.

«Soy solo Dorian», le habría gustado decir.

—Guay... Yo soy Malak Vega.

Elle la miró sin comprender, sin saber qué decir o hacer a continuación.

—Mi nombre, para la clave —le aclaró la chica.

—Ah, sí, sí, perdona —asintió y volvió a su ordenador.

Malak le deletreó su nombre y, ante el interés de Dorian, le dijo que era un nombre saharauí y que su madre también lo era, pero que ella había nacido en España. Entonces la chica le preguntó que por qué se llamaba Dorian y le informátiqúe se encogió de hombros.

—Me gusta.

—¿Es que te lo has puesto tú?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Cómo te llamabas antes?

—Qué más da. —Empezaba a agobiarse.

—¿Rogelia o algo así de feo? —Rio Malak.

Dorian abría y cerraba ventanas en su pantalla de ordenador y tecleaba con rapidez. Escribió unas palabras en un papel y se lo tendió.

—Tu nombre de usuario y la clave.

—¿No me lo vas a decir?

Malak tenía una sonrisa contagiosa y Dorian también sonrió al negar con la cabeza. La chica cogió la nota y se volvió mientras decía:

—Ya lo averiguaré.

Pasaron varios días. Varias semanas. Dorian buscaba cualquier excusa para pasar cerca de la mesa de Malak y cuando sus miradas se cruzaban las dos sonreían como un acto reflejo, sin saber quién lo había hecho primero. Frente a la máquina de café intercambiaban algunas frases, pero Dorian se sentía más tímido que nunca y Malak no parecía tan espontánea como el primer día. Fuera del trabajo, él pasaba las horas en su casa buscando en internet cualquier cosa relacionada con la historia saharauí o tecleando Malak en Google. Le costaba conciliar el sueño y un sutil pero constante nudo en la boca del estómago le quitaba el apetito. Por primera vez en su vida era él quien quería acercarse a alguien; antes siempre había sido la parte pasiva y deseada, y se había limitado a aceptar o a rechazar. Sabía que Malak tenía novio, o algo parecido, aunque una evidente heterosexualidad nunca había sido antes obstáculo para ser deseado por una mujer. Sin embargo, esta vez era diferente. La chica mostraba signos de acercamiento y de interés, pero no se acercaba, y ser la parte activa era totalmente nuevo para Dorian.

Un mes después de la llegada de la nueva redactora celebraban la cena de Navidad, y una veintena de trabajadores, entre los que estaban Dorian y Malak, se apuntaron. La cena transcurrió sin historia y después continuaron la fiesta en un bar de copas. Normalmente, Dorian apenas bebía, pero esa noche sí lo hizo. Con su copa en la mano se acercó al grupo en el que estaba Malak y, poco a poco, se fue acercando a ella y ella acercándose a él hasta quedarse hablando las dos solas, apartadas del resto. Primero del trabajo y después de ellas:

—¿Por qué elegiste Dorian? Es más de chico, ¿no?

—Sí, supongo, me costó convencer a los del registro de que era ambiguo, ¿no te gusta?

—Sí, es bonito, pero es más de chico.

Tras unos segundos de eterno silencio, Malak se puso seria.

—He cortado con Pedro.

—¿Tu novio? —Ella asintió—. ¿Qué ha pasado?

La chica se encogió de hombros mientras Dorian pugnaba por ocultar su entusiasmo.

—Pues lo de siempre, que se acaba y ya está. ¿Y tú? ¿Tienes pareja?

—No. Ahora no.

Malak, que no bebía nada, le cogió la copa y tomó un trago.

—¿Eres gay?

Dorian la miró y le sonrió.

—Claro —dijo con naturalidad.

—¿Claro? ¿Por qué «claro»?

—Pues no sé, como la gente lo piensa como si fuera obvio, he creído que tú también lo veías así...

—¿Porque pareces un chico y tienes nombre de chico?

—Por ejemplo.

—Podrías haber sido transexual y heterosexual. ¿Eres transexual?

—Es mejor decir transgénero, o persona trans...

Malak se quedó pensativa como si intentara entender la diferencia entre todos esos términos.

—¿Y lo eres?

—No.

—¿Y por qué te pusiste Dorian si no quieres ser un chico?

Dorian resopló sonriendo.

—Qué pesada con lo del nombre, Malak. —Sintió un escalofrío al pronunciar su nombre.

—Si es que no me contestas...

—Mis padres me pusieron Diana —dijo con resignación.

—Diana... —musitó Malak— la diosa de la caza, ¿lo sabías? Es un nombre precioso. Mucho mejor que Dorian, ¡dónde va a parar!

—Pues Malak significa «ángel» —dijo elle— y se lo ponen tanto a niños como a niñas, el tuyo sí que es unisex, como las peluquerías.

Malak se echó a reír ante el primer chiste que le había oído decir a Dorian. En ese momento llegó uno de sus compañeros y les dijo que se cambiaban de garito, que si iban con ellos. Se miraron y se dijeron que sí con un gesto.

El siguiente bar era más oscuro y más ruidoso. Todos se pidieron algo de beber y la mayoría se puso a bailar, Malak también; Dorian la siguió sin mucha convicción, porque no le gustaba bailar y lo hacía regular. Ya llevaban media copa bebida cuando la chica le dio un codazo y le señaló a una pareja que se estaba besando en un rincón: el de recursos humanos y la de producción. Las dos rieron de nuevo. Tras unos minutos de silencio y mal baile, Dorian le dijo que iba al baño y le dejó su copa.

Cuando llegó a la cola del aseo estaba algo aturdido, apoyó la cabeza en la

pared y cerró los ojos. Segundos más tarde sintió que le pellizcaban en el costado. Era Malak.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, sí... un poco cansada.

—Un poco borracha.

—Pues sí...

—Le he dejado tu copa a María y la mía me la he bebido. Yo también ando un poco malamente. —Rio.

La cola iba avanzando y ya solo tenían a dos personas delante.

—¿Por qué un nombre de chico?

Dorian hizo como que se pegaba un tiro.

—Tú también tienes nombre de chico.

—No. El mío es unisex y, además, no me lo he puesto yo.

La penúltima chica entró en el aseo. Dorian resopló y se puso serie.

—No me identifico con un nombre de chica, ni tampoco si se refieren a mí en femenino. Mi familia me llama en masculino; bueno, mi abuela no.

—¿Y te sientes cómoda cuando se refieren a ti en masculino?

—Pues tampoco mucho...

—Pues no lo entiendo.

—Lo que es femenino y masculino está construido por la sociedad, no son naturales, son etiquetas delimitadas: o eres blanco o eres negro, y a veces la identidad no siempre está tan definida, sino que está en algún punto entre esos dos extremos.

—Ya. Pero biológicamente sí está definida.

—Pero una cosa es la biología, que, bueno... es un tema complejo, y otra es el género —insistió Dorian—. ¿Has oído hablar del género no binario? Mi pronombre no es él ni ella, es elle.

—Ufff... voy demasiado pedo para estas profundidades.

—El género, como la sexualidad, incluso la biología, es un continuo y no sirven dos simples etiquetas para explicar semejante complejidad.

—Pues yo creo que lo que haces alterando así las «etiquetas» es darle demasiada importancia a esas etiquetas precisamente.

—Nooo, todo lo contrario.

—Si no le dieras importancia, te daría igual cómo te llamaran. Y si no eres transexual... o persona trans o lo que sea... y tienes un cuerpo de mujer, pues te llamo Diana antes que Dorian.

—¿Y qué es tener un cuerpo de mujer? —Vio la mirada confundida de Malak, pero siguió hablando—. Además, no es algo exterior u objetivo, es interior, es subjetivo, es mental, no físico.

La última chica entró en el servicio.

—Pues yo no te voy a llamar en masculino. Y no sé qué es eso de «elle».

—Pues vale.

—Y te voy a llamar Diana.

—Pues no te responderé.

Malak se puso seria y le miró a los ojos fijamente.

—Diana —dijo.

Al oír su antiguo nombre de los labios de Malak, Dorian sintió el mismo escalofrío que había sentido al pronunciar el de ella hacía unos instantes. Estaba mareado, o mareada, o mareado, en esos momentos dudaba. Solo sabía que si Malak lo prefería y salía de su boca, no le importaba ser Diana para ella, solo para ella.

—¿Te encuentras bien?

Dorian se había apoyado de nuevo en la pared, aturdiendo por el alcohol y por el nudo en la boca del estómago, que le hacía respirar profundamente.

—Sí.

En ese momento salió la última chica del baño.

—Si quieres pasa tú, yo puedo esperar —dijo elle.

—No, no, yo aguanto, pasa tú.

Dorian entró en el aseo, pero justo antes de cerrar la puerta, Malak la bloqueó con su mano y pasó al interior antes de que se enterara de lo que estaba pasando. Echó el pestillo y se colocó frente a elle. Se miraron durante unos segundos, la chica sonreía levemente y a Dorian se le aceleraba la respiración; el espacio era pequeño, elle alargó su mano, le apartó el pelo de la cara y se dejó llevar. Se abalanzó sobre su boca y la besó con urgencia; Malak se dejó primero y le correspondió después con el mismo ímpetu. Dorian la atraía hacia sí con firmeza, recorriendo su espalda y su cintura con las manos, con afán de explorarlo todo. Malak le rodeaba el cuello con una mano y con la otra atraía su cintura hacia la suya. Cada vez estaban más excitadas, no podían parar de tocarse y la ropa les sobraba.

—¡¡¿Qué pasa, coño?!!

Alguien aporreó la puerta y lentamente dejaron de besarse. Se separaron con desgana, se miraron a los ojos y se apretaron la mano con fuerza. Dorian

descorrió el pestillo y salieron al pasillo, donde la chica que esperaba las miró de arriba abajo, haciendo evidente su disgusto.

—¡Iros a un hotel, joder!

—Es que se ha mareado —se excusó Dorian.

Pero la chica ya había entrado en el baño dando un portazo. Dorian vio al resto del grupo y soltó la mano de Malak.

—¿Nos vamos? —preguntó ella.

—¿Adónde? —Dorian miró su reloj, eran las tres y media de la mañana—. ¿A un sitio con baño?... al final no he hecho pis.

—¿Vives con tus padres? —preguntó Malak.

—Sí. ¿Y tú?

—También. Pues a un hotel entonces.

Dorian no pudo reprimir una amplia sonrisa ante su pragmatismo. Malak se acercó a sus compañeros y les anunció que se marchaban porque estaban cansadas y un poco pedo.

En el hotel, más bien pensión, tocaron el cielo y todos los centímetros de piel de sus cuerpos. Malak se dejaba llevar, se dejaba hacer e imitaba. Cerca del amanecer le confirmó a Dorian que siempre se había sentido atraída solo por hombres y que ahora... no entendía por qué. Rieron. A Dorian le encantaba esa espontaneidad, esa ausencia de vacilación y de titubeos que tantas veces había visto en las mujeres supuestamente heterosexuales que al final habían acabado en su cama. Pero a Malak no parecía afectarle nada de eso, incluso le reprochó que le hubiera soltado la mano cuando vieron a sus compañeros de trabajo, después de salir del baño. Dorian... o Diana ya estaba absolutamente rendida a sus pies.

A partir de ese día, Malak siguió llamándole Diana, pero se refería a elle como... elle. Dos meses más tarde, Dorian volvió a solicitar el cambio de nombre en su DNI: de ahora en adelante se llamaría Dorian Diana.

—¿Ya está? —preguntó Concha.

—Sí. ¿A qué te refieres? —dijo Sofía.

—A que se cambia el nombre ¿y ya está?

—Pues sí.

—¿Pero follan o algo? —añadió.

—Pues en el hotel, ¿no te has enterado?

—Pues un poquito más de descripción, no sé.

—Pues es que no sé lo que hicieron exactamente. No me lo voy a inventar.

—¿Cómo que no? Pero eso hay que contarlo, tía.

—¿Por qué? Yo sé lo que me contó una amiga de Dorian, la emo, la emo-gótica, que ya no es emo, ahora es normal, perdón, que ya no es emo-gótica.

—¿No decías que lo sabías por Irene, la amiga de la madre de Blanca? —sospechó Helena—. Esta historia es ficción total, además, tú no conoces a nadie emo, ni gótico.

—No te lo cuento todo, querida —dijo Sofía—, y no conoces a todos mis amigos; yo trabajé más tiempo que tú en enVivoNews y conocí a la emo antes de que llegaras tú. Y cuando yo la conocí ya no era emo. Hace poco me mandó un wasap y quedamos y hablamos de cosillas del portal. Y también sabía lo de la saharai por la madre de Blanca. El mundo es un pañuelo, ¿sabes?

—Vale, vale, cómo te pones, por favor —dijo Helena sonriendo con suficiencia—. Yo digo que no es verdad, que te lo has inventado y bebo por si acaso. Y le pongo nombre al juego: «Vamos a contar mentiras»... le pega.

Sofía no sabía exactamente por qué, pero ese comentario la enfadó. ¿Por qué ponía en duda sus palabras? ¿«Vamos a contar mentiras» iba solo por su historia? Le sacaba de quicio que le sacaran de quicio sus tonterías.

—Ay, que no me acordaba —recordó Blanca—, pero si vosotras dos coincidisteis en ese portal de noticias.

—Pues ya os lo acabo de decir —respondió Sofía.

—No, no, digo que tú y Helena coincidisteis en ese trabajo.

Efectivamente, Helena había entrado a trabajar como webmaster de enVivoNews cuando Sofía llevaba ya unos meses en prácticas como documentalista; de hecho fue ella la que la animó a echar el currículum. Se habían conocido dos años antes en el grupo senderista universitario. De eso hacía ya casi quince años.

—Yo también voy a beber —dijo Concha.

—No bebas tanto, cari —intervino Blanca—, que se bebe solo si la historia es mentira.

—¡Por favor! —dijo Helena—. Esto es una chorrada, todas estamos bebiendo cuando nos da la gana, dejad ya de repetirlo, por favor.

—Una duda tonta: si el juego se llama vamos a contar mentiras, por lógica, puede ser mentira que yo diga que es verdad, ¿no? —Ni la propia Sofía se había enterado muy bien de lo que acababa de decir.

—Buf, qué pesadas sois —protestó Concha—, contad y bebed lo que os salga del ojete.

La cocinera alzó su copa y todas la imitaron y, por supuesto, bebieron. Helena, dos veces.

[2]. A partir de ahora se usará el necesario género gramatical neutro (terminación en -e) para referirse a Dorian.

LA ESCAPADA

Blanca miró su móvil, a pesar de que no había cobertura.

—¿Qué miras? —preguntó Concha—. Si está muerto.

—Ya —se encogió de hombros—, por si vuelve.

—¿Es que te aburres? —preguntó Helena—. Yo me lo estoy pasando genial con vuestras historias —lo dijo con ironía, para que se notara, pero la realidad era que no se lo estaba pasando mal y que ella era una gruñona.

—No me aburro, para nada... —dijo Blanca—. Y tengo una historia con la E, me acabo de acordar —miró a Sofía y a Helena—, vosotras no la conocéis, pero tiene que ver con ese portal de noticias, pero antes de que trabajarais vosotras y también es totalmente cierta.

—Pero si le toca a Helena —dijo Sofía.

—Yo-pa-so —silabeó la aludida.

—Pero... —ignoró su comentario— no estoy segura de que os vaya a gustar.

—Tampoco follan, ¿no? —intervino Concha.

—Bueno... —continuó Blanca— ya lo veréis; mi historia se titula «La escapada», con E, y la protagonista es Leonor, la conocí en clase de yoga y también trabajó en enVivoNews.

Un mar de arena y sal llenaba la pantalla del ordenador. La sustituyó una sucesión de vistas aéreas de la progresiva desaparición de las aguas del mar de Aral. La primera databa de 1989 y en ella se podía ver un mar inmenso de profundas aguas azul oscuro; la última era de 2014, en la que su superficie apenas era la décima parte de lo que fue. En la siguiente imagen del documental aparecía un lugareño de piel curtida por la vida a la intemperie,

que miraba con lágrimas en los ojos la arena reseca mientras decía unas sentidas palabras en uzbeko. Leonor arrastró la pista de audio del doblador y la sincronizó con las imágenes del hombre: «Un día lo tuvimos todo, éramos felices; y ahora no queda nada, un día estaba ahí y al día siguiente se había ido, NADA, no queda nada, solo desierto, tierra baldía, sin vida, sin esperanza, sin esperanza...».

La mirada de Leonor también se humedeció. Los auriculares la aislaban del bullicio de la sala en la que sus compañeros iban y venían, hablaban por teléfono, redactaban, montaban vídeo como ella o elaboraban infografías. Mientras el uzbeko daba la espalda a la cámara y se alejaba con pasos cansados, la voz en *off* sentenciaba: «Hasta aquí nuestro viaje por el moribundo mar de Aral, donde el agua está en los ojos de los que lo contemplan».

—Leo —dijo alguien a su espalda—. ¡Leo!

Leonor se sobresaltó al sentir una mano en su hombro y se giró con brusquedad.

—¿Qué?

—Perdona... ¿qué te pasa? —preguntó Kike al verle los ojos acuosos.

—Buf, esta historia del mar de Aral, que es muy fuerte, qué desastre. Me he emocionado y todo.

Kike era muy joven, para Leonor, un crío de veintitantos frente a los treinta y muchos de ella, pero conectaron desde el primer día, desde que se conocieron hacía tres meses, cuando Kike empezó a trabajar de cámara externo para enVivoNews, que también tenía televisión *online*.

—Pobrecita. —Sonrió con dulzura—. Pues mañana sí que vamos a llorar, ya verás...

—Ya te digo.

—¿A qué hora me recoges?

—Qué poca gana tengo... —dijo Leonor con hastío—. ¿A las ocho? En cuatro horas nos ponemos en Los Monegros, ¿no? —Kike se encogió de hombros—. Sí, así llegamos tranquilamente para comer.

—Lo que tú digas, jefa.

—Leo, las nuevas claves de la base de datos.

Quien habló fue su compañera Dorian, la informática.

—Ah, sí, trae. —Cogió el papel que le tendía—. Gracias.

—De nada.

La mujer se giró de nuevo hacia Kike.

—Menuda nos espera; por favor, qué harta estoy ya de ver tanto desierto, ¡qué angustia!

Pasaban las nueve de la tarde, pero todavía entraba por la ventana la claridad de las tardes cercanas a la noche de San Juan. En una maleta pequeña abierta sobre la cama, Leonor colocaba con desgana ropa de verano, alguna chaqueta vaquera, el neceser... Abrió un cajón de la mesilla y cogió una caja de pastillas para dormir. Junto a ellas había un marco portarretratos con las caras sonrientes de ella y otra mujer. Leonor miró la foto fijamente, triste, severa, herida. Las palabras del documental resonaron en su cabeza: «Un día lo tuvimos todo, éramos felices; y ahora no queda nada...», y la encerró con rabia contenida, de nuevo, en el cajón.

—Qué desgraciada... —musitó con los labios apretados.

—¡Leo, la salida! —Señaló Kike el cartel que acababan de pasar.

—No voy a ir, no puedo, no puedo... —dijo con un hilo de voz.

—¿Qué? —La miró alucinando.

—Que no puedo, doy la vuelta y te dejo en Zaragoza, en la estación o algo así. No puedo, me tengo que ir.

—Pero qué dices. Estás de coña, ¿no?

—Kike, lo digo en serio, llamo y digo que me ha surgido un asunto familiar y que me sustituyan... en realidad me ha surgido un asunto familiar —dijo en voz más baja.

—¿Pero qué pasa? ¿Ha pasado algo?

Leonor negó con la cabeza.

—Que estoy harta, que ya no puedo más con... estos horarios, mierda de sueldo, mierda de trabajo, mierda... todo, que no voy, que hoy no puedo.

—¡Pero tía! ¿Hablas en serio? —Leonor asintió—. ¿Te vuelves a Madrid entonces? —preguntó Kike incrédulo.

—No sé, me voy por ahí... al mar de Aral, a grabar unos recursos.

Kike sonrió.

—¿A dondecoñostán?

—Uzbekistán.

- Te acabas de pasar un cambio de sentido.
—Perdona, en el siguiente doy la vuelta y te dejo.
—Paramos y te lo piensas, ¿vale?
—No.

Casi doscientos kilómetros y hora y media después estaban en una gasolinera. Kike tenía un sándwich en la mano y Leonor, su móvil pegado a la oreja.

—... no, tranquila, estamos bien. Solo tenemos unas contusiones, pero después del susto nos volvemos a Madrid... Sí, ¿no te importa? Tere seguro que puede, y cámaras... el que quieras... Hombre, Kike es muy bueno — miró cómplice a su compañero—, pero algo encontrarás... vale, vale... gracias.

—¿Piensas falsificar los papeles de urgencias? —ironizó Kike.

—¿No somos «autónomos»? —Leonor enmarcó la palabra dentro de unas comillas imaginarias—. Pues esto es lo que te pasa si no haces contratos. Que los papeles me los paso yo por mi autónomo culo. Y si te piden a ti algo, les dices que te he secuestrado y ya está.

Kike la miraba sin decir nada, con cierta incredulidad.

—Estoy aquí por voluntad propia.

—Ya. Lo siento, no te preocupes, yo pago la gasolina... y el hotel, pensión, lo que sea. Gracias.

—Entonces qué, ¿seguimos? —Kike rio perplejo—. ¿Nos vamos a Francia y nos tomamos unos vinos?

—Está bien el plan, ¿no?

Kike estaba confundido, sorprendido, pero sus ojos desprendían un brillo especial, intrigados por la inminente e inesperada aventura con su compañera de trabajo.

La tarde comenzaba, ahora conducía Kike, que echaba furtivas miradas a su derecha, al perfil de Leonor, que tenía la mirada perdida en algún punto de los campos entre Gerona y Figueras.

—Por aquí hay pueblos muy chulos, podemos pasar la noche en algún sitio de la Costa Brava, ¿no? —dijo el chico.

—No, sigue un poco más, quiero salir de España. Conduzco yo si quieres.

—No, no, voy bien. —Y, tras una breve pausa, continuó hablando—. Pues sí que te ha dado fuerte.

Kike esperaba algún comentario de su compañera y la miró, pero Leonor callaba.

Una hora más tarde dejaban atrás un cartel para desviarse a Perpiñán. El sol se acercaba al horizonte y una expresión de cansancio se dibujaba en la cara de Kike. Miró a Leonor, que continuaba con la misma mirada perdida desde hacía casi cien kilómetros.

—¿Quiere la señora que continúe hasta su residencia de Mónaco? ¿O prefiere buscar ya un alojamiento para pasar la noche?

Leonor salió de su abstracción.

—Perdona, sí, espera, que lo miro en internet.

Sacó su móvil del bolso tirado a sus pies. Apenas dos minutos después ya tenía destino.

—En sesenta kilómetros está Narbona...

—¿Sesenta kilómetros más? —interrumpió Kike.

—... que tiene una catedral espectacular y además pasamos por un parque natural preciosísimo.

—Qué más te dará el paisaje, si no has despegado los ojos de las líneas de la carretera.

—¡Qué dices! Estoy mirando el paisaje todo el rato. Déjame que yo conduzca, busco un hotel y conduzco yo. Venga.

La noche era fresca, una ligera brisa agitaba los árboles del paseo junto al río, cuyas aguas reflejaban las farolas de ambos lados. Kike bebió un largo trago de su cerveza y la dejó sobre la mesa, junto a los restos de un plato de pasta. Al otro lado de su mirada, Leonor volvía a llenar su copa de vino.

—Parece que está bueno —dijo el chico.

—¿Quieres probarlo?

—Ya te he dicho que no me gusta el vino.

—Pues no sabes lo que te pierdes.

La mujer saboreó el tinto cerrando los ojos y cuando los abrió dejó vagar su mirada por las aguas ondulantes del río.

—¿Se te ha muerto el gato? ¿Te ha dejado tu novio?

—No me gustan los gatos y no tengo pareja. —La mujer inspiró el aire nocturno de Narbona—. Se está muy bien aquí.

Tras un par de minutos de silencio, tres tragos de cerveza y dos de vino, Kike volvió a hablar.

—Me estoy imaginando la cara descompuesta de Paloma: «¿¡Que habéis tenido un accidente!?!». Con la cara roja y su cabeza a punto de estallar haciendo números... Pero si se pone *tó* loca si falla la batería de una cámara.

Leonor sonrió con la relajación que da el alcohol.

—Mañana nos levantamos cuando nos dé la gana y nos vamos por toda la costa y en el pueblo que más nos apetezca paramos, nos quedamos, nos vamos... lo que sea, lo que nos pida el cuerpo.

—Lo que digas, jefa. —Era obvio que el plan le gustaba mucho.

Cuando Kike salió del cuarto de baño, Leonor ya dormía; el cámara se acercó a su cama y la miró: primero el rostro relajado, después el pecho insinuado bajo la camiseta de tirantes, la curva de su cadera, que, al dormir de lado, se elevaba como una suave colina. El chico apagó la luz y se tumbó en su cama, bocarriba, y durante un buen rato sus ojos insomnes no dejaron de mirar al techo.

El siguiente día fue una sucesión de sol, mar, pueblos encantadores y risas. Conducían despacio, recreándose en las vistas de Béziers, Nimes o Arlés y la reserva natural de Camargue. Pararon a comer en Martigues, con vistas a un brazo de mar salteado de pequeñas embarcaciones. Descansaron y pasearon para estirar las piernas. Kike sugirió quedarse por allí a dormir, cerca, pero Leonor solo quería estar en marcha, avanzar, alejarse de su mundo y acercarse aún no sabía dónde. Reanudaron la marcha poco pasadas las cinco. Fueron costeano sin perder de vista el mar a su derecha. Aún quedaban un par de horas de luz cuando llegaron a Saint-Tropez.

En la cena hablaron del trabajo, de política, del imbécil del hotel que no se esforzaba por entender el inglés de Leonor... A Kike le brillaban los ojos y Leonor sonreía más que el día anterior. Hasta que su mirada se quedó fija en dos mujeres sentadas dos mesas más allá. Un bebé había empezado a llorar y

una de ellas lo cogió en brazos para calmarlo. Podrían ser hermanas o amigas, pero para Leonor eran dos mujeres con un hijo. Su gesto cambió y le dijo a Kike que se retiraba ya al hotel.

Cuando el chico salió del cuarto de baño la vio acostada bocarriba, seria, distante, triste.

—¿Estás bien?

—Sí. —Leonor cerró los ojos.

Kike recordó todos los reproches que su hermana hacía a sus ligues, que no entendían cuándo una chica necesitaba que la abrazasen o que le cogieran la mano sin que eso significara una invitación sexual. Así que se acercó a la cama de Leonor y se puso en cuclillas junto a ella. La mujer notó su presencia y lo miró interrogante.

—¿Qué haces?

Kike le tomó la mano.

—¿En serio? —se mofó Leonor.

El chico se sonrojó.

—Que solo te estoy cogiendo la mano, ¿eh? Pero vamos, que para ti toda.

Kike intentó soltarse, pero Leonor lo retuvo con una sonrisa maternal.

—Ay, qué mono eres. —Y con la mano libre acarició suavemente la cara del chico—. Gracias por venirme conmigo, y ahora duerme, que yo estoy bien.

El chico asintió, se separó en silencio, se acostó y apagó la luz.

—Buenas noches —dijo Kike.

—Buenas noches.

A media mañana estaban a punto de cruzar la frontera con Italia. Apenas habían intercambiado unas palabras sobre el paisaje.

—¿Podemos ir hacia el norte? No quiero ir a Italia.

Kike, que conducía, giró un momento la cabeza y la miró incrédulo, recordando el destino decidido la noche anterior.

—¿Pero no íbamos a Croacia? Entre nosotros y Croacia solo está Italia.

Leonor cogió su móvil y buscó un mapa en internet.

—Vamos hasta Milán y de ahí a Lugano... es preciosa y está en Suiza. No quiero pasar la noche en Italia.

—Yo... alucino. ¿Y después a Croacia? Te va a salir por un pastón esto. ¿De verdad quieres seguir? ¿Quieres que nos volvamos?

—No. Si te quieres volver ya, te dejo en un aeropuerto y te pago un billete a Madrid.

—¿Tú eres rica o qué? Yo no te dejo sola, qué va.

—No te preocupes por el dinero, tengo unos ahorros que ya no necesito.

—Nunca se sabe. Tía, no sé. Es que creo que se nos está yendo esto ya de las manos. No sé qué es lo que te pasa o lo que te ha pasado, pero igual fundirse la pasta no es lo mejor, ¿no?

—No la necesito, no la quiero.

Kike sacudió la cabeza y Leonor volvió a mirar el paisaje sin verlo realmente.

—Iba a casarme y ahorré para la ceremonia y la luna de miel —dijo en tono frío—, y ya no lo necesito.

—¿Qué pasó?

—Pues que no me casé, ya te lo he dicho.

—Vale, no me lo cuentes. Total, solo me estoy jugando mi puesto de trabajo, pero como en estos tiempos hay tantas ofertas no hay problema.

—¿Chantaje emocional? Pareces una tía.

—Ja, ja... qué chungo te ha quedado eso.

—Ha quedado un poco machista, ya. Me la pela.

—Mi hermana me ha hecho chantaje emocional durante veinte años. Me sé la técnica.

—Enhorabuena —dijo ella irónicamente—, tú seguro que no le tirabas nunca del pelo y eras un santo.

—Me has pillado.

Durante el silencio que siguió, Kike le echaba miradas furtivas, percatándose de su gesto extremadamente serio.

—Se lio con alguna dama de honor, seguro —Kike quería animarla.

Leonor cerró los ojos y endureció el gesto, no quería llorar.

—Perdona. —Kike se dio cuenta de que no estaba para bromas—. Esta noche es San Juan, ¿lo celebrarán en Suiza o eso de las hogueras es solo español?

Leonor se encogió de hombros, indiferente.

—En Italia seguro que también se celebra, pero vamos, que lo digo por decir, porque vamos a Suiza.

Pasaron en silencio la frontera con Italia, echaron gasolina y comieron algo sin decir apenas nada. Dejaron Milán atrás y enseguida vieron los primeros

carteles con indicaciones hacia Suiza. Antes de salir de Italia, Leonor habló.

—Queríamos tener hijos. Y por eso nos íbamos a casar. Llevábamos juntas nueve años. El décimo aniversario iba a ser la boda.

—¿Juntas? —Kike no estaba seguro de haber entendido bien.

—Sí, juntas, mi pareja era una mujer.

El chico puso los ojos como platos.

—Eso sí que no lo he visto venir. —Parecía decepcionado—. ¿Y me lo dices ahora?

—¿Y eso qué más da?

—Perdona, perdona. Es que no tenía ni idea, pero vamos, que no lo digo por eso, o sea, por nada, que está guay.

Los dos callaron unos instantes. Leonor supuso por su reacción que el chico esperaba «algo» con ella en ese viaje; y ella, que no sabía qué esperar, apretaba los labios peleando por no hacer pucheros.

—Entonces, os peleasteis y se canceló la boda, ¿no? —Kike esperó alguna confirmación que no llegó—. Bueno, estas cosas pasan, pero mira, si tenía que acabarse, pues mejor antes de la boda, o imagínate con niños de por medio, ¿no? Vaya marrón.

—Y siete meses antes de la boda la muy desgraciada va y se muere. Y me deja sola. Me tendría que haber casado hoy, y mañana saldríamos de viaje por Italia. Porque yo ya había estado y nunca fuimos juntas; ella siempre quiso ir a Roma, a Venecia, a Florencia, pero yo siempre encontraba otro lugar mejor, así que le prometí que nuestra luna de miel sería un *tour* por Italia. Pero nunca la llevé.

Leonor hablaba como si fuera una historia ajena a ella, con cierta dureza en la mirada, tenía que hacerlo así o se derrumbaría... como tantas veces en los últimos siete meses.

—Leo, cuánto lo siento, de verdad. Puf. ¡Qué fuerte! ¡Qué putada! No sé qué decir, lo siento, lo siento. Y...

—Un desgraciado borracho la atropelló —interrumpió.

—Joder, lo siento.

—Así que esta noche dormimos en Suiza —apretaba la mandíbula para que no le temblara la voz—, en Lugano, que por las fotos de internet es jodidamente bonito.

Cruzaron la frontera Suiza y a pocos kilómetros apareció ante ellos el espectacular lago de Lugano. Sobrecogidos y en silencio observaban el grandioso paisaje que se contemplaba desde la carretera que recorría la margen derecha del lago; dejaron atrás pueblos bellísimos: Capolago, Melano y Bissonne, donde cruzaron el puente sobre las aguas del lago hasta Melide.

—Sal por ahí, vamos a Paradiso, justo antes de Lugano.

Minutos después, Kike detenía el coche frente al hotel elegido.

—Voy a preguntar dónde puedes aparcar y pido una habitación —dijo Leonor.

Una empleada salía de una de las habitaciones con el carrito de la limpieza. Kike miró en su interior y vio dos camas.

—¿No te han dicho que no había dobles?

—Que no había libres.

Tras dejar el escueto equipaje a los pies de la cama de matrimonio, salieron a cenar.

El chico juraría que, después de la traumática revelación, su amiga se había liberado.

—¿Has tenido muchas novias? —preguntó Leonor.

Kike se encogió de hombros.

—No sé, novias novias, un par, ligues, alguna más.

—¿Cuántas?

—Joder, pues no sé.

—Seguro que te gano.

Kike rio, la incomodidad inicial por el terrible relato se había ido disipando; Leonor se estaba esforzando en que así fuera. También ayudaban los botellines de cerveza vacíos y la botella de vino a la que le faltaba casi la mitad.

—Yo también me he liado con hombres... cuando era joven y tonta.

Ahora Kike sí que rio con ganas.

—Y ahora como eres superinteligente solo vas con mujeres, ¿no?

—Así es.

—Entonces yo también soy listo que te cagas.

—Puede.

—¿Y tú cuántas novias has tenido?

—Uf... de eso hace mil años. Pero entre ligues y novias, más de cinco y menos de diez. Soy una chica formal.

—Qué mal rollo, tía, yo soy aún más formal que tú.

—¡No puede ser! —exageró Leonor—. Pero si eres muy mono. Eso es que no te lo curras bien.

—Ya, si soy un partidazo... Me podrías dar unos consejillos con las chicas, ¿no?

—No desvelo mis artimañas así como así a cualquiera.

—Pero yo no soy cualquiera, que somos colegas.

Ella alzó su copa con una sonrisa y él chocó con ella su cuarta cerveza.

—Por los colegas —dijo Leonor.

—Por los colegas —dijo Kike.

Leonor, acostada de lado de espaldas a Kike, no dormía; el chico, bocarriba, tampoco.

—Abrázame —susurró ella.

Kike tragó saliva y le echó un brazo por encima, aunque sin pegarse demasiado a su cuerpo.

—Vaya una mierda de abrazo —se quejó Leonor.

Kike se acercó un poco más a ella, casi conteniendo la respiración; pero Leonor le tiró del brazo y lo apretó contra sí. Sus ojos abiertos taladraban la penumbra de la habitación con determinación. Al poco tiempo notó en su trasero cómo Kike se estaba excitando. El chico se separó avergonzado.

—Bueno, ya, ¿no? —Y se fue a su lado de la cama.

Leonor se giró y se colocó del otro lado, mirando el perfil del chico, de espaldas a ella. Lo puso bocarriba.

—Tía... —dijo azorado.

—Solo esta noche.

Y sin dar opción a una respuesta, se inclinó sobre su amigo y lo besó en la mejilla. Miró hacia abajo con toda la intención y sonrió.

—Y frena un poco, que vas a acabar antes de empezar.

—Joder, Leo, eres la hostia —sonó entre reproche y adulación.

Leonor se quitó la camiseta, se la quitó a Kike y le llevó su mano hasta su entrepierna, que Kike exploró tembloroso.

—No tengo ningún preservativo.

—Estoy sana como una manzana, ¿y tú?

—Yo sí, pero vamos, que no lo digo por eso.

El cerebro de Leonor llegó a una rápida solución:

—Tomo la píldora... por desajustes hormonales. No hay problema.

Y entonces, con más determinación que pasión, se quitó la ropa interior, le bajó los pantalones al chico y se puso a horcajadas sobre él.

El coche de Leonor volvió a cruzar el puente que unía Melide y Bissone, de vuelta otra vez hacia tierras italianas.

—Volvemos a Madrid.

—¿Ya no vamos a Croacia?

—No.

En los ojos de Leonor había un brillo nuevo, otra mirada, sin tanta tristeza, incluso con algo de ilusión. Sonrió a Kike, que parecía más apagado que a la ida, menos ilusionado...

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Claro. —El chico se encogió de hombros.

Con un poco de suerte, era posible que lo hubiera conseguido, y si no, pues ya buscaría los medios para lograrlo. Pero sentía que era que sí. Aunque no le diría nada a Kike; o quizá sí... Ya lo pensaría, pero no quería arruinarle la vida. No le exigiría nada, aunque quizá debía saberlo. En ese punto de inflexión y de cierta euforia eso daba igual. Ya estaba hecho. Ya tenía un motivo para seguir adelante. La llamará Victoria, como su amor, y si es chico, Víctor. Y le hablará de su otra mamá, la que nunca conoció, pero cuyo recuerdo también formará parte de su vida.

Leonor rompió a llorar, sin contención, sin censura, no de tristeza, sino de liberación. Tomó la primera salida y detuvo el coche en cuanto pudo. Kike no sabía qué hacer ni decir.

—Leo...

—Estoy bien... de verdad —dijo entre hipidos—, estoy muy bien.

Y se abrazó al chico, sobre cuyo hombro, por primera vez en mucho tiempo, no lloró lágrimas de muerte, sino de vida.

Todas miraban a Blanca en silencio, intentando procesar el giro final de la historia.

—Yo ya le dije que estuvo mal y que tenía que habérselo dicho al chico —afirmó la yogui.

—Yo no sé nada de la tal Leonor —dijo Concha.

—Pues es verdad que la conocí en yoga, cari.

—Pues nunca me habías contado su historia, es tremenda.

—Es que era algo personal y ella no quería que se supiera.

—Pues la acabas de contar ahora, ¿no? —dijo Sofía.

—¿A ti te suena la tal Leonor? —le preguntó Helena a su amiga.

Sofía afirmó con la cabeza.

—Vino a enVivoNews un par de veces cuando estaba de baja por maternidad, ahora lo recuerdo.

—Ostras —dijo Cocha—, entonces es verdad que se quedó preñada del tal Kike.

—Con él sí coincidí —dijo la informática—, y te puedo asegurar que no tenía hijos. O no lo sabía...

—Te has pasado contándolo, tía —dijo Sofía.

Blanca se encogió de hombros.

—Puede ser mentira —se defendió—. Forma parte del juego.

—O sea, que es mentira —insistió su amiga.

—Yo no he dicho eso, puede ser verdad.

—Pero entonces habrías traicionado la confianza de tu amiga —dijo Sofía.

—No, porque puede ser mentira...

—Ja, qué morro. —La bibliotecaria sonrió negando con la cabeza—. No sé cómo te las apañas, pero siempre sales airosa de estas cosas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Blanca frunciendo el ceño.

—Pues eso, que a veces cuentas cosas de otra gente y... bueno, no sé, que en otras personas quedaría mal, pero tú lo haces... como si no pasara nada, o sea... ¿inocentemente?

Sofía se estaba dando cuenta de que se había metido en un jardín. Aparte de esa parte un pelín cotilla, siempre había intuido en su amiga una faceta un tanto critica y manipuladora; era una certeza que rumiaba de una forma no del todo consciente. En otro momento no se hubiera atrevido a comentárselo, pero es que le salió solo, sin pasar por el velo que le impedía ver en su amiga cualquier atisbo de mala intención. Pero ahora se había tomado una copa y el velo era frágil.

—¿Qué cosas son esas? —Blanca se puso a la defensiva.

—Nada, olvídalo.

—Quiere decir que a veces destripas a la gente, pero siempre desde el cariño —ironizó Helena.

—Oye, oye —saltó Concha—, no te pases, guapa...

—Pero si he dicho «desde el cariño». No lo estoy criticando, algunas personas seguro que merecen ser destripadas.

—Yo no destripo a nadie, no sé de dónde os sacáis eso. Solo he contado una anécdota que puede no ser verdad.

—Blanquita, anda —dijo Sofía—, que no quería decir eso, yo creo que...

—Yo sí quería decir lo que he dicho —la cortó Helena.

Blanca miró a la informática con una sonrisilla forzada, la conocía lo suficiente como para saber que la estaba atacando, pero, claro, desde el cariño. Sofía estaba apurada, confundida, sintiéndose culpable por haber sido la generadora de tanta tensión, cuando ella siempre huía de las confrontaciones, así que calló y se refugió en su copa.

El silencio duró bastante, no porque estuvieran pensando nuevas historias, sino porque la tensión tardaba en disiparse... como el hielo del camino.

LA BELLA Y LA FEA

Helena miró su reloj y puso los ojos en blanco.

—Ufff... Son todavía las ocho de la tarde, por Dios —se quejó—, me va a dar algo aquí encerrada. ¿Vamos a otra historia o qué? ¿Quién se cuenta algo?

Esta vez Blanca no fue el alma de la fiesta y no dijo nada.

—Cuéntala tú —la retó Concha.

—Okey. —Helena se encogió de hombros y todas la miraron sorprendidas.

—¿Con la F? —preguntó Sofía.

Helena pensó durante unos cinco segundos.

—Pues sí, con la F de «fea».

—¿Fea? —Sofía huía siempre de lo políticamente incorrecto.

—Sí, es la historia de Almu, que era guapa, y de Mari, que era fea.

—¡Qué bruta eres! —exclamó la bibliotecaria.

—Pero si es que era fea, ¿yo qué culpa tengo, joder? ¿Os vale con la F de «a lo mejor folló con su amiga»?

—Venga, cuéntala ya —exigió Concha—, a ver si fuera verdad que alguien folla aquí hoy. Aunque me has hecho *spoiler*.

—He dicho «a lo mejor» —aclaró la informática.

—Pero tendrá algo que ver con la anterior historia, ¿no? —Blanca quería igualdad de condiciones.

—¡Joder! —Helena no daba crédito.

—Bueno, no pasa nada, cuéntala —la disculpó la yogui.

—Pues mira, sí que tiene que ver: un exnovio de Almu, la guapa, fue Kike, el cámara de enVivoNews y supuesto padre.

—¿Tanto lo conoces? —Sofía la puso a prueba.

—Lo sé porque Almu y Mari estudiaron conmigo en la facultad y todavía nos vemos de vez en cuando. Y si no os lo creéis, pues bebéis como esponjas como voy a hacer yo y ya está, ¿okey?

—Okey —dijeron todas menos Blanca.

—Porfi, si le conocen, no le digas nada de lo de Leonor y Kike.

—Tranquila, yo no soy como tú.

Si las miradas mataran, Helena sería un cadáver.

Chueca, Madrid, 2015.

Almudena, Almu, es guapa, alta, tiene buen tipo, es simpática y moderadamente inteligente. Tiene treinta y un años y un historial de conquistas que se asemejan en todo lo bello a ella.

María del Carmen, «la Mari», no es guapa ni alta ni tiene buen tipo, pero es simpática y moderadamente inteligente. Tiene treinta y un años y un historial de conquistas que se asemejan en todo lo bello a su amiga Almu.

—No sé cómo lo haces —se pregunta Almu—, te acaba de tirar un tejazo la tía más buenorra de todo Chueca.

Mari ve cómo se aleja la mencionada chica, después de dedicarle una seductora sonrisa, la chica a ella.

—No me interesa.

—¿Qué les das?

—A esa, nada..., que yo recuerde.

Mari ríe con una mueca exagerada, irónica. Almu la mira con media sonrisa y niega con la cabeza. Las dos quedan en silencio, otean el lugar acodadas en la barra y beben de sus respectivas cervezas. El local está poco iluminado y las escasas luces que hay aparecen y desaparecen al ritmo de la música, electrónica y estridente. Hay mucha gente, la mayoría chicas, de las que unas beben, otras bailan juntas, otras separadas y otras se enrollan.

—Me estoy cansando ya de este garito —dice Almu—, siempre los mismos caretos, ya no veo gente nueva, bueno, a estas horas ya no veo, directamente.

Sus ojos se entoran de sueño, alcohol y aburrimiento.

—Ya. Pues nada, el próximo finde a otro y ya está. ¿La última?

Su amiga se encoge de hombros.

Almu nunca ha tenido relaciones largas; su novia más duradera le ocupó siete meses, lo cual, según ella, era casi un año. Mari tampoco ha tenido noviazgos longevos, pero, al menos, coronó un año y casi llegó al segundo en uno de ellos.

Se conocen desde la universidad, donde estudiaron informática. Por entonces, Almu estaba harta de salir sin ganas y sin éxito con los moscones masculinos que revoloteaban siempre a su alrededor. Ligaba con los más guapos, porque era lo que se le presuponía a una chica guapa como ella, pero ninguno le llenaba. El único que le duró algo fue Kike, un chico encantador del que siguió siendo amiga después de cortar. Y un día, entre clase y clase, se fijó en la chica feúcha, retaco y poco femenina que parecía tan feliz. «Seguro que entiende», pensó. Almu nunca había salido con chicas, tan solo se había dado un pico con una amiga cuando iba al instituto, en un juego del tipo «beso, verdad, atrevimiento»; y solo fue un pico porque cuando ella intentó usar la lengua, la boca de su amiga salió disparada de la suya como un resorte. Pero aun con ese simple roce de labios, Almu, en el fondo y en la superficie, supo que eso era lo suyo. Y cada vez lo tenía más claro: los chicos la aburrían, no los deseaba y, en cambio, le encantaba su profesora de Estadística, y también entonces fue consciente de que le había gustado demasiado la de educación física del instituto...

Mari era ya «la Mari» en la universidad. Siempre tuvo claro su orientación sexual y la puso en práctica desde el primer año de instituto. Tenía mucha labia y mucho sentido del humor, era divertida y algo payasa, bastante lanzada y todo con ella parecía natural. En la facultad siempre andaba rodeada de chicas y, aunque no salió con todas, sí que obtuvo numerosos besos tanto de futuras lesbianas como de futuras heterosexuales. Y uno de esos besos fue el de Almu...

Poco a poco, Almu se había ido acercando a Mari, de una manera consciente o inconsciente quería que la sacara de su rutina de «tía buena» heterosexual —supuestamente— y la introdujera en su mundo lésbico. Mari, al principio, la veía como una heterocuriosa más. Empezaron a quedar para ir a la biblioteca, donde, aparte de estudiar poco, se reían mucho de los profesores, de los chicos que babeaban al paso de Almu o del éxito de Mari con las féminas. Se entendían, se caían bien y Almu se sintió lo suficientemente cómoda como para confesarle que besó a una chica, que tuvo dudas y que aún las tenía.

Chueca, Madrid, 2005.

Por entonces eran los primeros años del nuevo siglo y Chueca llevaba más de una década floreciendo. Un sábado por la noche salieron y, con ese encanto natural con el que Mari decía las cosas, le propuso:

—Pues yo te ayudo a salir de dudas, o sea, yo no, que tengo una reputación y un caché muy alto. Al grano: ¿a quién te presento para que te dé un morreo y saque la bollera que hay en ti?

En el rostro de Almu se dibujó una sonrisa beoda y miró a su alrededor.

—Aquella rubia del pelo corto es guapa.

—Uf, esa besa fatal, babea mucho, tía, parece una vaca.

—¿La has besado?

—Claro.

Almu respiró hondo y centró su atención en otra guapa.

—¿Y esa de la camiseta negra?

—Te gustan bien guapas, ¿eh?

—Si puedo elegir...

—Esa no me gusta para ti.

—¿También besa mal?

—No lo sé, pero es rara.

—¿Por qué?

—No sé, me da cosa...

—Pues propón tú una, ya que parece que las has besado a todas.

—A todas no, hay con dos o tres que no he querido. Es que pasa una cosa, ¿sabes?, la que mejor besa de aquí soy yo.

—¿Ah, sí? ¿Cómo de alto es tu caché?

—Puf. Y además sé hacer magia.

—¿Magia?

—Mira, hoy estoy generosa, te voy a hacer magia a ti: me apuesto una cerveza, no quiero arruinarte, a que soy capaz de besarte en la boca sin tocarte los labios.

—¿Sí? —lo puso en duda—. A ver, ¿cómo?

—Tendrás que aceptar mi desafío a las leyes de la naturaleza.

—Venga, adelante.

Mari sonrió a Almu, se acercó a su boca lentamente y le dio un delicado beso en los labios. E inmediatamente alzó el brazo y llamó al camarero.

—¡Una cerveza por aquí, para la bollo neófita!

Almu la miró interrogante y Mari se encogió de hombros.

—He perdido la apuesta.

—¿Ya está? ¿Esa era la magia? ¿Tomarme el pelo? Y vaya mierdecilla de beso, ¿no? ¿No dices que eres una máquina?

Mari la miró entre divertida y sorprendida, dejó su cerveza en la barra, le quitó a Almu la suya, le rodeó la cabeza con las manos y se acercó lentamente a su cara.

—Pero luego no me pidas más, ¿eh? —dijo deteniéndose a dos centímetros de su boca.

Almu negó y se dejó besar, primero solo jugaron con los labios, después Mari exploró tímidamente con su lengua y Almu se dejó explorar y, justo cuando iba a usar la suya, Mari se apartó.

—Bueno, ya, ¿no?

Las dos se miraron y sonrieron algo cortadas.

—No está mal —dijo Almu.

—¿Que no está mal? —se burló Mari—. Nadie te ha besado así en tu vida, tengo un máster en besos, tropecientos prácticas y enésimas horas de vuelo, y no solo en besos... Y digo vuelo porque las mujeres conmigo vuelan, suben al cielo.

—Vale, tía, que no tienes abuela... vale, sí: ha estado bien, pero que tampoco se te suba a la cabeza, ¿eh?

—Que no lo digo yo, que es lo que me dicen ellas a mí: «Nena, me has subido al cielo», me dicen cuando aterrizan. Yo simplemente lo reproduzco.

Almu miraba divertida el gesto de inocencia de su amiga, bebió un largo trago de cerveza y Mari la imitó.

—Bueno, ¿qué? Bollera, ¿no? —dijo al fin como algo obvio.

—Ya veremos... que no es así de fácil. Te lo tendrás que currar más.

—¿Yo? Qué más quisieras. Y no te hagas la dura, anda, que se te han erizado los pelos.

—Y a ti.

Almu la miraba fijamente y Mari se reía.

—Bueno, bueno, bueno..., que somos amigas, ¿eh? A ver si vamos a liar la cosa.

Almu no dijo nada, Mari le sostenía ahora la mirada, escrutando los pensamientos de su amiga, sus sentimientos, que creía claros hasta entonces, pero que en ese momento posbeseo se le antojaban misteriosos. Por un instante parecía que se iban a volver a besar, no dejaban de mirarse y Mari inclinó la cabeza hacia delante de forma casi imperceptible. Pero, finalmente, Almu desvió la cara hacia la multitud. Mari cogió su cerveza y observó a su amiga observando el mundo.

Chueca, Madrid, 2015.

Diez años después, ahí están Almu y Mari, bailando en medio del local, cada vez más vacío. Ahora son otras dos chicas las que, acodadas en la barra, las contemplan bailar. Una de ellas observa atentamente a Almu, que la ve y la ignora. Está seria, bailando con desgana, se dirige a Mari y le dice algo al oído.

—Hay una en la barra que no me quita ojo.

—Pues ya sabes.

—No quiero, no me gusta.

Mari deja de bailar, agarra del brazo a su amiga y las dos se dirigen hacia un lugar menos ruidoso y menos iluminado, donde se dejan engullir por un raído sofá de un color oscuro indefinible.

—¿Te pasa algo? Estás rara.

—¿Por qué?

—No sé. Desde que rompiste con Lidia es como si no quisieras salir con nadie.

—Tú tampoco has salido con nadie desde Virginia.

—Pero yo corté con Virginia hace tres meses, y tú hace un año.

—Puf, qué mareo llevo. —Almu se recuesta en el sofá—. Si es que no me gusta nadie.

—Si es que no hablas con nadie, no das lugar a que te gusten o te disgusten.

—Tenemos que hacer un viaje, llévame a algún sitio chulo.

—Estamos en febrero.

—Un fin de semana en algún parador... bien caro.

Mari soltó una carcajada.

—¿Te han subido el sueldo o qué?

Almu habla a su amiga sin mirarla, recostada en el sofá, con la vista perdida en algún lugar del techo.

—Ya no hacemos viajes como antes.

—¿Qué dices? Pero si no paramos.

—Pero siempre con novias, yo digo un viaje nosotras solas, como el de Ronda.

Ronda, Málaga, 2010.

Una luna casi llena emergía lentamente tras el monte y extendía su resplandor por un cielo sin apenas estrellas. Almu y Mari se asomaban al abismo desde el puente que unía ambas paredes del tajo.

—Voy a soñar con esas berenjenas con miel, ¡qué buenas, por Dios! —dijo Mari.

—Estaba todo buenísimo, pero he comido como una bestia. No voy a poder dormir.

Mari tomó del brazo a su amiga y se pusieron a caminar hacia el otro lado del puente.

—Yo te canto una nana... y te doy un Almax.

—Qué tonta eres. —Sonrió Almu.

—¿Se te ha pasado ya lo de Mónica?

—¿Mónica? ¿Quién es Mónica?

—Así me gusta.

—Gracias por el viaje. ¿Y Maribel qué ha dicho?

—¿Qué iba a decir?

—Pues no sé, igual no le apetece que te vayas de viaje con otra, no sé.

—Pero tía, si sabe que nos conocemos desde hace mil años, que somos súper buenas amigas. Además, sería su problema.

Caminaban por las callejuelas del casco antiguo de Ronda, en silencio, una suave brisa movía el cabello largo de Almu y le provocaba un ligero estremecimiento.

—¿Estás tiritando? —dijo Mari.

—Hace un poco de frío.

Mari le frotó la espalda de una forma exagerada y la agarró de nuevo del brazo.

—Payasa.

Caminaban despacio, Mari miraba las fachadas, los árboles, el cielo clareado por la luna; Almu perdía sus ojos sobre los adoquines, la acera, sus zapatos.

—¿Estás muy pillada de Maribel? —preguntó Almu.

—Pues no sé, sí, supongo, de momento estamos bien.

—Seguro que tiene que ser fácil estar contigo. Pero menuda suerte tengo yo con mis novias, no doy una.

—Es que eres una perfeccionista.

—Es que tengo un ojito. ¿Nos imaginas de pareja? ¿A ti y a mí? ¿Lo has pensado alguna vez? Nos iría bien, ¿verdad?

—Cada vez que cortas te pones de un transcendental...

—¿Lo has pensado alguna vez o no?

Mari demoró su respuesta, se paró delante de la ventana de una casa baja repleta de geranios, entre cuyas ramas asomaban los bigotes de un orondo gato naranja.

—Los gatos me adoran —dijo Mari.

Le hizo carantoñas, pero el felino ni se inmutó y la chica torció el gesto.

—Este será de escayola.

Respiró hondo y siguió caminando despacio, cogida del brazo de Almu.

—Pues creo que seríamos una pareja feliz —continuó—, pero aburrida, nunca nos peleamos, ¿te has dado cuenta? A esa pareja le faltaría pimienta.

—No me gusta el picante.

—Ay, qué negativa te pones. Mira, yo nos imagino siempre juntas: cuando tengamos ochenta años y cuatro dientes, cuando ya no nos quiera nadie, ni nosotras tampoco queramos a nadie..., ahí estaremos las dos, juntas, de viaje en viaje con el Imsero, poniendo verdes a nuestras cientos de ex y compartiendo las pastillas para la hipertensión.

Almu sonrió y le dio una patadita en la pierna.

—¿Ves? Contigo es con quien más a gusto estoy. Con todas las tías con las que he estado es como si estuviera siempre actuando.

—¿Y eso por qué te pasa?

—No lo sé. ¿Nos tomamos la última?

—Uf, yo estoy muerta y tú has bebido un montón en la cena, mañana vas a estar hecha una mierda para la excursión.

Almu asintió con una sonrisa ambigua. Se dio la vuelta arrastrando con ella a Mari y encaminaron sus pasos hacia el hotel.

Chueca, Madrid, 2015.

La gente sale del local, apenas queda una docena de personas, entre ellas, Almu y Mari, que continúan tiradas en el sofá. Suena *Friends Will Be Friends*, de Queen.

—La señal —dice Mari.

—Nos echan —añade Almu.

Efectivamente, los habituales del local saben que esa canción es la penúltima que ponen antes de encender las luces y apagar la música.

—¿Adónde quieres que te lleve de viaje?

—Me da igual. —Almu bebe casi de un tirón la cerveza que le queda—.

No estoy a gusto con nadie más que contigo, es mi cruz.

Mari se gira para mirar a su amiga.

—Me estás preocupando.

Almu se incorpora para mirarla de frente.

—A lo mejor no soy lesbiana, a lo mejor necesito otro test. ¿Qué dices?

—¿Otro test? ¿Qué test?

—Como cuando te dije que no sabía si entendía y tú me hiciste el «favor» de besarme.

Mari sonríe incrédula y la coge del brazo para levantarla.

—Venga, vámonos, que a lo tonto te has bebido media barra tú sola.

Almu da un tirón del brazo y se suelta. Mari la mira sorprendida.

—¿Pero se puede saber qué te pasa?

—Cuando me besaste me miraste fijamente, como si quisieras decirme algo... o besarme otra vez —Almu habla seria, con intensidad—, pero yo desvié la mirada, ¿te acuerdas?

—Hace... mil años de eso.

—¿Te acuerdas? —insiste.

Su amiga, que ahora también la mira seria, asiente.

—¿Qué habría pasado si yo no hubiera desviado la mirada? Dímelo.

—Pero ¿a qué viene eso ahora, por qué me lo preguntas ahora?

Almu la miró como nunca lo había hecho, con una intensidad, con una tristeza que era difícil de sostener.

—Porque no quiero ser solo tu amiga, joder.

Mari no dice nada, simplemente, la coge de las manos, pero Almu se suelta.

—Que te quiero —susurra Almu con la voz quebrada—, que ya no puedo soportar más ser solo tu amiga.

—Almu... yo... —dice Mari a punto de llorar.

—Ya lo sé, no hace falta que lo digas.

—Pero si somos amigas hace mil años, ¿por qué dices eso?

—No puedo ser tu amiga, no puedo, no puedo verte más.

—Pero ¿qué dices? —Mari está aturdida—. Yo no quiero perderte... es horrible pensarlo, Almu, tenemos que arreglar esto.

—Es horrible, sí. Pero no tiene arreglo. Solo dime qué crees que habría pasado.

—Almu, no, qué más da ahora eso.

—¡Dímelo!

Chueca, Madrid, 2005.

Un sábado por la noche de hace una década, Almu y Mari se acababan de besar y se miraban expectantes:

—Bueno, ¿qué? Bollera, ¿no? —dijo al fin Mari como algo obvio.

—Ya veremos... que no es así de fácil. Te lo tendrás que currar más.

—¿Yo? Qué más quisieras. Y no te hagas la dura, anda, que se te han erizado los pelos.

—Y a ti.

Almu la miraba fijamente y Mari se reía.

—Bueno, bueno, bueno..., que somos amigas, ¿eh? A ver si vamos a liar la cosa.

Almu no dijo nada, Mari le sostenía ahora la mirada, escrutando los pensamientos de su amiga, sus sentimientos, que creía claros hasta entonces, pero que en ese momento posbeso se le antojaban misteriosos. Por un instante parecía que se iban a volver a besar, no dejaban de mirarse y Mari inclinó la cabeza hacia delante de forma casi imperceptible. Almu también se inclinó lentamente hacia su amiga y, finalmente, se besaron de nuevo, despacio, delicadamente primero, intensamente después, explorando con la lengua, esta vez, sin recato.

El camarero dejó una cerveza sobre la barra.

—¿Quién era la nueva? —preguntó al aire justo antes de ver a las dos chicas besándose—. Anda que ha tardado la Mari en estrenarla —añadió

con amaneramiento—, esta ya no vuelve.

Ronda, Málaga, 2010.

Almu y Mari paseaban cogidas de la mano por las calles del casco antiguo; la noche era clara, había luna llena y una leve brisa provocaba el murmullo de las hojas de los árboles. Mari lo observaba todo, pero la mirada de Almu se perdía entre los adoquines, pensativa, hasta que levantó la vista para preguntar:

—¿Estás a gusto conmigo?

—Pues claro, ¿qué pregunta es esa?

—No sé, a veces tengo la impresión de que te aburres.

Mari demoró su respuesta, se paró delante de la ventana de una casa baja repleta de geranios, entre cuyas ramas asomaban los bigotes de un orondo gato naranja.

—Los gatos me adoran —dijo Mari.

Le hizo carantoñas, pero el felino ni se inmutó y la chica torció el gesto.

—Este será de escayola.

Respiró hondo y siguió caminando despacio, cogida de la mano de Almu.

—Yo no me aburro nunca, cariño, ni contigo ni con nadie, tengo ese don. ¿Es que tú te aburres conmigo?

—Yo no. Es que, no sé, es solo una impresión. ¿Me quieres?

—Pero, cariño, ¡claro que te quiero!, ¿a qué viene esa pregunta ahora?

Almu se encogió de hombros.

—A veces parece que, no sé, que te pierdo.

—Ay, qué negativa te pones. Mira: yo no sé si lo nuestro será para toda la vida o no, ¿quién puede saber eso? Pero lo que sí sé es que seamos lo que seamos, nos imagino siempre juntas: cuando tengamos ochenta años y cuatro dientes, cuando ya no nos quiera nadie, ni nosotras tampoco queramos a nadie..., ahí estaremos las dos, juntas, de viaje en viaje con el Imsero, poniendo verdes a nuestras cientos de ex y compartiendo las pastillas para la hipertensión.

Almu sonrió y le dio una patadita en la pierna.

—Yo no pienso tener cientos de ex, yo solo te quiero a ti.

—Es que como yo ya tengo cientos de ex, lo decía por eso.

—Ay, payasita.

Almu la despeinó y la besó dulcemente en los labios.

—¿Nos tomamos la última? —dijo.

—Uf, yo estoy muerta y tú has bebido un montón en la cena, mañana vas a estar hecha una mierda para la excursión.

Almu asintió con una sonrisa ambigua. Se dio la vuelta arrastrando con ella a Mari y encaminaron sus pasos hacia el hotel.

Chueca, Madrid, 2015.

Cinco años después ahí están, de madrugada, en el local medio vacío de Chueca, tiradas en el raído sofá mientras *Friends Will Be Friends* indica que solo queda una canción más para que cierren el local.

—Almu, tenemos que hablar... —El gesto de Mari expresa una profunda tristeza—. Hace tiempo que no estamos bien.

Almu no mira a su compañera, sus ojos están clavados en algún punto del techo. Mari se incorpora para seguir hablando.

—Ya sé lo que vas a decir —se adelanta Almu—, no hace falta que sigas.

—No quiero perderte —susurra Mari.

—No me veo con ochenta años hablándote de mis ex, ahora mismo no, lo siento —Almu habla con tranquilidad, con la resignación de quien conoce su destino desde hace tiempo.

En los dos destinos, Almu se acerca a Mari y le da un beso de despedida en los labios, se levanta del sofá y se marcha.

Todas miraban perplejas a Helena, que se encogió de hombros como si nada.

—Ya está, fin, no me miréis así.

—¿Cómooo? —protestó Concha alargando la palabra.

—Pero ¿acaban juntas otra vez o no? —preguntó Blanca.

—¿No habéis escuchado el final? Almu se pira y Mari no va detrás de ella, yo lo veo claro.

—Ya —insistió la yogui—, pero ¿ahora están juntas o no?

—Pero si se lo ha inventado todo... —intervino Sofía—, si hay hasta mundos paralelos como en *Fringe*.

Concha no salía de su estupor.

—Vaya paranoia de historia.

—Pero ¿están juntas ahora o no? —Blanca quería saber.

—Y yo qué sé. —La narradora volvió a encogerse de hombros.

—Tú no cuentes más historias, ¿eh? —A la cocinera le gustaban los finales redondos.

—Amén —dijo Helena elevando su copa.

—Pues bebemos todas, ¿no? Vale. —Sofía rio beoda, porque la regla de beber si la historia era mentira se había quedado como algo de cachondeo después de cada historia, porque ya estaba bastante claro que se lo pasaban todas por el forro.

—Bebed, hermanas —dio su permiso la informática.

—No pasa nada por que sea ficción —dijo la yogui—, mis historias también han podido ser inventadas... ya os lo he dicho.

Blanca miró a Sofía y esta percibió todo su malestar por sus palabras tras la historia anterior. Ya había bebido bastante y se estaba empezando a hartar de las «cositas» de su amiga.

—Pero qué rencorosa eres, tía.

Helena la miró elevando las cejas, porque eso era una salida de tono total viniendo de los labios de Sofía.

A Blanca le jodió el comentario y, aunque hizo como que no pasaba nada, lo anotó en su libretita de rencores.

SUCEDIÓ EN GRANADA

Habían cenado en silencio unos sándwiches, más por empapar el alcohol ingerido que porque tuvieran hambre. Podrían haber hecho algo más elaborado, pero la inactividad física las tenía perezosas.

El fuego crepitaba en la chimenea, esta vez azuzado por Helena. Sofía la miraba absorta, vagando entre pensamientos dispersos. Blanca seguía disimuladamente jodida porque se había sentido atacada antes, tras el relato de Leonor. Ahora había recobrado la compostura y su gesto amable, así que fue ella la que se ofreció a contar una historia. Miró muy seriamente a Sofía y, siguiendo su mirada, luego a Helena... Y lo hizo de una forma ciertamente inquietante.

—La historia va de dos amigas, Sonia y Esther. De un viaje que hicieron a Granada, con G, y de las cosas que pasaron allí. Y Esther coincidió con Almu en la Facultad de Informática.

Helena frunció el ceño...

—Igual la conozco —dijo.

—Igual... —La yogui se encogió de hombros.

Y Sofía no se había dado cuenta aún, pero Blanca estaba a punto de narrar una historia basada en algo que ella misma le había contado en confianza hacía unos cuantos años. En la cabeza de la yogui planeaba la justificación de «es por su bien, lo hago por mi amiga, para que Helena se dé cuenta de sus sentimientos hacia ella y actúe en consecuencia». Pero junto con ese «buen» deseo convivía el enfado por las palabras que su querida amiga y la propia Helena le habían dicho hacía un rato.

Durante el relato pensaba cambiar algunos datos, pero pronto les quedaría claro a sus protagonistas que la Sonia de la historia era la propia Sofía, y Esther, Helena.

Sonia y Esther estaban a las puertas de los treinta. Se conocieron en la universidad, no porque estudiaran lo mismo, sino porque tenían amigas en común. A lo largo de casi una década tuvieron muchas y variadas amistades comunes y muchos grupos que fueron pasando de largo, pero su amistad permanecía.

Cuando Esther cortó con su último ligue-barra-novia, decidieron irse un puente a Granada. Solas. Porque eran buenas amigas y las buenas amigas hacían esas cosas. Lo particular de este caso es que Sonia estaba enamorada de Esther. Fue algo paulatino, lento, que fue creciendo casi sin darse cuenta. Y cuando Esther le propuso el viaje, ya era plenamente consciente de sus sentimientos. De los de Esther no tenía ni idea, o no quería saberlo, o lo sabía, pero no lo aceptaba... A veces se sentía vagamente correspondida, y otras, amargamente rechazada. En cualquier caso, su relación no era una balsa de aceite.

Una buena amiga suya siempre le decía que tenía que confesarle sus sentimientos, que su relación no era de amigas, sino que eran exactamente lo contrario a unas amigas con derecho a roce, o sea, una pareja sin derecho a roce. Sonia nunca le había hecho caso. No hasta ese viaje.

El caso es que fueron a Granada y se maravillaron con la magnética Alhambra y se pasearon por los exuberantes jardines del Generalife siendo, oficialmente, buenas amigas.

—Uf, estoy muerta —dijo Sonia dejándose caer sobre su cama.

—La vida de turista es muy dura —comentó Esther lanzándose también a la suya.

Acababan de llegar al hotel después de una cena rápida. Habían pasado todo el día, desde que llegaron, sin parar de caminar.

Esa noche no hablaron de mucho más, estaban tan cansadas que no les salía ni discutir.

A la mañana siguiente se levantaron tarde, decidieron tomarse el día con calma para callejear e ir de aperitivos y teterías. Pero tanta calma era solo aparente. Sonia no estaba calmada. Nunca estaba relajada junto a Esther. Sabía por qué, pero no sabía por qué tenía que ser así.

—¿Qué te pasa? —preguntó como si nada Esther.

—Nada.

—Estás muy seria... te gusta alguien.

Sonó más a afirmación que a pregunta.

—¿Por qué dices eso?

—No sé, es que estás muy callada, era por sacar algún tema.

—Pues no me gusta nadie.

—Vale.

El paseo por la ribera del Darro se volvió de nuevo silencioso.

—He mirado un sitio de ambiente —continuó Esther a los pocos minutos—. Podríamos ir esta noche.

—¿Acabas de cortar con Pilar y ya quieres ligar?

—Joder, tía, me quiero tomar una copa, tú también deberías, dos o tres, de hecho.

—Pues vale.

—Pues vale.

La cena se fue volviendo distendida conforme disminuía el contenido de la botella de vino.

—¿Sabes quién es Carl Jung? —dijo de pronto Esther.

—Es un filósofo, ¿no?

—No, un psicólogo.

—¿Y qué pasa con él?

—¿Sabes lo que es una sincronía?

—Parece que me estás haciendo un examen.

—¿Lo quieres saber o no?

Las conversaciones entre ellas siempre solían ser así de poco fluidas.

—Que sí —dijo Sonia con tono cansado.

—Pues una sincronía es una coincidencia significativa. O sea, que no es solo una casualidad, sino algo más: es una casualidad que para la persona que la vive está cargada de significado... es como si fuera una señal del destino, de la vida... es el universo diciéndole algo.

—¿Y eso lo dice Jung?

—Sí, y más gente.

—¿Y en qué se diferencia en la práctica una casualidad de una sincronía? Ponme un ejemplo.

—Pues una casualidad es que estés pensando en llamar a tu madre y, de pronto, suene el teléfono y sea ella... es una simple casualidad a la que tú no le das un significado especial. Aunque en tu caso no es tanta casualidad porque siempre os estáis llamando.

Esther soltó una carcajada con la que dejaba patente su burla ante la relación tan «estrecha» de su amiga con su madre. Sonia también sonrió, pero irónicamente, por ocultar su incomodidad a pesar de estar acostumbrada a ese tipo de «bromas». Si cualquier otra persona le hiciera ese tipo de comentarios, los pasaría por alto o se reiría, pero no si los decía Esther; si los decía ella, se sentía atacada, insegura, débil y se veía a sí misma, por ejemplo, como una niña ultradependiente de su mamá.

—¿Y una sincronía? —continuó Sonia.

—Pues una sincronía sería que estés enamoradísima de una tía —Sonia empezó a tensarse— que, por ejemplo, sea superfan de los Beatles, pero no sabes si eres correspondida y estás devanándote los sesos intentando averiguarlo y clamas al cielo por una señal. Entonces enciendes la radio y lo primero que suena es —cantó cómicamente—: «She loves you yeah yeah yeah».

La payasada hizo reír a Sonia.

—¡Los Beatles le hablaron! —aclaró.

—Ya, ya, ya me he dado cuenta.

—¿Lo pillas? Eso no sería solo una casualidad para ti, sino que tú le darías un significado especial. Porque podría haber sonado cualquier otra canción de cualquier otro grupo, pero salió esa, con ese mensaje, y eso te lleva a dar algún paso que no habrías dado de no haber existido esa sincronía... o casualidad significativa. —Sonia pareció meditar unos segundos en sus palabras—. O imagínate que no sabes si irte con tu novia, si es que alguna vez la tienes, claro —otra sonrisita irónica y otra punzada en el ánimo de Sonia—, a Londres, porque resulta que a ella le ha salido un trabajo allí; pero entonces, justo cuando tienes ese pensamiento, pasas por delante de una tienda de ropa o de lo que sea que se llama «London Calling». ¿Lo ves? Eso es más que una casualidad, porque para ti significa mucho y te lleva a actuar de forma distinta y propiciar cosas inesperadas... Puede alterar tus decisiones y cambiar tu vida, tu destino.

—¿Y se supone que eso pasa, o es una teoría loca de este señor?

—Él habla del *unus mundus*, un solo mundo... del que todo y todos formamos parte, donde todo está interconectado. Y si preguntas algo a ese mundo, el mundo te responde.

—Pues qué bien, ¿no? —ironizó Sonia—. ¿Y tú crees en eso?

—En realidad da igual que lo creas o no, simplemente pasa, otra cosa es que tú pienses que tiene un origen totalmente fortuito y no le hagas caso, o que lo interpretes como una respuesta que te da el universo a una pregunta que le has hecho.

—Yo no le hago preguntas al universo...

Esther continuó, ignorando así su comentario.

—Quizá esa repuesta ya estaba en ti de alguna forma y, simplemente, te ha llegado por otra vía... pero, independientemente de lo que creas, que ocurren coincidencias significativas es un hecho. ¿No te ha pasado nunca algo que has interpretado como una señal? ¿Nunca, nunca, nunca?

—No lo recuerdo ahora.

—Jung decía que hay una conexión entre el individuo y lo que le rodea y que, en determinados momentos, esa conexión ejerce una atracción que acaba creando circunstancias coincidentes, con un significado específico para las personas que la viven, un significado simbólico... Y ya depende de ti que lo achagues a la casualidad, el azar, la suerte o incluso a la magia, según tus creencias.

Sonia se quedó de nuevo pensativa, intentando entender esas palabras y sorprendida de que su amiga hablara de algo así, porque ella siempre se mostraba racional y escéptica. Estaba dejándole ver una faceta suya que desconocía. Y no le disgustaba.

—¿A ti te ha ocurrido alguna vez una sincronía? —preguntó Sonia.

Esther se encogió de hombros y apuró su segunda copa.

—Puede. ¿Bailamos?

Se levantó sin esperar una respuesta y se puso a bailotear como ella lo hacía, sin ritmo y sin pudor. A Sonia le encantaba. Ella tenía tanto pudor que de nada le servía su excelente sentido del ritmo.

De madrugada, ya en el hotel, al poco rato de acostarse y cuando Sonia creía que ya se había dormido, Esther habló:

—¿Sabes que me pasó una cosa muy rara el día que te conocí? —arrastraba ligeramente las palabras aún por efecto del alcohol.

—¿El día de la ruta de senderismo?

—Sí.

—¿Qué te pasó?

—Me caíste bien, ¿sabes? Luego ya te conocí mejor y... bueno... —Soltó un bufido que pretendía darle un tono de broma a su mensaje.

—Sí, ya, ¿qué pasó el día que nos conocimos?

—Pues recuerdo que era sábado. Cuando acabamos la ruta y ya iba de camino a casa de mis padres, mi madre me llamó porque venía a cenar una prima lejana que hacía un montón de tiempo que no nos visitaba, se llamaba Sonia... Y todavía se llama, supongo. —Silencio dramático—. Mi madre me dijo que me pasara por el súper para comprar no sé qué para la cena. Y cuando estaba en la caja pagando, y nunca me fijo en esas cosas, pero ese día no sé por qué sí lo hice, miré el cartelito con el nombre de la cajera. Se llamaba Sonia. —Sonia, la que estaba junto a ella en la otra cama de la habitación de hotel, contenía la respiración—. Y esa noche, por fin me decidí a empezar *Crimen y Castigo*, porque era el siguiente en la absurda lista de «101 libros que hay que leer antes de morir». A las pocas páginas apareció el nombre de uno de los personajes principales: se llamaba Sonia...

Silencio.

—¿No dices nada? —preguntó Esther.

—Qué casualidad, ¿no?

—A lo mejor era una sincronía. ¿Qué me estaría diciendo el universo?

Silencio.

—Que íbamos a ser buenas amigas, ¿no? —se contestó Esther.

—No sé. —A Sonia le habría gustado que su amiga tuviera otra teoría. Ella tenía otra.

—Seguramente. Está claro, ¿no? Sí.

—No sé.

Ninguna de las dos volvió a hablar hasta la mañana siguiente. Sonia no notó si Esther se movía o no en la cama, pero ella no paró de dar vueltas durante toda la noche; no paró su cuerpo y no paró su mente.

Al día siguiente dormitaron resacas hasta bien avanzada la mañana. Cuando se levantaron, solo se dijeron frases hechas. Bajaron a picar algo a un bar cercano al hotel y comieron casi en silencio. Estaban tan cansadas que decidieron echarse un rato la siesta. Era como si quisieran huir de Granada.

Sonia estaba como en *shock*, no podía apartar de sus pensamientos por qué Esther le había contado lo de los nombres, ¿qué quería decirle con eso? ¿Le estaba diciendo algo? ¿Fue una simple anécdota para ella? Se comportaba de forma indiferente como siempre. Su mente era un misterio para ella.

—Oye, son ya las siete —dijo Esther incorporándose a la cama—. Vamos a salir, ¿no? Joder, que estamos en Granada.

—Ya, bueno, ¿se te ha pasado ya el dolor de cabeza?

—Pues sí.

Esther se levantó y se dirigió al baño.

—A mí también —dijo Sonia a pesar de no haberle solicitado esa información.

«Me lo podías haber preguntado también a mí», pensó, «pero en fin...».

—Genial —dijo desde dentro—, me lavo la cara y estaré como nueva.

Se dieron un paseo y cenaron algo. Sonia seguía taciturna, en cambio Esther tenía energías renovadas. Ella caminaba y señalaba y comentaba, y Sonia se limitaba a seguirla y a asentir, con la cabeza lejos de las calles de Granada.

—Anda, mira —indicó Esther con una sonrisa—, el garito bollo de anoche. Vamos a tomarnos una, ¿vale? Y mira —señaló discretamente a una chica que entraba en el local—, esa me gusta para ti.

Sonia la miró como si hubiera dicho una total impertinencia. «Tú eres la que me gustas para mí, ¿es que no te das cuenta?». Pero Esther solo le sonreía. ¿Por qué perdía totalmente el sentido del humor con ella? ¿Por qué le daba tanta rabia que dijera esas tonterías? A su lado se veía a sí misma como una histérica, como una caricatura.

—Para ti toda —atinó a responder Sonia.

—Venga, vamos.

Y entraron por segunda vez en dos días en el local de ambiente de Granada.

Esther estaba definitivamente de buen humor y se lo consiguió contagiar a Sonia. Cuando desplegab sus encantos para ella, era irresistible, embriagadora, y ella se sentía la persona más dichosa del planeta.

Cuando Esther pidió la segunda copa y le sonrió al preguntarle qué quería tomar, Sonia tuvo una revelación: su amiga estaba flirteando con ella. Acababa de percatarse de que toda la noche había estado regalándole gestos que solo tenía cuando intentaba ligar. Y se sintió poderosa y segura junto a ella, probablemente, por primera vez en su vida.

—Así que has tenido una sincronía conmigo, ¿eh?

—Eso parece.

Ahí estaba otra vez esa sonrisa.

—¿Qué significó para ti?

—No sé, no me acuerdo... no te conocía.

—¿Y ahora? ¿Qué crees que significó?

Ella también sabía sonreír. Esther se encogió de hombros y bajó la vista... ¿tímida? ¡Joder!

—Somos amigas, ¿no?

Esther la miró con una sonrisa nueva, menos descarada, más cálida y, en un gesto sin precedentes, le acarició la mano de una manera tosca, como si estuviera acariciando a un perro enorme del que no se fiara del todo. Se miraron sin palabras porque no les saldrían las adecuadas. Y Sonia, envalentonada por verla tan frágil, le tomó la mano con firmeza y tiró de ella para acercarse. Esther la miró nerviosa, pero luchando por mantener su pose de seguridad. Y le dio un beso. Sonia besó a Esther. Ella a Esther. Y Esther no la apartó, ni se rio en su cara, ni le dijo «¡pero qué haces!», tan solo le devolvió el beso. Suave, cálido, delicado.

—Mañana te vas a arrepentir —dijo Esther rescatando su tono condescendiente que tantas veces había usado con Sonia. O eso le parecía a ella.

—Yo no, ¿y tú?

—Yo nunca me arrepiento de besar a mujeres.

Ahí estaba otra vez, siempre despersonalizando y acompañando su despersonalización con esa sonrisita de sobrada.

Se besaron un buen rato, sin atreverse a ir más allá. Además, estaban en un lugar público, así que enseguida decidieron marcharse al hotel. Hablaron

poco en el camino de vuelta. Sonia quería saber, quería preguntar, pero tenía miedo de las respuestas.

En cuanto entraron en la habitación, Sonia volvió a besarla, ahora con más ímpetu. Y ahora sí que subió el tono de sus caricias.

—Vamos a juntar las camas —sugirió Esther con la respiración acelerada. Sonia asintió.

Se desvistieron con cierto pudor y tardaron un buen rato en quitarse los reparos. Pero se los quitaron. No dejaron un centímetro del cuerpo de la otra sin besar y sin tocar. Se durmieron abrazadas haciendo la cucharita y, sorprendentemente, incluso para ella misma, Sonia era la cuchara grande.

A la mañana siguiente no se arrepintieron. Se despertaron con besos tiernos y Sonia notó que, quizá, se había ido para no volver esa sutil indiferencia hacia ella que siempre percibía en Esther. La sensación de felicidad parecía tan real.

Durante el desayuno estuvieron habladoras, y más aún durante el paseo posterior. Sonia le contó que a ella le gustaba desde hacía tiempo... de momento se reservaría que estaba enamorada perdida. Esther también se confesó y le dijo que siempre le había atraído, pero como estaban bien como amigas, pues tampoco se había planteado nada más. Y ahí estaba de nuevo esa especie de «si estamos, bien, y si no, pues también». Sonia prefirió ignorar el comentario, sabía que le daba demasiadas vueltas a las palabras, sobre todo si venían de la boca de Esther.

—Estoy deseando contárselo a Clara, a ver qué cara pone.

—¿Contarle el qué?

—Pues esto, nosotras...

—Qué prisa tienes, vamos a esperar un poco, ¿no? A ver qué tal.

Ella no quería ver qué tal, ella quería que fueran novias. De nuevo sus comentarios le provocaban inseguridad y dudas, pero decidió, otra vez, obviarlos.

—Oye, mira —dijo Sonia señalando una tienda de suvenires—, nos vamos esta tarde y no hemos comprado nada y siempre le llevo algo a mi madre.

Entraron en la tienda y dieron unas cuantas vueltas porque todo era un poco hortera, la verdad. Sonia había obviado todos esos comentarios, pero volvían a su pensamiento para ensombrecerle el momento. Si Esther la quisiera tanto

como la quería ella, no diría esas cosas. ¿O era simplemente su manera de ser? La conocía tanto y la conocía tan poco... Le vendría de perlas una de esas señales del destino, si es que era verdad que existían. «Universo, si quieres decirme algo de una puta vez, ahora es el momento».

Siguió caminando entre las estanterías despreciando suvenires. Y entonces pisó algo, levantó el pie y cogió el pequeño objeto: era un llavero de madera tallada que formaba un nombre: «Ester».

—¿Y eso? —dijo Esther acercándose por detrás.

—Lo acabo de pisar.

—Joder, es mi nombre.

—¿Es una sincronía? —preguntó Sonia sin pensar.

Esther hizo uno de sus característicos resoplidos de «qué chorradas dices».

—Le falta la hache.

Junto a ellas estaba el expositor del que colgaban infinidad de llaveros de madera con nombres tallados, ordenados de la A a la Z.

—A lo mejor es que no hay con hache.

Sonia buscó en la E y comprobó que también estaba Esther con hache.

—Uy, casi —bromeó su amiga—. Igual la dependienta se llama Ester y es tu chica. ¿Se lo pregunto?

«¡Joder!», gritó Sonia internamente, preguntándose cómo podía bromear con algo tan transcendental. Pero nada más pensarlo, ella misma se sorprendió de que estuviera tan afectada por semejante tontería. ¡Ella era racional y todo eso eran chorradas! Lo de la hache y los comentarios de su amiga-novia.

—A lo mejor —dijo, al fin, con una sonrisa.

Sonia dejó el llavero en su sitio y siguieron mirando suvenires horteras.

Pero ambas sabían que no había sido una tontería.

Llegaron a Granada siendo amigas y se marcharon siendo novias. Duraron juntas solo seis meses. Sonia siguió percibiendo esa difusa indiferencia hacia ella y no pudo soportar la sensación de que Esther estaría con ella solo hasta que encontrara algo mejor. Así que la dejó antes de que eso ocurriera. O quizá no funcionara porque aquella sincronía no fue perfecta...

Que hubiera sido Sonia la que había cortado no significaba que se hubiese desamorado de Esther con hache. Aun así, siguieron siendo amigas.

Amigas imperfectas, como su sincronía.

Blanca terminó de relatar la historia y miró a sus protagonistas con una sonrisa inocente, como si hubiera hecho una pequeña travesura adorable. Sofía —la Sonia del relato— la miraba sin disimular su enfado; no quería ni mirar a Helena —*aka* Esther—, pero lo hizo. Esta observaba a Blanca con una media sonrisa de «me importan una mierda tus mierdas».

Sofía ya le había contado hacía muchos años a Helena que le gustaba desde hacía bastante antes de ese primer beso. Y suponía que ella se debía de imaginar que le había contado a su amiga Blanca lo que pasó en Granada. Pero no estaba bien escuchar la historia con pelos y señales por boca de un tercero. Y, ¡joder!, su querida amiga había dicho que seguía enamorada de Helena y eso sí que no se lo perdonaba. Además, eso había sido una licencia poética, porque ella no se lo había dicho nunca, aunque fuera insoportablemente verdad. Tenía ganas de vomitar.

Helena parecía estar divirtiéndose con todo aquello, como si quisiera quitarle importancia, como si le resbalara todo, como hacía siempre. Pero cuando habló, lo hizo con un par de frasecitas que denotaban su malestar.

—Cualquier parecido con la realidad es puta coincidencia, ¿no, Blanca?

Lo dijo con una sonrisa y, no, no se había equivocado al cambiar «pura» por «puta».

—Podría ser mentira... —dijo inocentemente Blanca.

—Blanquita, Blanquita, vas de buena, pero eres un bichito... —dijo sonriendo mientras clavaba sus ojos en Blanquita.

Concha no se estaba enterando de nada. Sofía se levantó agitada, encendió una vela y miró muy seria a su amiga.

—¿Vienes un momento a la cocina?

Blanca puso su mejor sonrisa de buenrollismo y la siguió.

—Claro.

—¡Joder, tía! ¿Se puede saber por qué coño lo has hecho?

Blanca se había convencido de que ya se le había pasado el enfado por las «desafortunadas» palabras hacia ella de Sofía, y también de que lo de contar

la historia lo había hecho por el bien de su amiga, para que Helena se diera cuenta de una vez de lo que sentía por ella.

—Lo he hecho por tu bien, Sofía, porque sigues coladita por Helena, y ella tiene que saberlo, tiene que saber lo que sentías.

—¡Joder, que eso fue hace seis años! ¿Qué más da cómo me sintiera entonces? ¡Y ya no estoy colada, joder!

O era el alcohol desinhibidor o realmente Sofía estaba muy enfadada, porque nunca enlazaba tantos «joder» seguidos.

—Bueno, pero que tenga cosas iguales no quiere decir que sea la misma historia.

—Pero si es que has contado igual lo que me dijo Helena del día que me conoció: que su tía se llamaba Sofía, que la cajera se llamaba Sofía y que el siguiente puto libro de la lista era *El mundo de Sofía*... ¿No has visto la mirada que me ha echado Helena cuando lo has contado? Hasta ahí podría haber sido una versión libre... porque no es que tengas una memoria prodigiosa y le has puesto cosillas de tu cosecha, pero ¡me cago en la puta, Blanca!, has contado lo de los llaveros, los nombres y la puta hace igual.

—Bueno, ya sabes que es un juego, igual puede ser men...

—¡Joder, qué ganas de estrangularte, joder! —Sofía apretó con las manos un cuello invisible.

—¿Pero qué pasa? —preguntó Concha, que acabada de entrar en la cocina—. Helena ha puesto su cara de seta y no le puedo sacar nada.

Sofía se quedó mirando a Blanca, esperando que fuera ella quien respondiera.

—Nada —dijo encogiéndose de hombros—, que la historia estaba inspirada libremente en algo que me contó Sofía hace mucho tiempo. Lo siento si te ha molestado.

Así acababan todas las discusiones que tenía Blanca con sus amigas. Tenía una facilidad pasmosa para decir «lo siento».

—Pero lo he hecho con la mejor intención, para echarte un cable.

La misma facilidad pasmosa que tenía para añadir «pero...».

CRIMEN EN EL HAYEDO

Blanca y Sofía regresaron al salón. En cuanto la bibliotecaria cruzó la mirada con Helena, esta le guiñó un ojo entre burla y flirteo. Sofía la ignoró, demasiado enfurecida con la vida como para avergonzarse.

Estuvieron en silencio, dormitando un buen rato; o más bien estaban enfurruñadas, Blanca con Sofía, Sofía con Blanca y con Helena, y Helena con las tres. Concha pasaba bastante del tema, además, llevaba media tarde rumiando algo.

—¿Sabéis que vamos a tener un hijo? —dijo la cocinera saliendo abruptamente de su sopor, arrastrando un poco las palabras. Se dejó caer sobre su novia, a la que miró cómplice con una amplia sonrisa y los ojillos brillantes.

—¿Cómo? —Sofía no entendía qué significaban exactamente esas palabras, porque su amiga no le había dicho nada.

—Concha... —Blanca le habló con un tono de incomodidad y reproche—, aún no hemos decidido nada en firme.

—Joder, qué susto —casi gritó Helena—, creí que estabais preñadas.

—Pero si hemos ido a la clínica de fertilidad y todo.

—¿Cuándo? —Sofía alucinaba.

—Para informarnos nada más —aclaró Blanca—. Yo quiero tener un poco de más seguridad en el trabajo...

—Pero si eres la dueña del herbolario, cariño.

—No soy la dueña, soy socia y solo cobro por mis clases de yoga.

—Bueno, y por la mitad de los beneficios del herbolario.

—No siempre hay, ya sabes lo ajustadas que hemos ido últimamente. Ahora estamos repuntando, pero no me fío.

—Pero si hace nada me decías que querías tenerlo antes de los treinta y cinco —insistía Concha—. Y tienes treinta y cuatro.

—¿Lo vas a tener tú? —preguntó Helena a Blanca.

—Sí —dijo dubitativamente—. Pero de momento no.

—Cariño —Concha no daba crédito—, pues la primera noticia que tengo. ¿Desde cuándo es no?

—No es del todo no... Es por ahora no.

—¿Y desde cuándo es «por ahora no»?

Blanca parecía pensar a toda máquina.

—No lo veo un buen momento. Tú estás siempre trabajando, Concha —era la segunda vez que la llamaba por su nombre y eso no sonaba nada bien—, pasas más tiempo con tu ex que conmigo.

La cocinera abrió exageradamente los ojos, y sus amigas, aunque menos expresivas, también se sorprendieron por las palabras de la yogui.

—¿Perdona? Araceli es mi compañera de trabajo y somos amigas, y fue mi novia hace ¡diez años!

—Pues a veces tu novia parece ella y no yo.

—Ya estamos otra vez. Me llevo bien con mi ex, ¿y qué? Que tú no te hables con las tuyas no quiere decir que sea lo normal.

—Es que es lo más normal —dijo Blanca sin alzar la voz.

—Pues lo será para ti, pero Araceli es mi amiga, solo mi amiga, y trabajamos juntas y ya está.

—Ella te dio el trabajo.

—No, fue su padre quien me dio el trabajo porque soy una cocinera la hostia de buena. —Miró a Sofía—. ¿Tú no eres amiga de alguna ex?

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, las saludo a todas si me las encuentro por la calle, pero amigas amigas, no.

—¿Y tú? —Miró a Helena.

—Sí.

—¿De quién? —preguntó Sofía sorprendida.

—De Ana, de Rosa... de Eva..., de casi todas, la verdad.

—¿Amigas amigas? —dudó la bibliotecaria.

—Pues más o menos.

Sofía miró a Concha.

—O sea, como yo, que amigas amigas no son.

—Pues no es tan raro, joder —se defendió la cocinera hablando al aire, pero enseguida centró su atención en su novia—. ¿Y qué insinúas, que no quieres tener un hijo ahora porque trabajo demasiado con mi ex?

Blanca la miró como si le disculpara sus salidas de tono.

—Cálmate, cariño, has bebido mucho.

—Más tendría que haber bebido.

—Cari, ¿por qué no hablamos de esto en otro momento?

Concha la miró seria y elevó las cejas con enojo. Siempre le hacía lo mismo, la dejaba con la palabra en la boca, con el cabreo sin resolver, como si ella fuera una niña que aún no supiera cómo gestionar sus berrinches.

—Pues a la mierda. —Y se apuró su bebida de un trago.

Estuvieron más de dos minutos de incómodo silencio, bebiendo y esquivando las miradas de las demás. Hasta que Helena habló.

—Pues voy a contar yo otro cuentecito...

—Pfff, lo que faltaba —se quejó Concha.

—... y, de nuevo —continuó la informática—, no va a ser tan bonito como los vuestros, porque, aunque os parezca increíble, hay gente mala y no siempre triunfa el amor como en las comedias románticas pastelosas.

—¿Saco ya los Kleenex? —Sofía hacía dos copas que había pasado «el puntillo», así que estaba lo suficientemente desinhibida como para relajarse y bromear.

—Para ti, sí. —Y ahí estaba otra vez Helena y su capacidad para hacerla sentir pequeña—. Mi historia es con H de Helena y con H de hayedo, de haya —aclaró—, el árbol.

Todas la escuchaban en silencio, cada una enfrascada en sus propias cavilaciones.

—Y tiene que ver con la historia anterior... *of course* —continuó mirando a la yogui—. Sí, Blanca, y no porque sea una estúpida regla de un juego estúpido, sino porque el mundo es una red, está conectado y si buscas la conexión, la encuentras. —El alcohol le soltaba la lengua y Helena se vino arriba, aún más—. Esta historia que os va a hacer llorar como perras me la contó una compañera del portal de noticias, Vero. —Miró a Sofía.

—¿La cámara? —preguntó la bibliotecaria y Helena asintió—. Yo también la conozco de cuando trabajé allí.

—La misma. ¿No te habló de lo que les pasó a unas amigas de su amiga Paloma?

—No lo recuerdo... es que esa chica hablaba mucho.

—Pues os vais a cagar.

Las presentes estaban ya en un plan demasiado pasota como para «cagarse», a pesar de que Helena intentó meterles miedo poniendo mirada intensa.

El último rayo de sol se filtraba entre las hojas amarillas, rojas y anaranjadas de los árboles. Era una fresca tarde de otoño en el Hayedo de Montejo. Semioculta entre las hayas se erguía una modesta cabaña, poco más grande que una caseta de aperos; las hojas ocres que alfombraban el suelo apenas dejaban entrever la senda que llegaba hasta su puerta. Una ligera brisa provocó el leve murmullo de las ramas.

—¡Alicia! ¡Nuria!

De entre los árboles apareció un hombre joven que se acercaba a paso acelerado, casi corriendo, hacia la cabaña. Se detuvo delante de la puerta y la golpeó gritando de nuevo los dos nombres. Nadie abría ni nadie contestaba, así que el chico fue hacia la ventana para mirar en el interior. Una tupida cortina le cortaba la visión, pero sí pudo intuir el resplandor titubeante de una chimenea encendida; buscó un nuevo ángulo y le pareció distinguir algo o alguien tirado en el suelo, frente al fuego. El chico las llamó de nuevo golpeando los cristales de la ventana, pero no obtuvo respuesta. Volvió a la puerta y probó a abrirla, pero estaba cerrada, así que cogió una piedra del suelo y la arrojó a la ventana, cuyo cristal se desgajó en varios trozos. Pasó el brazo, la abrió desde dentro y se coló en la única estancia de la cabaña. Entonces vio a Alicia tendida en el suelo y a Nuria recostada en el sofá; las dos estaban inconscientes.

Desenganchó su *walkie* del cinturón con manos temblorosas.

—¡Pablo! —Esperó respuesta al otro lado—. ¡Pablo!

—*David, te escucho, ¿las has encontrado?* —respondió la voz agitada de Pablo.

—¡Sí, en la cabaña! Están inconscientes. No... no sé qué ha pasado. A Alicia no le encuentro el pulso... creo que no respira —continuó David casi llorando.

—*¡Joder! No las muevas.*

—¿Qué? ¡Que no respira!

—*¡Hazle el boca a boca o un masaje cardiaco! ¡Yo qué sé! ¡Dios! Voy a llamar al 112.*

Dos horas más tarde, el médico de la ambulancia tapaba el cuerpo sin vida de Alicia, mientras que otro inyectaba algo en la vía que tenía ya Nuria en el brazo. En el sofá, a unos centímetros de su mano inerte, había un bote aerosol y, junto a él, un indicador amarillo con el número de prueba policial. En la estancia había además dos policías y un par de peritos; uno de ellos sacaba un frasco y una jeringa del rincón de la chimenea y los introducía en una bolsa de pruebas.

Fuera de la cabaña, una pareja de la Guardia Civil consolaba a David y a Pablo, que lloraba sonoramente tapándose la cara con las manos.

El guardia civil que estaba con David señaló con la cabeza a su amigo.

—¿Las conocía?

—Alicia... la chica muerta... era su novia, bueno, su ex.

—¿Y la otra chica?

—Su pareja.

—¿Una es su ex y la otra su pareja actual? —preguntó sorprendido el guardia.

—No, Alicia es su ex y Nuria es la pareja de Alicia, son pareja las dos. O lo eran.

—A ver que me aclare: la chica muerta y la otra eran pareja ahora, ¿es así?

—David asintió—. Y Alicia era también la exnovia de Pablo.

—Sí.

El guardia civil giró la cabeza hacia su compañero y ambos miraron al chico que sollozaba ocultando su rostro, roto de dolor.

Horas más tarde, Pablo era interrogado por el inspector de policía. Su aspecto denotaba cansancio y sus ojos estaban enrojecidos por el llanto.

—¿Cómo era tu relación con las chicas?

—Con Alicia, muy buena, con la otra no tanto; esa tía... está... —se interrumpió.

—Continúa.

—Desequilibrada.

—¿Por qué lo dices?

—¿Que por qué? Alicia iba a volver conmigo, se lo había dicho ya, el fin de semana pasado, y ahora ella está muerta y la otra viva.

—¿Estás insinuando que ella ha provocado los hechos?

—Está viva, ¿no?

—Cuéntame todo lo que has visto desde que Alicia y Nuria llegaron al hayedo.

Pablo se echó hacia delante, apoyó los codos en la mesa y comenzó su relato:

—Llegaron a las cuatro de la tarde, Alicia y Nuria. Entraron en la recepción del hayedo y yo salí a su encuentro, les sonreí y les di un par de besos. Alicia me devolvió la sonrisa y me dio un pequeño abrazo, pero Nuria, como siempre, se quedó hecha un palo, con las manos en los bolsillos, con gesto de desprecio. Pero yo seguí siendo amable y les dije que era genial que hubieran venido, porque en otoño el hayedo estaba precioso.

El inspector estudiaba los gestos del chico mientras relataba los hechos: seguía inclinado hacia delante sobre la mesa, con los brazos apoyados sobre ella, manteniendo en todo momento la mirada del interrogador, como si no tuviera nada que esconder.

En la sala contigua, otro policía escuchaba la reconstrucción de una de las senderistas que esa tarde habían visitado el lugar:

—Éramos un grupo de unas veinte personas; estábamos escuchando al guía justo antes de iniciar el recorrido cuando me fijé en ellas: la chica del pelo corto le cogió la mano a la otra, pero se la soltó discretamente. Estábamos cerca y escuché sin querer lo que hablaron:

»—Ahora no, Nuria, que me da cosa que nos vea Pablo —dijo la del pelo largo.

»—¿Que te da cosa? —Me sonó a que lo decía con tono despectivo—. Joder, te preocupas más de lo que sienta él que de lo que sienta yo.

»Entonces, la del pelo largo... Alicia, ¿no? —El policía asintió, con un atisbo de sonrisa por lo literal de su declaración—. Pues Alicia giró la cabeza hacia atrás, hacia la oficina de recepción y vio al chico de la garita... creo que

se llama Pablo, mirando a través de la ventana. Nuria también miró justo para verle retirarse y entonces dijo:

»—Ese tío siempre acechando, la hostia.

»A la otra chica se la veía agobiada y le dijo:

»—Ahora no es el momento, ¿vale? Luego vamos a tener toda la noche para cogernos de la mano y más cosas.

»Ahí ya me di cuenta del todo de que eran pareja. Nuria le dijo que no se tenía por qué censurar y Alicia protestó diciendo que no se estaba enterando de nada de lo que decía el guía. Entonces el guía pidió silencio, pero fue muy amable y me fijé en que sonrió a las dos chicas, como quitando importancia a su regañina.

La testigo acabó su relato, buscó la mirada del policía y este le preguntó:

—¿Las oyó o vio discutir más, o algo que le pareciera extraño?

—No. La verdad es que estuve todo el recorrido pendiente de mi hija, que no paraba quieta, así que no les presté mucha atención. No recuerdo nada más de ellas, lo siento... es que iban siempre rezagadas.

Llegó el turno para David, el guía, de contar su relato; su natural expresión risueña estaba ensombrecida por lo trágico de los acontecimientos.

—Llegamos a una de las paradas informativas de la ruta y la mayor parte del grupo de senderistas se distribuyó a mi alrededor para oírme mejor. Pero unos metros más atrás, camufladas entre los árboles, me di cuenta de que Nuria besaba a Alicia, que, más seria que la otra, se dejaba besar. Me pareció una reconciliación. Cuando terminé de hablar, las busqué de nuevo y alcé la voz para que nos siguieran y no se quedaran rezagadas.

El policía apuntó algo en su libreta y volvió su atención a David.

—Entonces continuamos la marcha y empezamos a ascender levemente, hacia el mirador. Yo las miraba de vez en cuando, porque siempre se quedaban atrás y, bueno, no sé, parecían estar bien, no discutían, pero es cierto que Nuria era la que estaba más cómoda. Lo que quiero decir —David quería explicar una sensación más que un hecho— es que a Alicia a veces la veía incómoda con tantas... atenciones.

—Quieres decir que Nuria se mostraba muy «cariñosa» con su amiga, ¿no?, muy «pegajosa»... —dijo el policía.

—Sí, pero no era su amiga, era su novia.

—Ya. Has dicho antes que no las conocías, pero que Pablo te dijo que Alicia era su ex y que Nuria era una controladora, y que seguro que no funcionaría, pero ¿te dijo que Alicia había roto con Nuria?

—No.

—¿Te pareció por su actitud que Alicia había roto o iba a romper con Nuria?

—No sé —se encogió de hombros—, ahora que lo sé, pues a lo mejor, desde luego no estaba muy receptiva, pero pensé que era porque no le gustaba que la vieran en público así de cariñosa con otra chica. No lo sé.

—¿Cuánto hace que conoces a Pablo?

—Muy poco, hace un mes que entré a trabajar como guía del hayedo.

—¿Cómo lo definirías?

—Pues... es un buen compañero, es simpático, le encanta su trabajo, y quería mucho a Alicia. Creo que se llevaban bien, aunque solo hiciera tres meses desde que cortaron.

—¿Quién decidió romper con la relación?

—Creo que fue Alicia.

En una sala cercana, el inspector de policía continuaba interrogando a Pablo.

—No fue Alicia, fue Nuria, que le comió la cabeza —dijo el chico—. La volvió contra mí.

—Pero dices que iba a volver contigo...

—Sí. —Pablo se tapó de nuevo el rostro con las manos y se acodó sobre la mesa—. Se lo dijo la semana pasada y se lo tomó fatal, no lo aceptó, entonces insistió en que se dieran una oportunidad. Le dijo que este fin de semana tenía planes para ellas. Es lo que me contó Alicia, y también que iba a aceptar solo un fin de semana más porque le daba pena. Era muy buena.

En un pasillo de hospital, la policía impedía el paso a los padres de Nuria.

—No pueden pasar aún, lo siento. Vamos a interrogarla, ha despertado y los médicos dicen que se pondrá bien, pero no pueden verla todavía.

—Dígale que estamos aquí y que la queremos mucho —dijo la madre con voz entrecortada.

El inspector de policía llegó en ese momento, entró en una de las habitaciones y vio a Nuria con la cabeza vuelta hacia la ventana, con la

mirada perdida en las luces del exterior. Cuando llegó a su altura vio las huellas del llanto sobre su rostro.

—¿Cómo te encuentras?

—¿Lo han cogido ya?

—¿A quién?

—¿Cómo que a quién? Al hijo de puta que nos atacó.

—¿Os atacó alguien?

—¡Joder! Se lo acabo de decir al otro policía.

—¿Qué ocurrió?

—¿Es que no habláis entre vosotros?

—Mi compañero estaba custodiándote hasta que despertaras, pero yo soy el inspector y soy el que interroga, así que me lo tienes que contar todo a mí.

—Estábamos en la cabaña y oímos ruidos en la puerta, salimos y un hombre con una mascarilla nos roció con un espray, y ya no recuerdo más. Eso es todo.

—¿Podrías reconocer a ese hombre?

—No, pero juraría que fue ese hijoputa de Pablo.

—Pero llevaba una mascarilla que le tapaba parte de la cara...

—Sí, pero podría ser él.

—Descríbelo.

—Iba de negro y estaba oscureciendo, no le vi la ropa... fue un segundo... solo vi un brazo, dos brazos agitándose, como si fuera un pulpo y cerré los ojos enseguida, porque el gas ese se me metía en los ojos. La mascarilla era blanca, por eso la vi. Y creo que llevaba gorro, porque no recuerdo haberle visto el pelo.

—Pero aun así insistes en que te pareció Pablo.

—Sí, tuvo que ser él, solo él sabía que estábamos allí.

—¿Él lo sabía?

—¡Pues claro! Le comió la cabeza a Alicia para que pasáramos allí la noche, iba de exnovio ideal, pero el tío está como un cencerro, siempre encima de ella, llamándola y haciéndole regalos y quedando para tomar un café, como si fuera un puto santo, pero es un falso y un manipulador, y no soportaba que «su» Alicia estuviera con una mujer. Es un machista de mierda —la chica empezó a sollozar— ¡y un puto asesino, joder!

—¿Podrías determinar la hora del ataque?

Nuria respiró hondo varias veces hasta que pudo hablar de nuevo.

- Antes de las seis... menos diez, menos cuarto, casi había anochecido.
- ¿Cuándo os separasteis del grupo?
- En el mirador, a las cinco más o menos.

David seguía en comisaría, completando el relato de los hechos según su versión:

—Cuando llegamos al mirador hice el recuento del grupo; en un principio no localicé a las chicas, porque, como durante casi todo el recorrido, se quedaban rezagadas, pero enseguida aparecieron en el claro. Cuando nos reunimos todos nos acercamos al mirador. Allí estuvimos unos diez minutos, descansando y haciendo fotos. Y ya no me volví a fijar en ellas; estaba pendiente de la gente, de los comentarios que hacían, de explicarles sus dudas... tendría que haber estado más atento —dijo con pesar.

—¿Esa es la última vez que las viste? —preguntó el policía.

—Sí —respondió el guía.

—¿Cuándo las echaste de menos?

—Justo antes de bajar del mirador, volví a hacer recuento y ya no estaban, las llamé, pero no contestaron. Entonces se lo dije a Pablo por el *walkie*.

Pablo, en la sala contigua, continuaba con la reconstrucción de su versión de los hechos:

—Estaba trabajando en el portátil cuando escuché a David por el *walkie*. Me dijo que estaba en el mirador y que había hecho recuento y faltaban Alicia y Nuria: estaban allí cuando llegaron, pero llevaba cinco minutos llamándolas y buscándolas, y no contestaban. Y le dije que no se preocupara... —el chico se interrumpió y respiró hondo para evitar que se le quebrara la voz— que... Alicia conocía el terreno perfectamente. Entonces le pedí que regresara con el grupo porque se iba a hacer de noche, que seguro que ellas aparecerían.

Mientras, en la sala de al lado:

—Pero no aparecieron —comentó el policía que interrogaba al guía.

—No. Llegamos a la recepción y no habían aparecido, esperamos diez minutos y entonces me dijo Pablo que volviera al mirador sin salirme de la ruta, que fuera llamándolas y que llegara hasta la cabaña por si se hubieran refugiado allí.

—¿Y él qué hizo?

—Me dio una linterna y me dijo que él esperaría en la garita por si volvían y que iba a dar una vuelta por el exterior por si hubieran regresado por otra ruta distinta a la del sendero. Entonces yo le dije que cómo iba a hacer eso Alicia, que sabía las normas y sabía que no se podía hacer eso. Y él me dijo muy serio que no se fiaba ni un pelo de la otra... no la llamó por su nombre. Entonces me dijo que me fuera y que lo llamara en cuanto aparecieran. A mí se me ocurrió que si habían salido del hayedo, quizá tuvieran cobertura en el móvil, así que Pablo las llamó por teléfono, pero nada... estaba fuera de cobertura.

—¿Las llamó desde su móvil?

—No, usó el de la oficina.

—¿El teléfono fijo?

—Sí.

—Eso es raro, ¿no? ¿No habría sido más cómodo usar su móvil?

El guía se encogió de hombros, como si no se hubiera fijado en ese detalle.

—Supongo que estaba nervioso y se encontró más a mano el fijo, no sé...

—Bien. Continúa, ¿qué pasó después?

—Me dijo que me fuera por la misma senda, porque nos podríamos cruzar si yo iba por otro camino y ellas volvían por la senda marcada en la ruta. Entonces salí de la oficina con paso ligero; me giré un momento antes de adentrarme en el bosque y vi a Pablo de pie, en mitad de la estancia vacía; casi todos los senderistas se habían marchado ya; vi salir el último coche del recinto a través de la puerta abierta de la oficina. Volví a mirar a Pablo, me miraba, se veía tranquilo, la verdad, pero supongo que esas cosas van por dentro.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó el policía.

—Volví al mirador por el sendero; las estuve llamando todo el camino, y me iba metiendo un poco en el bosque, pero se hizo de noche y no se veía casi nada. Llegué al mirador y nada, entonces fui a la cabaña.

—¿A qué distancia está del mirador?

—A cuatro o cinco minutos, pero hay que saber encontrarla.

—¿Qué hiciste al llegar a la cabaña?

—Llamé a la puerta, miré por la ventana y distinguí algo tirado en el suelo, entonces rompí la ventana con una piedra, me metí y las vi ahí tiradas. —El chico hizo una pausa porque el recuerdo de esos momentos lo emocionó—.

Encontré el pulso de Nuria, pero el de Alicia no, y me asusté mucho; entonces llamé a Pablo.

—¿Qué hora era?

—Pues... las seis, más o menos, no miré el reloj, pero a paso normal se tardan unos veinte minutos de la oficina hasta el mirador, porque en esa dirección el sendero está muy empinado, y había salido a las cinco y media pasadas. Más los cinco minutos hasta la cabaña, pues las seis más o menos.

—¿Qué te dijo Pablo?

—Estaba muy nervioso, me dijo que reanimara a Alicia, que él iba a llamar al 112 para que viniera una ambulancia.

—¿Y qué pasó mientras?

David rompió a llorar.

—Primero no le encontraba el pulso y le hice un masaje cardiaco y el boca a boca; al final le encontré el pulso, pero era muy débil. No sabía qué más hacer...

—¿Y Nuria?

—Ella tenía pulso, así que me centré en Alicia.

—¿Cuándo llegaron las asistencias?

—Primero llegó la Guardia Civil a las siete menos cuarto. Pablo les hizo un plano desde el mirador hasta la cabaña, porque él tenía que quedarse a esperar a la ambulancia. Los guardias le tomaban el pulso a cada minuto, hasta que ya no se lo encontraron; se turnaron durante media hora para hacerle el boca a boca y para hacerle un masaje cardiaco, pero no consiguieron reanimarla. A las ocho menos cuarto llegó Pablo con usted, los otros policías y los médicos de urgencias. Y ya sabe el resto.

La investigación avanzó durante meses, en los que se hizo la autopsia, se comprobaron coartadas, se analizó palmo a palmo la cabaña y el sendero que llevaba hasta ella, la oficina de recepción, los testimonios de los testigos... hasta llegar a un punto muerto en el que ya no aparecieron más pistas ni nuevos datos, así que el inspector dio su investigación por finalizada y se dispuso a presentar los hechos y las conclusiones ante sus compañeros.

—Alicia Ruiz, la chica fallecida, murió por una sobredosis de arsénico inyectado; Nuria Espinosa, la que sobrevivió y pareja sentimental de Alicia, también tenía arsénico en su cuerpo, pero en una proporción mucho menor y,

en cuanto el laboratorio descubrió de qué tipo de veneno se trataba, se le administró la medicación adecuada y no tendrá secuelas. La jeringuilla y el frasco del veneno fueron encontrados en la chimenea; estaban poco afectados por el fuego, así que se recuperaron las huellas. Solo se encontraron unas, las de Nuria.

Sus palabras las iba acompañando con las oportunas fotografías, que colocaba sobre una pizarra imantada.

—Las dos chicas tenían también en su cuerpo restos de un potente anestésico llamado sevoflurano, que se les administró inhalado. Es lo que las dejó inconscientes. Las únicas huellas encontradas en el inhalador fueron también las de Nuria. Por el código de barras comprobamos que veneno y anestésico

provenían de la empresa farmacéutica donde Nuria trabajaba como guardia de seguridad.

El inspector colocó la fotografía del bote de aerosol encontrado sobre el sofá, junto a la mano de Nuria.

—Se las vio por última vez a las cinco de la tarde y el guía las encontró en la cabaña, ya inconscientes, a las seis. En esa hora se produjeron los hechos. La chica viva, Nuria, dijo que fueron atacadas por un hombre con mascarilla a las seis menos cuarto o menos diez, y que está casi segura de que fue el guarda y exnovio de Alicia, Pablo Rivas... Así es, señores, estamos ante un triángulo amoroso.

Los murmullos de sus compañeros se elevaron mientras el inspector colocaba la fotografía de Pablo junto a las de Alicia, Nuria y David.

—Sin embargo, el chico estuvo en la oficina de recepción, por lo menos, hasta la llegada del grupo, sobre las cinco y veinte, porque realizó un par de llamadas desde el teléfono fijo y varias consultas en internet.

El policía colocó los extractos de actividad telefónica y de internet.

—Pablo se quedó en la oficina cuando David González, el guía, fue a buscarlas a la cabaña y, según el testimonio de ambos, salió de recepción a las cinco y treinta y cinco aproximadamente. Desde el teléfono de recepción, Pablo realizó una llamada al móvil apagado de Alicia, y eso fue a las cinco y treinta y cuatro, lo que concuerda con las versiones de los dos chicos. Lo más rápido que se puede llegar a la cabaña desde la oficina es en poco menos de veinte minutos, y corriendo mucho, lo que hace que, como muy pronto, David llegara a las seis menos cinco.

—¿Y no hay otro camino hasta la cabaña desde la recepción? —preguntó un policía.

—Los hay, pero más largos.

—Entonces la conclusión parece clara, ¿no? —sentenció otro policía.

—De los registros de la oficina y de las casas y coches de los testigos solo se desprende que el que lo hizo no dejó ningún rastro ni de cómo consiguió el anestésico ni el veneno: ninguna búsqueda en internet, ningún recibo, ninguna denuncia de robo de material médico. Todo lo hallado en todos los registros parece normal. Así que, lo que indican los hechos, aparentemente, es que todo apunta a la autoría de Nuria, quien alteró el escenario para hacernos creer que ella también fue víctima de la agresión de un desconocido o de Pablo. Pero él tiene coartada según todos los relatos y pruebas. Y David no parece tener móvil. Todos los testimonios concuerdan excepto si se contrastan los de Pablo y Nuria: según Pablo, Alicia había dejado a Nuria la semana anterior y, según Nuria, eso es mentira. Según ella, Pablo insistió en dejarles la cabaña para una noche romántica, porque iba de exnovio perfecto; y según Pablo, eso es mentira.

—¿Y no podrían haber estado compinchados David y Pablo?: David salió antes hacia la cabaña y, mientras Pablo se quedó en la oficina haciendo las llamadas, él las atacó. Entonces sería Pablo el que lo habría planeado todo para que pareciera que Nuria lo había hecho, pero sabiendo que lo inculparía a él creyendo que no tendría coartada... ¿me he explicado?

—Podría ser, pero no hay nada que corrobore eso; además, hay un testigo, uno de los senderistas, que estaba hablando por teléfono metido en el coche y, cuando colgó, a las cinco y treinta y cinco, vio a los dos chicos hablar dentro de la oficina. También hemos comprobado esa llamada y esa era la hora cuando finalizó la comunicación.

—Aun así lo podría haber hecho David instigado por Pablo, y la agresión pudo haber tenido lugar a las seis, en vez de quince o diez minutos antes, Nuria podría estar confundida.

—Está claro que Pablo no pudo ser el autor material: llamó al 112 desde el fijo a las seis menos un minuto, así que es imposible que él pudiera ir y volver de la cabaña. Y David tenía activada la ubicación de su móvil y su recorrido concuerda con su relato: llegó a la cabaña a las seis menos tres minutos. Podría haberlo hecho él entonces, pero no encaja con la descripción

de Nuria del supuesto atancate, mucho menos corpulento que el guía, pero cronológicamente es posible.

—¿Qué dicen los perfiles psicológicos?

—Que el veneno es un arma usada para matar en un porcentaje altísimo por más mujeres que por hombres; que David es un chico estable y equilibrado; que Nuria odia a los hombres y es impulsiva y temperamental, lo cual encaja con un crimen pasional, pero no del todo con uno tan premeditado como este; y, por último, que Pablo es inteligente y metódico, pero es el que tiene una coartada más sólida, prácticamente irrefutable... Ninguno tiene rasgos psicopáticos. Son chicos normales, pero uno de los tres es un asesino, bien de autoría material o intelectual.

—¿Y no pudo ser cualquiera? ¿Una quinta persona? ¿Un desconocido pagado por Nuria o por Pablo? —preguntó una agente.

—Pagado por Nuria no tendría sentido, porque las pruebas la inculpan a ella, y hemos rastreado todas las comunicaciones previas del chico y no hemos encontrado nada. Creo que el jurado popular no va a tardar mucho en llegar a un veredicto —hizo una pausa—; y, sin embargo, hay algo que no encaja...

El inspector quiso que se interrogara de nuevo a Nuria antes de enviarla a prisión preventiva hasta el juicio. La chica estaba sentada en una sala de interrogatorios, al otro lado del cristal desde donde la observaba el inspector. Una mujer policía estaba sentada frente a la detenida, inclinada hacia ella en un claro gesto de acercamiento. De pie, con los brazos cruzados, un policía le hablaba apoyado en la pared, con clara intención desafiante.

—Vas a ir a la cárcel, ¿lo sabes, verdad?

La chica miraba hacia el lado contrario de donde estaba el hombre. De su lenguaje corporal se deducía desdén y cansancio. Había repetido demasiadas veces la misma historia. No contestó.

La mujer policía extendió su brazo hacia la chica en actitud conciliadora.

—Nuria, no hay ninguna prueba de que tu versión sea verdadera y...

—Tampoco la hay de que sea falsa —interrumpió la chica.

—Pero todas las pruebas circunstanciales apuntan hacia ti: las huellas, la posición en la que os encontramos, las coartadas de los otros sospechosos...

—Alguien nos atacó, es lo único que sé, si no fue Pablo, sería alguien enviado por él; no creo que fuera David, sería otro.

—Si no nos das algo más, algo que pueda identificar al que os atacó... me temo que no podemos ayudarte —dijo la policía.

—No me puedo inventar lo que no vi y no sé qué coño hacían mis huellas en esos botes que no había visto jamás y no...

—Eres guardia de seguridad en un laboratorio farmacéutico —interrumpió el policía—, por favor, con lo lista que te creías, ¿eh? Lo más fácil debió de ser coger esas sustancias... Y mira que dejar tus huellas por todas partes. Hay que ser torpe.

—¡Que fue una trampa, joder! ¡Que ese hijo de puta es un celoso y un machista de mierda! ¡Que está loco! ¡Que es un misógino controlador! ¡Y un manipulador y un asesino!

—Los psicólogos no dicen nada de eso de Pablo —dijo la policía.

—¡Son tíos también, ¿no?! ¡Qué van a decir, que la bollera es la culpable!

La policía volvió a acercar el brazo hacia la chica.

—Confiesa y se te rebajará la pena. Te van a acusar de asesinato sin la más mínima contemplación.

Su compañero sonrió con autosuficiencia.

—Treinta años en la cárcel —añadió el policía—, ¿es eso lo que quieres estar? Confiesa y serán menos, aunque allí no te van a faltar novias... y sin hombres que te las quiten.

La chica se dejó caer en la silla en actitud de clara derrota.

Meses más tarde se celebró el juicio con un jurado popular, que emitió su veredicto por unanimidad ante el impasible gesto de Nuria: culpable de asesinato con alevosía y veinticinco años de cárcel.

Nuria entró en prisión, hundida. Evitaba las visitas y las llamadas telefónicas, no quería ver ni hablar con nadie. Después de varios intentos, finalmente, accedió a responder a la llamada telefónica de Paloma, una exnovia con la que siempre había conservado una buena relación.

—No llores, cariño —dijo Paloma con voz dulce.

Nuria había roto a llorar y apenas podía hilar dos palabras seguidas.

—Yo no fui, yo no fui, yo no fui... yo la quería mucho...

—Lo sé, cariño, lo sé, te llamo porque no nos vamos a rendir. Quiero que me escuches, ¿te acuerdas de Vero, la que trabaja de cámara?

—Sí —consiguió articular Nuria.

—Pues una amiga suya es investigadora privada, está empezando, pero trabaja con una detective que ha colaborado con la policía muchas veces y parece que la tía es buenísima. Y si tú quieres, le contamos el caso y que venga a verte y a ver qué pueden hacer.

—Para qué... está todo perdido.

—¡No digas eso! Si eres inocente, eres inocente, de alguna manera se podrá demostrar. Y si es muy caro, ya hemos hablado entre las amigas y vamos a hacer una colecta o un *crowdfunding* o lo que haga falta, ¿me oyes?

—Sí. No te preocupes... aquí no gasto una mierda. —Y Nuria esbozó una sonrisa tristísima que no pudo ver su interlocutora.

A pesar de su mueca afligida, la condenada volvió a su celda con un brillo nuevo en los ojos. Esa noche durmió mejor de lo que recordaba haber dormido en los últimos siete meses.

—Continuará... —dijo Helena.

Concha la taladró con la mirada.

—Vaya historia más chungu, joder —protestó la cocinera con voz cavernosa y se recostó sobre su novia—. Anda que te estás luciendo.

—Nunca me habías contado esa historia. —Sofía miró a la informática.

—Porque eres muy sensible —dijo secamente, sin sensibilidad.

—Si fuera verdad, habría salido en las noticias —intervino Blanca—, está claro que es mentira, ¿o no?

Helena resopló.

—A quien vuelva a preguntar si una historia es verdad o mentira, le pincho un ojo con el atizador de la chimenea.

Sofía quería enfadarse por el comentario sobre lo «sensible» que era, pero le hizo tanta gracia la imagen del atizador ensartando ojos que empezó a reír y contagió al resto, incluso a la propia Helena, que pugnaba con poco éxito por mantenerse seria.

—Ahora que lo pienso a mí sí que me suena haber oído algo en las noticias —dijo la bibliotecaria—, pero no lo recuerdo bien.

—Es que la familia quería discreción —aclaró la informática—. Además, aún no ha acabado la historia, hay una segunda parte.

—Pues sí que te da imaginación el alcohol —sonrió Sofía—: te veo comprándote un sombrero y una gabardina y escribiendo novela negra.

El tono de Sofía ya no era de reproche, estaba jugando. Helena le guiñó un ojo porque a ella sí que le gustaba jugar.

Tras la pequeña tregua de la risa, Blanca miró su móvil inerte con gesto nervioso y después a Concha, que volvía a dormir sobre su hombro.

LAS INVESTIGADORAS PRIVADAS

—Pero antes de contar la segunda parte de la historia —añadió Helena—, con I de investigadoras privadas, os tengo que poner en antecedentes: esta información, como os he dicho, me la dio Vero, la cámara, porque una amiga suya es Ángela de la Fuente, que estudió con ella comunicación audiovisual.

—Ah, sí, Ángela de la Fuente —interrumpió Blanca—, yo la he visto de reportera en Canal Madrid, en un programa tipo callejeros que no sé ahora cómo se llama.

—Pues resulta que la tal Ángela trabaja en la productora de los hermanos Lancero y, entre otras labores, es la ayudante de Laura Lancero, que, además de socia de la productora, es investigadora privada y psicóloga, y tiene la oficina allí mismo...

—¡Joder! —despertó Concha—. Productora, psicóloga, investigadora privada... ¿algo más?

—Sí, está muy buena.

—Buah —sonrió la cocinera—, voy a beberme dos copas seguidas cuando termine de lo mentira que es esta historia.

—Yo solo digo verdades.

—Sí, claro —sonrió Sofía—, como puños.

—Como puñales —aclaró Helena.

Sofía no añadió nada más porque a esas alturas de la velada ya le daba igual que Helena tuviera siempre la última palabra.

La pantalla del móvil se iluminó por quinta vez en tres minutos. Ángela lo tenía sobre la mesa, junto a su caña de cerveza, probablemente ya caliente y

sin gas. Frente a ella estaba Javier, que, tras apurar la suya, señaló con la cabeza el aparato.

—Anda, míralo.

Ángela cogió el móvil.

—Le contesto y ya está, es un momento.

Los wasaps de Vero, variados emoticonos aparte, decían: «Me ha llamado Paloma, mi ex, ¿te acuerdas? ¿Puedes hablar? ¡Han acusado a una ex suya de asesinato!??? ¿Estás con Javi? Tíaaa!!!! Hazme casito!!!».

La respuesta de Ángela fue: «Con Javi. Qué fuerte! Ahora no puedo hablar, luego te llamo».

Y antes de que pudiera dejar el móvil sobre la mesa, ya tenía la contestación de su amiga: «Busca detective, dice que es inocente».

Javier levantó el brazo para indicarle al camarero que quería otra caña. Una camisa formal y un perfecto afeitado le hacían aparentar más de los treinta y dos años que tenía; en cambio, Ángela, con su indumentaria *casual* y el pelo largo suelto y algo descuidado, aparentaba menos de sus treinta recién cumplidos.

—Es Vero.

—Ya, imagino.

Ángela volvió a teclear aceleradamente y Vero le respondió de inmediato. El camarero le llevó la caña a Javier, que la cogió al vuelo y se bebió media de un trago antes de dejarla en la mesa.

—¿Te pasas luego por mi casa?

Ángela levantó la vista del móvil.

—Ay, Javi, esta noche no puedo, es por trabajo: una ex de Vero tiene otra ex a la que han acusado de asesinato y busca una detective y ha quedado con ella en una hora... Uf, ¡qué fuerte!

—Ya. ¿Y no puede esperar a mañana? ¿La van a ejecutar esta noche o qué?

—Hoy no, ¿vale, Javi? —Ángela alargó la mano para tocarle en el brazo a modo de disculpa—. Es que me ha dejado un mal cuerpo... Ya me paso mañana. Lo prometo.

El chico suspiró y asintió lentamente con la cabeza, como si estuviera resignado a las promesas incumplidas.

Una hora más tarde, Ángela estaba en una cafetería escuchando a Paloma, la ex de Vero y de Nuria Espinosa, la acusada de asesinato.

—Ella jura y perjura que no lo ha hecho y yo la creo; es incapaz, ¡por favor! —dijo Paloma—. Ha estado repitiendo una y otra vez cómo pasó, pero nadie la ha creído y está desesperada, está hecha una mierda, hundida total.

—Qué fuerte. —Vero negaba con la cabeza.

—No te preocupes —dijo Ángela mirando a Paloma—, hablaré con Laura, la investigadora privada es ella, yo soy su ayudante.

—Sí, ya me lo dijo Vero. —La chica asintió, casi a punto de llorar—. Gracias.

A la mañana siguiente, Ángela le contaba a Laura todo el relato según la versión de Paloma, o sea, según Nuria.

—Ella dice que las atacaron en la puerta de la cabaña y que luego despertó en el hospital; era un hombre enmascarado, pero cree que podría ser el exnovio de su pareja, que resulta que es el único con coartada... ¿Qué te parece? Su ex, la de Nuria, dice que la chica está hecha polvo, que no puede ser culpable. Y Vero, que la conoce bien, a Paloma, la ex de Nuria, porque es ex suya también, dice que se fía de su criterio.

—Qué montón de ex, ¿no?, lo raro hubiera sido que no acabara en crimen —dijo irónicamente Laura.

La investigadora privada imponía con su aspecto: era alta, delgada pero fuerte, su media melena la recogía a menudo en una cola, como ahora, y su vestimenta era una mezcla de informal y elegante; ese día, por ejemplo, llevaba botas, vaqueros, camisa y chaqueta de cuero negro. Aunque solo era cinco años mayor que Ángela, esta parecía mucho más joven a su lado; el aire de seguridad y cierto toque de seriedad le conferían a Laura el estatus de mujer, mientras que su ayudante parecía aún una chica.

Unos días más tarde, las dos investigadoras visitaron a Nuria en la cárcel. Laura ya se había leído el sumario del juicio.

—Fue Pablo, su exnovio, el que nos sugirió que nos podíamos quedar en la cabaña y, como en teoría no está permitido, nos dijo que no nos

preocupáramos, que cuando volviera el grupo sin nosotras le diría al guía que nos habíamos adelantado y que ya nos habíamos ido.

—¿Te caía bien Pablo? —preguntó Laura.

Nuria puso cara de asco.

—¿Que si me caía bien? Es un cabrón manipulador, hijo de puta, misógino y machista... y ahora un puto asesino. Cuando el jurado dijo «culpable» me miró todo sobrado y me sonrió, ¡lo juro por Dios que hizo eso! El tío estaba disfrutando. Ha sido él, todo lo ha maquinado él, es retorcido y un enfermo psicópata, y me importa una mierda que tenga coartada, ¡o mandó a algún colega suyo o es que han investigado como el culo!

—Pero tus huellas estaban en los botes del anestésico y del veneno. Y según el código de barras provenían de la farmacéutica donde eras guardia de seguridad.

Nuria se inclinó hacia ellas, la mirada fiera, golpeando ligeramente la mesa con las dos manos.

—¿Voy a ser tan tonta de robar en mi propio trabajo? ¿De no usar guantes? Después de drogarme, el cabrón ese me cogería las manitas y me restregaría los botecitos en ellas. Una vez se interesó mucho por mi curro: por los turnos, si había cámaras... El muy hijoputa parecía que quería ser amable y lo que hacía era maquinarlo todo, cómo robarlos. Y eso fue dos meses antes del asalto; te digo yo que lo planeó todo con frialdad, metódicamente, como un puto psicópata. ¿Y queréis saber por qué lo sé?

—Adelante.

—¡PORQUE YO NO LO HICE!

—¿En la farmacéutica no echaron en falta los productos?

—No hasta después del asesinato, durante la investigación. No es que estén haciendo inventario cada día, ¿sabes? Pudo entrar cualquier noche; me he roto la cabeza pensando cómo lo hizo y seguro que me quitó las llaves cuando libré varios días; cenó con nosotras un par de noches casi seguidas, iba de puto ex encantador. Seguro que me las cogió, hizo copias y me las volvió a meter en la mochila sin que me enterara.

—Son todo conjeturas.

—Tampoco tienen pruebas concluyentes contra mí: si yo hubiera sido el tío y Pablo la bollera loca, seguro que la policía y el jurado habrían pensado otra cosa. En el jurado eran todos unos fachas homófobos, los escogieron a conciencia.

—A mí tampoco me gustan los jurados populares —dijo Laura—. ¿La querías?

Nuria se echó hacia atrás hasta apoyarse en el respaldo de la silla y se cubrió la cabeza con las manos.

—Solo llevabais juntas tres meses...

Nuria levantó la cabeza, tenía los ojos acuosos.

—Nos conocimos en la universidad hace diez años, siempre he estado enamorada de ella, y aun estando con Pablo nos habíamos liado varias veces, pero ella no se decidía... hasta hace tres meses, que rompió con él y me eligió a mí —dijo orgullosa—. Nunca, nunca, nunca le habría hecho daño, ¡JAMÁS! Era el amor de mi vida, ¿está claro?

En este punto se le quebró la voz y Ángela asintió emocionada, mientras que Laura la analizaba fijamente.

Ya en el coche, la investigadora, al volante, miraba de reojo cómo a su ayudante le asomaba una lagrimita por debajo de las gafas de sol.

—¡Te has emocionado! —se burló Laura.

—Es que me ha dado mucha pena. Pobrecita. Yo creo que es inocente.

—Tú siempre crees que todo el mundo es inocente.

—Eso no es verdad, y lo sabes. Pero esta chica me ha llegado, la veo sincera.

—Parece que no se le da muy bien hacer amigos, vaya carácter... Pero yo también creo que es inocente.

—La quería, se le nota.

—Es demasiado pasional e impulsiva como para cometer un asesinato tan fríamente planeado.

—Bueno, eso y que absolutamente todo indica que ha sido ella, o sea, ¿lo piensa todo al milímetro y luego deja huellas por todas partes? Vaya, que no me lo trago.

—Vamos a ver cómo abordamos a los otros dos pájaros; pero antes tenemos que ir al hayedo... el lunes, que cierran al público.

Ángela sabía lo que eso significaba: iban a bordear o incluso a saltarse la legalidad, lo que siempre le creaba sentimientos ambivalentes de reparo y curiosidad.

Una de las labores de Ángela era la de digitalizar y archivar toda la documentación de los casos, anteriores y presentes, en los que había trabajado Laura. Así lo hizo con el sumario, fotos, declaraciones, etcétera, del

caso de Nuria, de modo que Laura pudiera acceder a todo ello desde su teléfono móvil. Se pasó la mitad del fin de semana con la investigadora, estudiándolo todo, y casi la otra mitad hablando del caso con Vero, por lo que tan solo le quedaron un par de horas para compartir con su novio, durante las cuales también habló del caso.

Como estaba previsto, las dos investigadoras fueron al hayedo el lunes siguiente. Dejaron el coche a varios metros de la entrada principal, se recogieron el pelo y se colocaron gafas de sol y gorra.

—No creo que haya cámaras de seguridad, ni que esté el guarda, pero por si acaso... No quiero que nos reconozca Pablo.

Una vez camufladas, se acercaron a la verja de entrada desde donde vieron la oficina de recepción. Al otro lado del camino había una explanada usada como aparcamiento. Laura sacó su móvil y revisó las fotos de los coches que estaban allí cuando todo sucedió: el de Nuria, Pablo y David. Dos cosas habían llamado la atención de la investigadora del interior de los vehículos: la bicicleta de montaña que llevaba Pablo en su todoterreno y el material de escalada más un completo botiquín del coche de David.

—Mira —indicó Laura señalando la foto del maletero de Pablo—, hay un montón de zonas blanquecinas en el suelo del maletero, en los respaldos, en el techo...

—Como si hubiera usado la bici por un camino de tierra.

—Y como si la hubiera metido a toda prisa, sin cuidado ninguno. No sé, de momento esto me parece raro. Y el de David, pues... es aficionado a la escalada y muy previsor; y lleva el coche impoluto, también me parece raro en un tipo joven y deportista, parece el coche de otra persona. Me imaginaba su maletero más caótico, con una tienda de campaña, con ropa de abrigo, de lluvia, algún kit de supervivencia..., ¿no?

—¿Y el coche de Nuria?

—Pues llevaba: dos raquetas de pádel, un paraguas... y la discografía completa de Mónica Naranjo.

Ángela se echó a reír y alargó la mano para cogerle el teléfono.

—Seguro, eso te lo acabas de inventar.

Laura sonrió mientras retiraba la mano para alejar el móvil del alcance de su compañera.

—¿Pero a que sería verosímil? Da el perfil.

—Puede, se lo podemos preguntar, a lo mejor es relevante para el caso — bromeó.

—Vámonos al mirador.

Tras saltar la minúscula verja, caminaron por un sendero ascendente con bastante desnivel.

—No sabemos si David fue tan despacio como dijo en su testimonio. Pudo ir corriendo —dijo Ángela.

—Vamos a suponer que David dijo la verdad.

Veinte minutos después de salir, llegaron al mirador casi sin resuello. Era junio y el paisaje no tenía el esplendor del otoño, pero aun así se admiraron de las espectaculares vistas.

Sin apenas recuperarse, siguieron la ruta que dijo David haber seguido hasta la cabaña, y a la misma velocidad. En cinco minutos ya estaban delante de la puerta. La ventana que rompió el guía ya estaba arreglada, así que no tenían más remedio que abrir la puerta de algún modo. Laura sacó su kit «abrelotodo» y se puso a ello.

—Como tenga alarma —se preocupó Ángela.

—¿Por si roban las telarañas?

Ándela rio, le hacía mucha gracia el sentido del humor de Laura, de hecho, se lo pasaba mejor con ella que con su novio... eso a veces le daba que pensar. Y era cierto que la cabaña parecía bastante descuidada y seguro que tenía telarañas que nadie querría robar. Quizá recién construida tuviera su encanto, pero de eso habían pasado demasiados años de semiabandono. La cerradura era de bombín estándar, así que Laura no tuvo problemas para abrirla.

Una vez dentro repasaron todas las fotos de la escena del crimen y la investigadora tuvo la misma sensación que cuando las vio por primera vez.

—Todo está tan... en su sitio.

Reprodujeron la escena tal y como se demostró en el juicio, con Nuria de asesina: Alicia está avivando el fuego, Nuria se acerca por detrás y le rocía con anestésico la cara, la chica cae inconsciente y su novia le inyecta arsénico en el cuello en una cantidad mortal. Ella misma se inyecta una cantidad minúscula y tira el bote al fuego —para hacer desaparecer las huellas, según el fiscal—; se recuesta en el sofá y se rocía la cara con anestésico. El bote escapa de sus manos y rueda por el sofá unos centímetros.

Esa tarde la pasaron en la oficina de Laura, repasando las pruebas, las declaraciones, los testimonios del juicio, los perfiles psicológicos de los sospechosos y preparando el encuentro con David y Pablo.

A Laura le intrigaban las llamadas y las visitas a internet del guarda durante la tarde, desde la oficina del Hayedo, realizadas justamente cuando las necesitaba para disponer de coartada. También repasaron las numerosas fotos que se habían recopilado tanto de los asistentes a la excursión como las hechas por la propia policía cuando llegó a la escena del crimen. Y un detalle llamó su atención: en las fotos de la policía, el uniforme de Pablo parecía tener unas rozaduras blanquecinas que no se apreciaban en las hechas por los senderistas antes del crimen. Sin embargo, la calidad no era muy buena, ya que ninguna imagen le enfocaba expresamente, sino que aparecía siempre en segundo término.

A Laura se le ocurrió algo.

—¿Pablo Rivas?... Hola, soy Ángela de la Fuente, de Canal Madrid. Mira, es que estamos haciendo un reportaje sobre el crimen sucedido en el hayedo, del que se cumple un año el próximo mes y estamos entrevistando a los testigos... Pues, mañana... ya, claro, sería en el exterior, es que vamos con prisa y aún no tenemos los permisos, más adelante grabaremos dentro... ¡Estupendo! Hasta mañana entonces.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, Ángela hablaba a cámara en la entrada del hayedo.

—Hace justo un año, en el interior de este impresionante bosque se cometió un terrible crimen: la víctima, Alicia Ruiz; la asesina, Nuria Espinosa, su propia novia.

Pocos minutos después, era Pablo quien estaba delante de la verja de acceso y su imagen aparecía en el monitor de la cámara de Vero; junto a ella estaba Ángela y, unos pasos más atrás David, el guía, observando a su compañero; Laura se encontraba apartada, grabando toda la escena con una cámara provista de gran angular oculta en su bolso. Así podía captar también las reacciones de David.

—¿Cuánto tiempo llevabais juntos? —preguntó Ángela.

—Casi siete años.

—Pero te dejó por Nuria, ¿no?

—Había vuelto conmigo; si me hubiera dado cuenta antes de cómo era esa... persona. No pude protegerla.

—También hemos hablado con ella, con Nuria, y nos ha dicho que ha contratado a un detective para que pruebe su inocencia, ¿lo sabías?

—No.

—Según nos ha contado, parece ser que el detective va a seguir dos líneas de investigación: una tiene que ver con un equipo de escalada, y la otra con una bicicleta.

Pablo y David se miraron, cambiaron ligeramente de postura, quizá pestañearon de una determinada manera o movieron sus manos al escuchar las novedades en la investigación, pero solo el ojo de un psicólogo experto podría interpretar lo que transmitía realmente su gestualidad corporal.

La escena se repitió con David delante de la cámara de Vero. Tras varias preguntas sobre su relación con las dos chicas, Ángela fue al grano.

—¿Qué te parecen las nuevas líneas de investigación?

David se encogió de hombros.

—Pues no sé... sin más datos no sé qué van a investigar exactamente.

—A lo mejor es que creen que el asesino, porque Nuria sigue declarándose inocente, usó material de escalada para llegar a la cabaña por otra ruta, quizá en combinación con una bicicleta de montaña.

David sonreía sin saber qué decir, mientras que el gesto de Pablo, que creía no ser grabado, era bastante más serio.

—Pues no sé cómo, la verdad, la única ruta practicable es la que yo hice o también desde el interior del hayedo, la que forma parte de la ruta circular que hicimos, pero si había alguien escondido en el bosque, pues no sé, pero ¿quién? Y en ese caso no necesitaría escalar ni menos una bici. Vamos, pienso yo.

—¿Y por la pared exterior justo debajo del mirador? —intervino Laura.

Los dos chicos la miraron. Laura evitó el contacto visual con Pablo, para que no se sintiera observado.

—¡Qué va! Por ahí no se puede subir. Yo soy escalador, y por ahí no hay agarres hechos, así que seguro que se tardaría el doble que haciendo las rutas interiores y, además, incluso puede que te cayeras.

Esa misma tarde, las dos investigadoras ya habían visionado tres veces todo el material grabado.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ángela sin despegar la mirada cansada de la pantalla.

—Voy a enseñarle las grabaciones a Pilar.

Ángela levantó la vista del ordenador.

—¿A la psiquiatra?

—Sí.

—Quiero una mirada nueva. Y después que lea los perfiles que hizo la policía... al revés que nosotras. Creo que es mejor así.

—Vale, ¿cuándo vamos?

—Voy a ir yo sola.

No era la primera vez que Laura impedía a Ángela conocer a Pilar.

Esa misma noche, después de cenar y de que su madre se acostara, Ángela se desahogó con Vero; la cámara vivía desde hacía unos meses con ellas.

—Nada, que no hay manera de conocerla, ¿tú lo ves normal? —preguntó Ángela a Vero.

—Pues es su amiga, ella sabrá, a lo mejor...

—No es su amiga, es su ex —interrumpió Ángela.

—Pero ahora son amigas, ¿no?

—Pues hasta hace bien poco no se hablaban.

—¿Crees que han vuelto?

—No creo. No sé. Es que como no cuenta nada.

—A lo mejor, simplemente, es que tienen una relación un poco complicadilla y no le apetece llevar a nadie a ver a su antigua novia, ¿no? Y más cuando le está pidiendo un favor. Digo yo.

—Pues no lo entiendo.

—Tía, pareces celosa, ni que fuera tu novia...

Ángela iba a replicar cuando su móvil, que estaba sobre la mesa, sonó y ella lo cogió al vuelo. Al ver que era un wasap de Javier, que sí que era su novio, lo soltó con hartazgo.

—¡Qué pesado, de verdad!

—Qué exagerada, lo tratas como si fuese un acosador.

—Pero si es que acosa. Si le digo que hoy no puedo quedar, pues es que no puedo. Y ya está.

—Pero sí que podías, Angelita, que tienes al chaval a pan y agua.

—Pero si yo quisiera estar más con él, pero es que él quiere que quedemos todos los días. Y yo necesito más espacio.

—Pues entonces tenéis un problema. Yo lo veo muy enganchado, y si tú llevas otro ritmo, tienes que ser sincera, porque el chico lo estará pasando mal.

Ángela, agobiada, se pasó las manos por la cabeza.

—Ya... madre mía, si es que no me duran.

—Ya te llegará, tía; a mí Javi siempre me ha parecido un poco estirado, la verdad. Pero ya vendrá otro que te llene de verdad. Si es que es muy difícil congeniar con alguien... y cuanto más mayor, peor.

Ángela pensó de golpe que con quien congeniaba muy bien era con Laura, y un escalofrío le heló la nuca.

—Que no soy tan vieja, ¿eh? —dijo al fin.

—Ya me entiendes, que yo cuando tenía veinte años congeniaba con todas, y ahora... no tanto, cada vez me cruzo con más tías raras.

—A ver si la que se está poniendo rara con la edad eres tú.

—A mí los años me ponen interesante.

—Ja y ja —ironizó Ángela.

A la mañana siguiente, Laura le comentó someramente a su ayudante las impresiones de Pilar, la psiquiatra, tras ver el vídeo de los dos chicos: básicamente, no descartaba rasgos psicopáticos en Pablo, y detectó cierta inquietud en él cuando se nombró la bicicleta, no así cuando hablaron de las cuerdas de escalada. En David no advirtió nada de especial, no parecía ocultar nada. Laura le aseguró a Ángela que ella también compartía esas opiniones, pero que para llegar a alguna conclusión tenían que volver al hayedo el próximo lunes, el día de cierre.

Durante la espera, se familiarizaron con el terreno a través de imágenes de satélite del bosque.

Al siguiente lunes allí estaban de nuevo, en la puerta de acceso del hayedo. Laura sacó el móvil, le mostró una imagen de satélite a Ángela y señaló con el dedo el camino de tierra que salía cerca de la entrada, unos metros a la izquierda, y que bordeaba el hayedo pasando a los pies del mirador, aunque bastantes metros más abajo.

—Vamos a ver qué hay por allí.

Recorrieron el camino a pie y Ángela se fijó en las numerosas rodadas de bicicleta marcadas en la tierra. Calcularon mentalmente cuánto se tardaría en ir en bicicleta desde el aparcamiento hasta los pies del mirador, un kilómetro más o menos, y concluyeron que poco más de un minuto. Estaba claro que contemplaban la posibilidad de que Pablo hubiera usado la bici que llevaba en el coche ese día para ir a ese lugar, pero ¿para qué? En ese punto el mirador quedaba a mucha altura y la subida era poco menos que imposible de realizar aun con útiles de escalada y en tan poco tiempo. Aunque no se veía desde allí, Laura siguió avanzando varias decenas de metros hacia donde calculó que estaba la cabaña, pero la subida por esa zona era incluso peor.

—A lo mejor usó cuerdas y luego las escondió —aventuró Ángela.

—No, tardaría demasiado; tiene que haber algún agujero por algún sitio.

—¿Un agujero?

—La bici fue usada para algo, tuvo que venir hasta aquí, y si no se puede subir por fuera, solo queda subir por dentro. Busca un agujero, entre la maleza, levanta rocas sueltas, aparta ramas... busca.

Ángela la miró unos segundos sin moverse, intentando entender la finalidad de esas órdenes.

—¿Que busque un agujero?

—Sí.

La chica elevó las cejas como si le hubiera encomendado una labor extraña, pero la obedeció. Inspeccionaron palmo a palmo unos cincuenta metros de la parte inferior de la ladera, desde la vertical del mirador hasta donde más o menos se situaba la cabaña, ubicada más hacia el interior, escondida entre los árboles. Y nada. No encontraban nada. Pero Laura no se daba por vencida y continuó un poco más allá. Al fin se fijó en un saliente de la ladera situado a poco más de dos metros del suelo, parecía una repisa hecha de roca; pero lo que más le llamó la atención es que desde ella hasta el suelo caían unas marcas longitudinales, como si fueran regueros resecos hechos por una cascada de agua. Se agachó, cogió una piedra y la lanzó al aire para que

cayera sobre la repisa, pero la piedra cayó sobre la roca sin hacer ruido y... desapareció. Las dos se miraron, porque lo normal habría sido que la piedra rebotara o, por lo menos, que se escuchara el chasquido al chocar contra la roca.

Laura consiguió escalar apoyándose en entrantes y salientes oportunamente dispuestos y comprobó que la prominencia en la ladera encerraba la boca de una gruta, oculta desde el camino, que se adentraba hacia su interior.

—Llámame si viene alguien.

Laura inició el crono de su reloj y se deslizó hacia el interior de la montaña. Arrastró el trasero hasta que la grieta se hizo más amplia y oscura, notó agua en el suelo; encendió la potente linterna del teléfono y recorrió varios metros por un estrecho pasadizo ascendente, por el que tuvo que caminar encorvada para no darse con la cabeza en el techo; continuó por una cavidad más ancha pero igualmente baja que terminaba en una oquedad mayor de unos cinco metros de largo en la que por fin pudo erguirse. Iluminó suelo, paredes y techo sin encontrar ninguna abertura. Apagó la linterna y vio el pequeño resplandor de la luz del día filtrándose en la parte alta de la pared, a la altura de sus ojos. Se acercó, iluminó el lugar y observó lo que claramente era el contorno de un agujero tapado por algún tipo de tupido tejido. Tiró del tapón, que resultó ser un hatillo de mantas malolientes, humedecidas por las recientes lluvias. Quedó así al descubierto la salida de la gruta, por la que tuvo que reptar apoyando los pies en las protuberancias de la pared y aferrándose a los numerosos matorrales que se arremolinaban a la salida de la gruta. Finalmente, consiguió emerger a la superficie, a una especie de grieta abierta en la montaña, posible de escalar agarrándose a la maleza. Laura se asomó al camino y dio un grito.

—¡Ángela, aquí!

Su compañera levantó la cabeza y vio a Laura a unos diez metros de altura, en la mitad de la ladera, justo donde disminuía la inclinación y era posible su tránsito.

—Qué fuerte —musitó la chica.

—¡Voy a buscar la cabaña!

Laura trepó todo lo rápido que pudo hasta llegar a la zona más alta, al bosque, en el que se adentró hasta dar con la cabaña, según su propio cálculo, cuatro minutos después. Volvió a abrir la puerta y cronometró el tiempo de lo que, según la versión del intruso defendida por Nuria, habría ocurrido.

Deshizo el camino, esta vez, en bastante menos tiempo, pues seis minutos después de salir de la cabaña, asomó la cabeza por la roca saliente a dos metros por encima de Ángela.

—¡Hola!

Laura parecía una cabeza parlante sin cuerpo, con el pelo alborotado y una sonrisa de oreja a oreja, imagen que hizo reír a su ayudante.

—¡Payasa! Anda, dame la mano, que te ayudo.

—¡No! A Pablo no le ayudó nadie.

Regresaron a la cabaña por el sendero, como la vez anterior, para no volver a pasar por la gruta y evitar borrar cualquier prueba. Una vez allí, con la ayuda de Ángela, Laura reconstruyó lo sucedido según el relato de Nuria primero y, después, ya inconsciente, según la premisa de que fue Pablo el que preparó la escena. Así lo relató la investigadora:

—Pablo, el exnovio, que va de ex perfecto, amable y comprensivo, las convence de que pueden quedarse en la cabaña para una noche romántica, les dice que se escabullan del grupo sin que el guía las vea y que luego, en el recuento, él le dirá que se adelantaron y que ya se habían ido.

»Nuria y Alicia están en el mirador, son las cinco, se separan del grupo y se dirigen hacia la cabaña. Enseguida David, el guía, se da cuenta y llama por el *walkie* a Pablo, que está en la recepción, y le comunica que se han separado del grupo; Pablo le dice que no se preocupe, que Alicia conoce el hayedo y que sabe que tiene que volver antes del cierre. Entretanto, las chicas llegan a la cabaña y recogen leña para encender la chimenea.

»Mientras, Pablo realiza varias llamadas cada quince minutos desde el teléfono fijo, así quedarán registradas para su coartada: a su madre, a un restaurante para hacer una reserva y una cita *online* para la revisión del coche. El guía llega con el grupo, pero sin las chicas; queda un cuarto de hora para que anochezca y Pablo le dice que vaya por la senda hasta el mirador, llamándolas, y que se acerque a la cabaña. Él se quedará en la oficina por si vuelven. Todos los senderistas se han marchado ya.

»El guía va a paso ligero por el camino; Pablo sale de la oficina y saca su bicicleta del coche, se va por el camino de tierra hasta los pies del mirador, tarda poco más de un minuto; se mete por la cueva oculta y en seis minutos llega al exterior de la cabaña, se coloca una mascarilla y unos guantes, se asoma por la ventana y ve a las chicas besándose en el sofá, delante del fuego.

»Nuria escucha unos ruidos en el exterior, en la entrada de la cabaña. Alicia comenta que quizá sea un animal. Nuria se levanta y su compañera la sigue, abre la puerta despacio y se asoma ligeramente, hay poca luz; de pronto, de su derecha surge la figura de un hombre con una mascarilla blanca, que alza los brazos y rocía al mismo tiempo con sendos espráis los rostros de las dos chicas. Pierden el conocimiento.

»Pablo arrastra a Alicia hasta llevarla delante de la chimenea; a Nuria la coloca en el sofá. Envuelve uno de los frascos de anestésico con la mano inerte de la chica y lo deja a unos centímetros de ella; el otro bote se lo guarda. Saca una jeringa e inyecta una cantidad mortal de arsénico en el cuello de Alicia; también inyecta veneno en Nuria, pero en una cantidad mucho menor. Imprime todos los utensilios con las huellas de la chica y los tira en una esquina de la chimenea, para que no se vean demasiado afectados por el fuego. Cierra la puerta y deshace el camino hasta la oficina de recepción. Justo cuando está dejando la bicicleta en el coche, un alterado David le llama a través del *walkie*, espera hasta recuperar el aliento y le contesta cuando está entrando, de nuevo, en la oficina. Y el resto ya lo sabemos.

De regreso a Madrid, en cuanto tuvieron cobertura, el teléfono de Ángela empezó a sonar: tres llamadas perdidas y un wasap de Javier: «Llámame». Las dos investigadoras ya habían planeado pasar la noche entre *pizzas*, declaraciones y pruebas, para tenerlo todo bien atado antes de presentar su teoría a la policía. Así iba a ser hasta que Ángela cayó en el motivo de tanta insistencia por parte de su novio.

—¡Joder, que era hoy nuestro aniversario!

Laura desvió por unos segundos los ojos de la carretera para clavárselos a su compañera con gesto burlón.

—¡Pobre chaval! Me temo que vas a tener que cambiar *pizza* por cena romántica, qué fastidio —dijo con ironía.

Ángela llegó, aunque quince minutos tarde, al restaurante donde había reservado Javier.

—Perdona, perdona, perdona, es que si te cuento el día que llevo...

—Ya me lo has contado por teléfono.

—Ya... uf, lo siento, Javi, pero no te he dicho ni la mitad. Pero es igual, ya te lo...

—Mira, Ángela —la interrumpió—, déjalo, voy al grano...

—¿Ocurre algo?

Javier la observaba tan intensamente que por un instante se le heló el corazón creyendo que le iba a pedir que se casara con él o algo así.

—Lo dejo. Esto no funciona.

El chico tenía los ojos brillantes.

—Pero, Javi...

—No, Ángela..., tú no me quieres, ¿verdad?

—Pero...

La chica no atinó a decir nada más y alargó la mano para acariciar la suya, pero Javier la retiró y la miró con tristeza, sacudiendo la cabeza con una amarga sonrisa.

—Ya está. Déjalo. Adiós —dijo con voz temblorosa.

—Pero, Javi...

El chico se levantó y se fue. Sin más. Ángela se quedó varios minutos procesando lo que acababa de pasar en apenas treinta segundos, hasta que llegó el camarero y la sacó de su trance.

—¿Qué van a beber?

—Nada, lo siento, reserva anulada.

Y salió corriendo de allí. Una vez en la puerta del restaurante no buscó a Javier, sino que sacó su móvil.

—¿Has cenado ya?

—No. ¿Qué pasa? —escuchó la voz de Laura.

—Pues encarga las *pizzas*, que voy.

Ángela se sintió culpable por no sentirse culpable, sino liberada y a la vez temerosa por empezar a asumir lo que sentía.

Seis meses más tarde se repitió el juicio. Pablo fue condenado por el asesinato de su exnovia, Alicia. Resultó determinante que se encontraran varias huellas suyas en las rocas de la cueva. Nuria salió de la cárcel libre de cargos.

Todas miraron expectantes a Helena, como si esperaran alguna información más. Pero la informática bebió tranquilamente de su vaso sin inmutarse y, cuando sació su sed, les dedicó una sonrisa satisfecha.

—¿Ya está? —preguntó Concha.

—Ya está —respondió Helena.

—Tus historias me quitan las ganas de vivir —dijo la cocinera con un gesto despectivo con el brazo.

—Pero si acaba bien —se defendió la informática.

—Pero las detectives estas se lían o no —insistió.

—Yo solo sé lo que me ha contado Vero.

—Qué fijación con que se líe la gente —intervino Sofía—, hay más cosas que el sexo.

—Comer —dijo Concha— y poco más, bueno y los porros—. Miró a su novia y se encogió de hombros—. Lo siento, cariño, pero si aquí nadie se lían en la ficción, yo sí que me voy a liar un porro.

Helena soltó una carcajada.

—¡Qué bien traído! Yo me apunto—. Sonrió a Sofía y le dio un codazo—. Tú también, ¿no?

—Vale. —Se encogió de hombros.

—Guau, me tienes pasmada.

LA ABUELA JUANA

Blanca miró su móvil por enésima vez. Sofía le dio una calada al porro que compartía con Helena y se lo pasó para que le diera la última. Concha ya se había fumado el suyo sin compartirlo con nadie, porque a Blanca no le gustaban «esas cosas»; la maría le había dado sueño, pero abrió un ojo y se desperezó. Instintivamente se abrazó a su novia, como si ya se hubiera olvidado de la discusión con ella.

—Prometo trabajar menos, ¿vale? Me encantaría apretarle los mofletes a una Blanquita en miniatura. —Y le pellizcó las mejillas de su novia, que no parecía muy receptiva a sus muestras de afecto. Sus amigas se dieron cuenta, pero no pudieron discernir si su gesto era de incomodidad o de enojo.

—Son ya las doce... estoy cansada. ¿Nos acostamos? —propuso Blanca.

—¿Ya? Yo estoy ahora a tope —dijo Helena.

—Yo también —dijo Sofía.

Helena giró la cabeza para mirarla con los ojos burlonamente abiertos.

—Me tienes sorprendida, si eres de las que se acuesta a las once, como las abuelas.

—Pues ya ves, estoy rejuveneciendo. Además, tengo una historia... de abuelas, precisamente; ahora he recordado una cosa que me contó también Vero, la cámara... —Miró a Helena—. ¿Te suena Paula Sierra? —Su amiga negó con la cabeza—. Pues era su novia en la universidad y durante varios años después.

—No habrá muertos ni historias raras, ¿no? —pidió Concha.

—Empieza con la lectura de un testamento —aclaró Sofía—, o sea, que muerto sí que hay.

—Menuda fiesta nos hemos montado —se quejó la cocinera.

—Tú solo has contado una historia —dijo Helena—, así que no te quejes tanto, además, Sofi las cuenta muy bien.

Sofía no recordaba cuándo Helena le había hecho algo parecido a un cumplido ni cuándo había usado su diminutivo. Le sonrió levemente antes de iniciar el relato.

—Pues os voy a contar la historia de la abuela de Paula Sierra. Se llamaba Juana, con J.

Paula había salido confusa de la lectura del testamento. Quería mucho a su abuela y sabía que ella era su nieta predilecta, pero aun así le sorprendió que ella fuera la única, además de sus hijos, a la que le había dejado algo en herencia. Y todavía más sorprendente era el contenido de esta: una pequeña caja llena de libretas.

Y allí la tenía delante, encima de la cama de su habitación. La acababa de abrir y lo primero que había visto era un sobre dirigido a ella. Lo sostenía en las manos mientras observaba la cuidada caligrafía de su abuela: «Para Paula».

—¿No lo vas a abrir?

Su novia Vero estaba sentada junto a ella en la cama. Llevaban dos años juntas; se conocieron en la universidad, exactamente en el grupo LGTB de la facultad.

—Claro. —Comenzó a rasgar el sobre—. Esto es más raro...

—Igual te ha dejado un castillo o algo, ja, ja.

—Sí, seguro. A mi madre le deja la casa en ruinas del pueblo y a mí un palacio.

—Te quería mucho.

—Ya... Y yo a ella.

—Venga, léela ya.

Era un texto corto, caligrafiado, que apenas llenaba la mitad de la hoja.

—«Mi querida Paula: Te preguntarás por qué te he dejado a ti este montón de viejas libretas que, en realidad, son mis diarios; pero es que sentía que te debía una explicación. Solo a ti. Cuando leas cómo ha sido mi vida, la que todos conocen, y la otra, comprenderás lo que te digo. He ordenado las libretas cronológicamente. Espero que no te canses antes de terminar de

leerlas. Al final encontrarás otra carta para ti. Te quiero tanto... Tu abuela Juana».

Paula levantó la vista y miró a su novia sin decir nada.

—¿Ya está? —le preguntó.

—Ya está.

—¿Los vas a leer?

—Claro...

—Pues venga —la animó.

Paula miró la caja y a su chica alternativamente.

—A solas.

Vero torció el gesto, como si el corte para publicidad hubiera interrumpido su serie favorita en el momento más interesante.

12 de septiembre de 1949:

Hoy he cumplido dieciséis años ¡y ha sido horrible! Mi padre se ha puesto a decirme que tengo un pretendiente, así, de repente, y que va a venir a verme. Dice que ya tengo edad para tener novio y que ese chico es hijo de no sé quién del ministerio de no sé qué. Yo le he dicho que no lo conozco, que cómo voy a ser su novia. Y entonces mi madre ha saltado con que ella sí lo conoce y que es de buena familia, y que seguro que me gustará. Me he enfadado mucho, les he dicho que yo no quiero que un extraño me dé besos. Entonces se han echado a reír y me han dicho que sí que tengo prisa, que nadie ha dicho que vaya a haber besos. Yo me he puesto colorada, porque mi hermana sí que se da besos con su novio, pero ellos no lo saben. ¡Pero es que mi hermana ya lo conocía y le gustaba! No me he comido la tarta, me he levantado y me he ido a mi habitación a llorar. No les importa lo que yo quiera. Mis padres son horribles. ¿Y si no me gusta?

15 de septiembre de 1949:

Hoy ha venido Gustavo a verme. No es feo, pero no lo conozco. Y es mayor, tiene por lo menos veinte años. No sabía qué decirle. Parecíamos dos espantapájaros sentados uno en cada punta del salón. Mi madre no ha parado de hablar de mí, de decirle lo buena chica que era. ¡Pues es la primera vez que lo dice, porque no para

de regañarme por todo! Siempre está diciendo que parezco una salvaje solo porque ella quiere que me cepille el pelo una hora, ni que yo fuera una loca. Vaya tontería. Cuando se ha ido Gustavo les he dicho que no me gusta, que no quiero verlo más. Mi padre ha mirado a mi madre como si hubiera dicho algo gracioso. Y justo antes de cenar me han soltado que la próxima semana vendrá otra vez. Y que me comporte, que sea más atenta y simpática. Me he vuelto a ir a mi cuarto sin probar bocado.

He llorado de pura rabia. A ver por qué ellos tienen que decidir quién va a ser mi novio. No es justo. Igual me habría gustado el chico si no se hubieran puesto tan pesados. Pero así no. Entonces han llamado a la puerta y he gritado que me dejaran tranquila. Pero no era mi madre ni mi padre, era Aurora, la ayudante de la cocinera. Entonces me he secado las lágrimas y le he dicho que pasara, porque traía algo de comer y yo estaba muerta de hambre. Me ha preguntado que cómo estaba y yo me he encogido de hombros. No quería hablar con nadie. A su padre lo fusilaron por rojo, pero su madre era amiga de la mía y la cogió en el servicio por caridad. No la veo mucho, siempre está en la cocina. Cuando se ha marchado me he sentido mal porque he sido una antipática con ella. Entonces he visto una nota debajo del pan, era de ella y decía «a mí tampoco me gusta», y ha pintado una carita muy mal hecha con una sonrisa y un ojo guiñado. Me ha hecho sonreír. Mi primera sonrisa desde que cumplí los dieciséis. Mi vida es un aburrimiento.

16 de septiembre de 1949:

Hoy ha sido un día raro. Después de comer ha venido Aurora a recoger la mesa; la verdad es que casi siempre lo hace, pero nunca me había fijado. Quería ser un poco simpática, así que, cuando ha pasado por mi lado nos hemos mirado y yo le he sonreído, entonces ella me ha sonreído también y me ha guiñado el ojo como en la carita que dibujó. Pero no me ha dicho nada, ahora que recuerdo, creo que no hemos hablado ni dos palabras desde que entró a trabajar. Y eso fue antes del verano, pero no le he hecho ni caso en todo este tiempo. Es raro ahora que lo pienso.

Luego, por la tarde, he bajado a la cocina a por un vaso de leche. Nunca lo hago, pero quería ver a Aurora. Le he dicho hola y le he preguntado por Fina, la cocinera, y me ha dicho que había salido a comprar. Estaba preparando la cena ella sola. Me ha preguntado que si me había gustado el dibujo y yo le he dicho que sí. Y de sopetón me ha preguntado que si no me gustaba ese chico para novio y nos hemos puesto a hablar un buen rato. Me he enterado de cosas de su vida, como que tuvo que dejar la escuela para trabajar, a pesar de que ella quería seguir estudiando, pero no aquí, porque solo se puede ser maestra. Ella quiere irse a América, pero tiene que ahorrar por lo menos dos o tres años. Tiene otro trabajo más limpiando en una casa. Enseguida ha llegado Fina y me he ido a mi cuarto.

Y me he puesto a escribir esto. Desde que dejé el colegio voy poco con mis amigas y ha estado bien hablar con alguien. Porque mi hermana solo habla de su novio y es un tostón. Hablando con Aurora me he dado cuenta de que me gustaba estudiar. Lo he decidido. En la cena les diré a mis padres que quiero ser maestra.

Vero estaba intrigadísima con el relato que hacía Paula del diario de su abuela.

—¿Y qué le dijeron sus padres?

—Le dijeron algo así como que ser maestra no era cosa de señoritas, que se podía apuntar a las clases de religión de la parroquia. Y, claro, cogió otro berrinche.

—¿Y has leído más?

—Sí, ayer me quedé hasta las dos de la mañana. ¡Y sigo en septiembre de 1949! Le dio por escribir todos los días y siempre de Aurora.

—Qué fuerte... eso me da vibras bollo.

—¿Verdad? A mí también. Por ahora solo hablan, pero sí que veo a mi abuela un poco pillada. Aunque ella se casó con mi abuelo, o sea, el tal Gustavo, el que dice que no le gusta. Y estuvieron toda la vida juntos. Y yo no sé nada de una tal Aurora. Le preguntaré a mi madre.

Su madre tampoco conocía a ninguna amiga de su abuela que se llamara Aurora. Entonces recordó algo.

—¿Y la señora que la cuidaba?

—¿Carmen? Era amiga suya de la parroquia, estuvo muchos años en Francia y cuando volvió no tenía aquí familia, así que se fue a vivir con ella, así no estaban solas.

Ni rastro de Aurora. Su madre le preguntó que si había leído ya lo que contenía la caja de la herencia, pero Paula le respondió con evasivas. Se lo había dejado a ella y solo a ella, así que no iba a airear sus diarios privados así como así, por lo menos no antes de terminar de leerlo todo.

Por la noche retomó el diario por donde lo había dejado. Casi todos los días de septiembre había entradas nuevas y casi todas ellas relataban un nuevo encuentro con Aurora. Estaba claro que conectaron, se reían juntas y se quejaban juntas. Aurora le hablaba de sus sueños y Juana del aburrimiento que eran los encuentros con su «novio». En una de esas charlas, Aurora le contó que ella no estaba interesada en chicos y que no quería casarse, que quería ser libre, y eso solo lo podía conseguir en otro país. Era solo dos años mayor que Juana, pero a ella le parecía muchísimo más madura y segura de sí misma de lo que correspondía a sus años. Y se le metió en la cabeza que quería ser como ella.

Y tuvo otra bronca monumental con sus padres, que ya se habían dado cuenta de que hablaba mucho con la ayudante de la cocinera. «¿Te está metiendo pájaros en la cabeza esa roja?». A su padre nunca le hizo gracia que contrataran a la hija de un republicano. Juana negó con la cabeza, diciéndole que ella podía pensar por sí misma, pero lo único que consiguió fue otro berrinche y otra noche sin cenar. Se sentía muy niña y tonta. Al día siguiente, el primer domingo de octubre, su abuela escribió en el diario unas palabras muy significativas.

1 de octubre de 1949:

No sé por dónde empezar.

Hoy me he ido al campo a escondidas con Aurora. Quería enseñarme a cazar y sonaba divertido. Ella traía una escopeta de perdigones. Primero he practicado disparando a un tronco, y la verdad es que no se me daba nada mal. Después hemos hablado un rato y me he reído. Ella es muy divertida. Entonces un pájaro se

ha posado en una rama justo enfrente de nosotras y me ha animado a que disparara. No lo he pensado, simplemente lo he hecho. Y le he dado. Aurora ha salido corriendo a por él y, cuando me lo ha dejado entre las manos, muerto, ensangrentado, con los ojos cerrados y la cabeza caída, he empezado a llorar. Seguro que le he parecido una tonta, pero es que me ha causado mucha impresión verlo muerto, saber que volaba libre y feliz y, un segundo después, estaba muerto en mis manos, por mi causa. Ha sido horrible. Entonces Aurora me ha limpiado las manos de sangre y me ha cogido de la cara para limpiarme las lágrimas, pero yo no me calmaba. Y me ha abrazado. Yo he llorado en su hombro apenas un minuto, pero cuando me he calmado no nos hemos soltado durante un buen rato.

Después Aurora se ha separado y me ha mirado a los ojos, me ha vuelto a acariciar la cara de una manera que me ha provocado un escalofrío. Me he sentido rara, quería que siguiera... sentía un hormigueo extraño en la boca del estómago, como cuando tenía que hacer un examen en la escuela, pero mejor. Aurora no dejaba de mirarme. Yo creo que me he puesto colorada, porque ha sonreído. Y luego me ha cogido la mano de una manera tan especial que un escalofrío aún más fuerte me ha recorrido el cuerpo entero. Y me he soltado. Todo ha sido muy rápido. Ella ha seguido mirándome como un pasmarote, a los ojos y luego a la boca. Yo quería salir corriendo, pero mis pies estaban pegados al suelo. Y me ha besado. No me lo esperaba. Eso no estaba bien. No sé lo que me ha pasado, pero me he apartado de golpe y le he dado un tortazo. Ella me ha mirado con unos ojos que, ahora que lo pienso, estaban llenos de pena. Pero es que no ha estado bien lo que ha hecho. Me he ido corriendo a mi cuarto, a escribir en mi diario.

—¡Ostras!

Paula habló en voz alta, aunque estaba sola en su cuarto.

Tenía que seguir leyendo. Pasó la página y se sorprendió al ver que la siguiente entrada era de catorce días después. Había pasado de escribir a diario a no hacerlo en dos semanas.

14 de octubre de 1949:

Gustavo me visita dos veces por semana. Yo no he dicho nada, pero mi hermana dice que eso es tener un novio. Parece que ya está decidido. Parece agradable. El otro día paseamos por el jardín, siempre a la vista de mi madre, claro. Y también vi a Aurora. Era ella, seguro. Vi el visillo de la cocina descorrido y, en cuanto miré, lo volvieron a echar. La verdad es que la he estado evitando desde que pasó lo del beso. Echo de menos nuestras charlas, pero eso no estuvo bien.

Hoy también tocaba día de visita de Gustavo y hemos vuelto a pasear. He vuelto a mirar hacia la cocina y nadie miraba. Por un momento, Gustavo me ha llevado detrás de un seto, lejos de la vista de mi madre y, durante unos segundos, me ha cogido de la mano. No me ha besado aún, así que no sé cómo serán sus besos. Lo que sí sé es que el contacto con su piel no es como con Aurora. Y eso tampoco está bien.

Paula no pegó ojo en toda la noche. Después de echar una siesta de tres horas continuó leyendo. Por la noche quedó de nuevo con su novia, intrigadísima con el relato de su abuela Juana.

—Luego volvió a escribir dos o tres días después. Resulta que mi abuela volvió a buscar a Aurora y le preguntó que si estaba mirando aquel día por la ventana. Y ella le dijo que no. Le sonrió como si nada y le dijo que ella y Gustavo parecían muy felices y le dio la enhorabuena.

—Qué sangre fría, ¿no?

—Ya te digo, pero no sabes lo que eso le jodió a mi abuela. Tanto que lo tuvo que reconocer en el diario. Entonces mi abuela le dijo que en realidad no le gustaba, que era un muermo. Y Aurora en plan: «Bueno, con el tiempo...».

—Qué máquina...

—Y mi abuela jodida perdida, preguntándose en el diario que por qué la besó entonces, que era una lianta y bla, bla, bla. Y entonces va y le coge de la mano, mi abuela a Aurora, y se la acaricia en plan ¡guau! Y mi abuela diciendo en el diario que sintió una sensación por todo el cuerpo que no se parecía en nada a cuando le tomó la mano Gustavo. Y Aurora le vuelve a soltar que quizá el chico no sea el indicado. Y mi abuela le dice un

enigmático «pues a lo mejor». Y Aurora: «Puede que haya un chico que sí lo sea...». ¿Y sabes cómo acabó la entrada mi abuela?

—¿Cómo?

—Que su frialdad era tal con ella, que no sabía si tenía ganas de abofetearla o de besarla.

—¡Qué fuerte!

—Muy fuerte. Pero hay más, mucho más. Mira qué ojeras tengo. Anoche me quedé hasta las cuatro de la mañana leyendo. Resulta que tuvo otra bronca con sus padres porque no quería ver más a Gustavo. Se encerró en su cuarto y vino Aurora a llevarle algo de cena, volvió a llorar, ella volvió a consolarla, se miraron a los ojos, se cogieron de la mano sin dejar de mirarse... Y mi abuela sintió las mariposas que, según su hermana, debía sentir cuando estaba cerca de Gustavo. Y Aurora, con un par de ovarios, le preguntó que si le iba a dar otra bofetada si le daba un beso. Y mi abuela, con otro par, negó lentamente con la cabeza, ¡Dios! Si vieras cómo lo describe.

—¡Joder, pues déjame leerlo!

—No, no, es privado.

—Pero si me lo estás recitando.

—Pero no es lo mismo que si te lo dejas.

—¿Es que te estás callando cosas?

—Qué va.

—Bueno, da igual, sigue.

—Pues... se dejó besar... un beso casto, o sea, que mi abuela no dice nada de lengua, bueno, dice que estuvieron un rato así, labio contra labio, que si te pilló el de abajo, que si te pilló el de arriba, pero que cuando Aurora intentó, sutilmente todo, rozar con su lengua sus labios, a ella le dio mucha vergüenza y se retiró. Esa noche no pasó nada más, pero siguieron viéndose a escondidas y robándose besos. Al final consiguió que Gustavo no volviera a visitarla. Fueron días felices... casi un mes.

Paula pasó nuevas noches en vela leyendo los días felices de su abuela. Hasta que llegaron los tristes.

—Le habla de Safo, la poetisa griega que se enamoraba de sus discípulas; de las sufragistas... Aurora decía que todo eso se lo contaba una amiga de su madre que había conocido a muchas de las que lucharon por el derecho al

voto que las mujeres españolas obtuvieron antes de la Guerra Civil. Mi abuela empezó a replantearse todo, a verse como una tonta que no sabía de nada, a idolatrar a Aurora, que tenía sueños, que tenía vivencias, que tenía ideales.

»Todos los días tenía que lidiar con la presión de su padre para que volviera a ver a Gustavo. Pero ella no podía pensar en otra cosa que no fueran los besos de Aurora. Se veían a escondidas y eran prudentes, pero un día se descuidaron: volvían de una zona escondida en el monte, cogidas de la mano, iban tan absortas hablando y tan convencidas en su interior de que no hacían nada malo, que se adentraron en el jardín de la casa sin soltarse de la mano. Entonces mi abuela vio moverse la cortina del despacho de su padre y se soltó de un tirón. Le dijo a Aurora que se fuera a la cocina, que ya se verían después de la cena.

»Mi abuela se asustó bastante, pero se tranquilizó cuando vio a su padre en la cena y no dijo nada fuera de lo normal... hasta que acabaron el postre. Entonces anunció con total frialdad que ya había dado orden a la cocinera para que despidiera a su ayudante y buscara a otra. A mi abuela se le heló la sangre. Su madre tampoco sabía nada y el padre se limitó a decir que acoger a la hija de un republicano no era una buena influencia para Juana. La mirada que le echó su padre no le dejó ninguna duda: las había visto, no hacía falta que dijera nada más. Con el mismo tono frío dijo que había vuelto a avisar a los padres de Gustavo para que el chico volviera a visitarla. Ella no podía más; sin mediar palabra y con los ojos congestionados de lágrimas se marchó a su cuarto. Pero salió a hurtadillas y le dio una nota a Aurora en la que quedaba con ella a medianoche en el cobertizo del jardín.

Paula detuvo su relato para beber agua y Vero le golpeó la pierna impaciente.

—No pares ahora, por Dios. ¿Qué pasó por la noche?

—Le cuenta que la van a despedir, pero ella dice que ya lo sabía, que se lo había dicho Fina, la cocinera. Y, bueno, todo superfuerte. Mi abuela se puso a llorar, Aurora consolándola, diciéndole que iría a verla de vez en cuando; pero mi abuela sabía que su padre se lo impediría, que no podía ser, que ya está, que se había acabado. Se quedaron un rato calladas... Mi abuela lo cuenta todo superbién, de verdad, debería haber sido escritora, pero bueno. Se cogían de la mano y se las acariciaban; siempre era Aurora la que iniciaba los besos, pero esta vez se lanzó mi abuela, y a lo bestia. Se le fue de las manos,

decía que era una fuerza superior a ella, que no podía dejar de tocarla, de abrazarla, de besarla, con lengua. La cosa se puso tan pasional que Aurora empezó a desvestirla, pero a mi abuela le entró el pánico y no dejó que lo hiciera. Estuvieron por lo menos dos horas abrazadas, sentadas en el suelo con la espalda apoyada en la pared del cobertizo. Al final tuvieron que marcharse porque estaban heladas. Entonces mi abuela se puso a escribir en el diario y lo llenó todo de borrones con sus lágrimas. La entrada de ese día acabó con un doloroso: «Sé que ya no volveré a verla».

—¿Y?

—La siguiente es una entrada varios meses después. Se entera de que Aurora se ha marchado con un tío suyo a México. La chica intentó verla, pero ella no quiso. Se repetía a sí misma en el diario que eso no estaba bien, como un mantra. Y se pone a hablar de Gustavo y dice que le va gustando poco a poco.

—Vaya tela... qué pena...

—Luego vienen unas cuantas entradas sobre Gustavo, convenciéndose de que es el indicado y bla, bla, bla; me las he saltado rápido. Se dan besitos... un rollo... Se casa y ni habla de la noche de bodas... en fin. Y así pasan ¡seis años! hasta que escribe otra vez de Aurora.

13 de septiembre de 1955:

Ayer cumplí veintidós años y la semana que viene celebro mi primer aniversario de casada, pero no escribo por eso. He vuelto a ver a Aurora. La cocinera me dio una nota suya. Había regresado de México y solo iba a estar unos días en España, porque se va a instalar definitivamente en París. Me lo pedía por favor, así que he aceptado.

Me esperaba en casa de su madre. Cuando la he visto me ha dado un vuelco el corazón. La he encontrado muy cambiada. Yo estaba acostumbrada a verla con las ropas viejas que usaba en la cocina y ahora iba arreglada como una señorita importante. Estaba muy guapa y, de pronto, me he arrepentido de haber ido. Su madre no estaba, trabaja todo el día cuidando a una señora mayor. Al principio ha sido incómodo y hemos hablado de cómo le ha ido en México. Es enfermera y ha estudiado francés. Y luego me ha preguntado que por qué no le he respondido a sus cartas. Me he

quedado de piedra, porque no sabía nada de cartas. Pero Aurora me ha dicho que me envió una carta cada mes durante el primer año después de marcharse, y luego cada seis meses, y luego una al año. Y hemos deducido que mi padre vio de quién eran y las destruyó. Se ha puesto serio y me ha dicho que no me ha olvidado. Yo iba a decirle que sí, pero no me salían las palabras y me he puesto a llorar... con ella siempre acabo llorando y ella consolándome. Me ha abrazado y me ha venido a la mente nuestra despedida en el cobertizo. Sus besos. Sus caricias. Casi sin darme cuenta era yo la que la abrazaba con desesperación. Me ha tomado del mentón y me ha mirado a los ojos. Y la he invitado a besarme. Y nos hemos besado con hambre atrasada. Y he odiado a Gustavo porque no era ella, y la he odiado a ella por hacerme sentir cosas que jamás he sentido ni sentiré con él.

Luego hemos subido a su cuarto y hemos hecho el amor. No tengo palabras para describirlo. Ha sido el momento más feliz de mi vida. Y el más amargo. «¿Cómo voy a seguir viviendo ahora?», le he preguntado. «Vente conmigo a París». Me lo ha dicho con la sonrisa triste de quien sabe que pide un imposible. «Estoy embarazada», le he dicho, porque es verdad. Y aunque no lo estuviera, soy demasiado cobarde para seguirla. He sentido que en ese momento era por primera vez consciente de mi alma, que por primera vez me reconocía a mí misma y me aceptaba. Más bien me resignaba.

Después hemos estado más de dos horas acariciándonos, sin prisas. Cada vez que pensaba que me tenía que ir con mi marido y que ella se tenía que ir a otro país, me daban ganas de llorar. Pero me ha propuesto algo que lo ha cambiado todo. Mi querida Aurora me ha prometido que vendrá una vez al año a verme. Y que me escribirá todas las semanas... o cada quince días si es que resulta sospechoso, y que pondrá en el remite Carmen Alonso. «¿Carmen?», le he preguntado yo. «Sí, me llamo Aurora del Carmen... Así sigo siendo yo, pero no tendrás que preocuparte de que tu marido le hable a tus padres de una tal Carmen que te escribe mucho. Diles que soy una amiga de la parroquia, que me fui a Francia y perdiste el contacto, pero que ahora estoy enferma,

impedida, y que te da pena no seguir con la correspondencia». Tengo la impresión de que ya lo tenía todo planeado y eso me ha llenado el corazón de un gozo indescriptible.

Me he tenido que ir, porque Gustavo iba a volver del trabajo. Pero hemos quedado para mañana; en realidad, hemos quedado en vernos en su casa todos los días antes de que se marche a París.

Paula terminó de contarle a su novia el relato del reencuentro de las dos mujeres. Había hecho un maratón de lectura durante el fin de semana.

—¿Y lo cumplieron? ¿Lo de verse una vez al año? —preguntó Vero.

—Lo cumplieron. Así estuvieron cincuenta años. Viéndose una vez al año durante casi diez días. Con el tiempo, además de las cartas, también se llamaban por teléfono.

—Qué fuerte. Qué bonito y qué penita.

—Mi abuela solo escribía en el diario para hacer un resumen de sus visitas. Se veían durante esos diez días todo lo que podían. Escribe varias veces que eso es lo que le daba la vida, que con los años había llegado a querer a su marido, pero que su amor era ella y que para soportar los besos de él, tenía que imaginarse los de ella... En fin, un *Brokeback Mountain* total.

—Pero ¿ya está? ¿Qué pasó luego?

—Pues que mi abuelo murió y Aurora, alias Carmen, se vino a vivir con mi abuela a su casa.

—Uf, que voy a llorar de verdad, ¿eh?

—Desde entonces hay pocas entradas, porque ella misma decía que ya no necesitaba desahogarse escribiendo, porque ya estaba viviendo plenamente. Y así estuvieron juntas diez años, hasta que Aurora murió en 2015. Y, ahora sí, ya está.

—¿Y la carta que te dejaba al final?

—No se te escapa una, cariño. Aquí está:

Mi querida Paula. Si has llegado hasta aquí, ya sabrás por qué te he contado a ti mi vida. Estoy muy orgullosa de ti, estoy muy orgullosa de que tú hayas decidido vivir tu vida sin miedos, sin mentiras. Son otros tiempos, eso es verdad, pero podrías haber decido tomar otro camino. Puedes hacer con los diarios lo que desees. A tu madre le dará un ataque, pero me gustaría que lo

supiera, que supiera quién fue su madre en realidad. Dile también que quise a tu abuelo, pero que a quien amé fue a Aurora, la que ella conoció como Carmen. Con tu abuelo tuve una vida feliz y tranquila, era un hombre bueno, pero Aurora me daba la vida, la ilusión, la fuerza para levantarme cada mañana, contando los días para recibir su próxima carta o para telefonarnos a escondidas. Y luego estaban esas dos semanas al año que pasábamos prácticamente juntas. Incluso hicimos varios viajes. El pobre Gustavo creía que iba a ver a la pobrecita de mi amiga impedida. Pobrecito él, y pobrecita ella. «Y pobrecita tú». Eso es lo que me decía siempre Aurora para mitigar mi sentimiento de culpa. Era muy lista. Yo solo sé que no tenía alternativa. La sociedad me educó para ser hija, esposa y madre, otra cosa me habría roto por dentro, pero renunciar al amor de mi vida tampoco era una opción. Con la perspectiva que me dan los años solo puedo decir que viví de la mejor manera que supe teniendo en cuenta las circunstancias y cómo me educaron.

Mi querida Paula, me alegro de que los tiempos, aunque despacio, vayan cambiando y de que tú vivas como yo no pude. Te deseo lo mejor. Te quiero tanto... Tu abuela Juana.

PD: Toda la correspondencia que tuve con Aurora está en poder del notario, solo tienes que ir y pedírsela. Haz lo que desees con ella.

Su nieta tenía los ojos empañados de lágrimas y Vero, directamente, lloraba sin pudor.

—Me encanta tu abuela, Pau.

Paula se limpió las lágrimas que ya no pudo reprimir, pero miró a su chica con una sonrisa.

—Tiene razón, a mi madre le va a dar un ataque.

—Joder, su madre y su hija son lesbianas... ella es la rara de la familia, está claro.

—Voy a ir a por las cartas. No me lo dice directamente, pero seguro que quiere que el mundo sepa su historia. Las voy a publicar, aunque sea en un blog o algo.

—Una idea genial... me habría gustado conocerla.

—Qué rabia me da no haberlo sabido antes, nos habríamos contado tantas cosas...

Paula tenía más ganas de llorar, pero sentía demasiada rabia y pena y emoción. Todo junto. Su abuela, simplemente, no estaba preparada para dar el paso de desvelar su orientación sexual al mundo, bastante había hecho con dejarle sus diarios.

Las dos chicas se miraron en silencio durante unos minutos, abrumadas por la historia.

—Uf, me he puesto tierna, Pau.

—Ya... y yo.

Paula sonrió de medio lado porque sabía que su novia usaba el eufemismo «tierna» cuando quería decir que tenía ganas de besitos y algo más.

Blanca se secó una lagrimita.

—Qué bonito, Sofi.

Parecía que las tensiones habían acabado, o quizá estaban demasiado cansadas y ebrias como para sentir las. Concha apenas podía mantener los ojos abiertos, pero se había enterado de la historia.

—Es una historia cojonuda —murmuró.

Y se acomodó sobre su novia.

—¿Te ha gustado? —preguntó Sofía a Helena.

—No ha estado mal.

Y se le escapó una sonrisa.

—Reconoce que te ha gustado —insistió la bibliotecaria.

—Lo reconozco.

Sofía le devolvió la sonrisa. No sabía si era solo percepción suya o si realmente había cambiado algo entre ellas, pero de pronto ya no se sentía tan pequeña y ridícula a su lado.

PERSIGUIENDO A KD

Concha dormitaba sobre Blanca, que, a pesar de tener los ojos abiertos, parecía ausente. Sofía y Helena recordaban los múltiples grupos a los que habían pertenecido; todos se habían desintegrado, pero ellas permanecían. Sofía se dio cuenta de que la yogui llevaba más de quince minutos callada.

—Blanca, ¿te pasa algo?

—¿Por qué? —preguntó sin darle importancia a su silencio.

—Es que estás muy callada.

—Estoy cansada.

—Cuéntate algo y nos acostamos.

Blanca observó cómo Concha se desperezaba.

—¿Nos acostamos ya? —preguntó somnolienta la cocinera.

—Una historia más, dice Sofi.

—Vale... Joder, pero si tengo una pendiente. —Concha se despejó de pronto, miró a Sofía y le sonrió de oreja a oreja—. Y es con K, de... —le dio suspense— «K. D.».

—Oh, no. —Helena se llevó las manos a la cara con pesar.

—Oh, sí. —A Sofía se le iluminó la cara—. ¿Tiene que ver con kd lang^[3]?

—Algo así. —Su amiga se hizo la misteriosa.

Helena bufó.

—¿Pero sigue viva esa señora?

—kd lang es eterna.

Sí, para Sofía «esa señora» era eterna.

—¿Y qué tiene que ver kd lang con la abuela Juana? —le preguntó Helena a la cocinera—. Porque te recuerdo que todas hemos seguido las reglitas del abecedario y de que sean historias encadenadas.

—Pues con Juana no tiene nada que ver, pero sí con otra historia que ya se ha contado aquí... ya lo veréis.

Cristine regresaba como cada mañana de su sesión de *running* por el parque. Había sido más intensa de lo habitual, necesitaba desestresarse después de la bronca que tuvo con Andrea la noche anterior. No había podido dormir bien, se dijeron demasiadas cosas hirientes; ella se arrepintió de todas las que dijo, ¿se arrepentiría Andrea de las suyas? Después de tantas noches durmiendo juntas se le había hecho raro no sentir su calor junto a ella.

—Hola.

A Cristine se le cayeron las llaves del susto. Andrea estaba sentada en la barra de la cocina con el desayuno ya preparado para las dos.

—¿Qué haces aquí? —No quería que su tono sonara tan brusco, pero así fue.

Andrea se levantó y avanzó hacia ella despacio, conciliadora, pero la chica intentó esquivarla y se dirigió al cuarto de baño.

—Cris, —la tocó suavemente en el brazo—, mírame.

Cristine se detuvo a regañadientes. Pero no se apartó cuando Andrea le acarició el cuello sudoroso y la mejilla, ni cuando se acercó para susurrarle al oído un «lo siento» que le aceleró el pulso y la respiración. A continuación, le lamió la piel salada de la clavícula y comprendió que ya no había marcha atrás. Cristine se lanzó a sus labios, Andrea la empujó hasta la pared y la aprisionó entre ella y su cuerpo. Eso bastó para que ambas jadearan en la boca de la otra. Se besaban con desesperación, se tocaban con urgencia, todo iba muy deprisa, así que Andrea no se demoró en meterle la mano dentro del pantalón corto de deporte. Sus fuertes dedos acariciaron sin delicadeza los pliegues mojados. Le encantaba hacer eso antes de penetrarla, demorándose hasta volverla loca de deseo y de impaciencia. Sonrió al sentir su sexo apretarse contra su mano, demandando ya el siguiente paso.

—¿Mmm?

Cati dejó de teclear y miró por la ventana. Le había parecido oír una melodía conocida. Vivía en un cortijo en la ladera de una rambla. A una decena de metros de su puerta pasaba la estrecha carretera que bajaba hasta el cauce seco, convertido en un polvoriento camino. La escritora salió a la calle sin preocuparse de su descuidado aspecto. Esa mañana ni se había peinado, aunque poca falta le hacía a su melena corta y rizada. Llevaba unos pantalones deportivos y una raída camiseta de tirantes, las mismas prendas que había usado para dormir.

Ya era capaz de distinguir las palabras de la canción: *Fate must have a reason why still endure the season of hollow soul.*

—kd lang... —musitó.

Dos segundos después apareció por la curva un moderno todoterreno con las ventanillas bajadas. Cati se quitó las gafas de cerca e intentó enfocar el interior del coche, pero echó de menos sus gafas de lejos.

—¡Joder, no veo una mierda!

Cati tenía miopía desde la adolescencia y presbicia desde los cuarenta y dos, o sea, desde hacía un año. Pero como no tenía muchas dioptrías, le fue posible distinguir la figura de la conductora, que era, definitivamente, una mujer. Salió corriendo intentando vislumbrar la matrícula, pero eso era ya pedirle demasiado a sus ojos. Salió a la misma carretera y solo pudo ver cómo el coche se alejaba hacia la rambla y se desviaba hacia la derecha, lo que significaba que quizá no iba de paso, sino a alguna de las casas que quedaban rambla arriba.

Mientras recorría el camino de vuelta a su salón, su mente creativa y fantasiosa se dedicó a elucubrar historias sobre esa mujer: si viviría por allí, si sería una recién llegada, por qué llevaba una canción de la cantante lesbiana por antonomasia de su generación... Eso era realmente raro, porque muy pocas personas, incluso de su generación, la conocían en España. Estaba claro, era una señal, pero ¿de qué?: «El destino debe de tener una razón —decía la canción— de por qué aún perdura el tiempo de las almas vacías»... Almas vacías, como la suya.

—¿Esto es lo último que has escrito?

Cati solo tenía una amiga en el pueblo, Rosa, que además era su prima, y casi todos los domingos se pasaba por su casa para tomar café y hacerle

compañía, pero también para saber si seguía viva.

—Sí.

Rosa estaba de pie frente a la mesa del portátil cuando su prima regresó de la cocina con una bandeja con dos cafés y una caja de pastas.

—¿Puedo? —Señaló el texto del portátil.

Cati se sentó en el sofá e hizo un gesto con el brazo invitándola a leerlo.

—Es una mierda.

—Ya, eso dices de todos tus libros, pero luego son *best sellers*.

La escritora se encogió de hombros, como si ser una de las autoras más vendidas en lengua castellana fuera una pesada losa.

—«Se besaban con desesperación —leyó Rosa—, se tocaban con urgencia, todo iba muy deprisa, así que Andrea no se demoró en meterle la mano dentro del pantalón corto de deporte. Sus fuertes dedos acariciaron sin delicadeza los pliegues mojados. Le encantaba hacer eso antes de penetrarla, demorándose hasta volverla loca de deseo y de impaciencia. Sonrió al sentir su sexo apretarse contra su mano, demandando ya el siguiente paso». —Rosa frunció el ceño—. ¿No hay más? ¿La has dejado así a la pobre mujer?

—Sí, Cristine lleva esperando desde el viernes a que Andrea se saque el pene.

—Uf... es verdad, siempre se me olvida. ¿Qué nombre le vas a poner?

—André.

—Vaya, no te has complicado mucho.

Cati Amorós era una escritora lesbiana que escribía tórridos romances entre mujeres, pero cuando los terminaba, cambiaba el nombre y el sexo a una de las protagonistas y firmaba el nuevo texto como la exitosa escritora de género erótico-romántico —y heterosexual— Kate Love. Solo Rosa, su editor y su exnovia conocían su identidad, su orientación sexual y la génesis de sus obras.

Su exnovia. La que no podía ser nombrada sin que un trueno retumbara en el cielo. Un año después de la ruptura, cuando Cati fue capaz de desincrustarse del sofá e intentar volver a escribir, decidió que todo le importaba una mierda y que lo que de verdad quería era estar sola, sin más estresantes compromisos sociales, sin la presión de tener que buscarse otra pareja porque era lo normal; así que cogió a su gata y remozó la vieja casa del pueblo, donde casi no llegaba el wifi. Que no llegara del todo sí que habría

sido demasiado aislamiento, y tampoco era cuestión de vivir la soledad sin internet. Ya llevaba allí cuatro años.

Rosa nunca se había marchado del pueblo, vivía feliz con su marido y sus dos hijas; era contable de la única empresa grande de los alrededores, una finca de invernaderos. Era extrovertida y casi la única persona del universo en cuya compañía Cati se sentía totalmente cómoda. De hecho, lo único que le había hecho soportable a la escritora sus visitas al pueblo en la niñez y juventud era la incombustible paciencia que tenía su prima con ella. Incluso ahora, irremediadamente adicta a la soledad, disfrutaba sinceramente de sus visitas dominicales.

—El mundo debería saber que los cientos de miles de lectoras que babeaban por tus protagonistas masculinos, en realidad babeaban por mujeres, porque sienten como mujeres, se comportan como mujeres, piensan como mujeres... Esto es para estudiarlo, ¿eh? Te lo digo en serio. Estás engañando a unas pobres señoras que se creen heterosexuales a tope y a lo mejor son bisexuales perdidas, y tú les estás robando esa posibilidad.

—No te burles.

—No me burlo, lo digo muy en serio. Deberías darte a conocer y contar cómo nacen tus historias.

—Entonces ya no vendería una mierda.

—Ya tienes suficiente dinero como para retirarte.

—Ya estoy retirada.

—No lo haces por dinero, Cati, ¿por qué no se lo cuentas al mundo? Sería la bomba.

—No quiero que el mundo me conozca. Vendrían en procesión como locas hasta mis geranios, a buscar autógrafos o a tirarme piedras.

—Concede una entrevista, como Kate Love, y confiésalo todo.

—Tengo un contrato firmado con mi editor que dice que no puedo hacer eso.

—Pues rómpelo, ¿qué va a hacer, dejar de publicar tus libros? Pues te buscas otra editorial.

—Soy una mujer de palabra.

—Y un poco mentirosa.

—Bueno, vale, soy una mierda de persona, ya está.

Definitivamente, «mierda», pensó Rosa, era su palabra preferida.

—De acuerdo, no insisto.

Rosa se sentó junto a ella en el sofá y le dio un sorbo a su café. Cuando ya pensaba que era ella la que, como siempre, tenía que romper el silencio, Cati habló.

—¿Sabes de quién es un todoterreno blanco, de los caros? Creo que es un BMW y la última letra de la matrícula es una B o una R o una P.

Rosa la miró de soslayo con la tacita de café detenida a medio camino de sus labios.

—Qué lástima, si hubiera sido una jota, sí sé quién es —ironizó.

—Te estás burlando otra vez.

Su prima puso los ojos en blanco.

—No, no me suena de nada un todoterreno blanco. ¿Qué pasa con ese coche?

—Llevaba puesta una canción de kd lang a todo trapo, conducía una mujer sola, y quería saber si estaba de paso o es que vive aquí ahora.

—Cuánto tiempo sin oír su nombre... —de nuevo, ironía.

Cati era desde 1992, cuando vio a la andrógina y lesbiana cantante canadiense cantar en un programa de la tele, su más devota fan.

—El coche pasó por delante de la casa camino de la rambla y torció a la derecha. Eso fue el viernes a las nueve y media de la mañana, pero ya no lo vi ni el sábado ni hoy. Quizá pase solo a esa hora entre semana, de camino al trabajo, aunque es un poco tarde para ir a trabajar —su prima la escuchaba en silencio sin dejar de comer pastas—. A lo mejor iba de paso y no es de por aquí, pero si estaba visitando a alguien o iba al médico tenía que volver, ¿no? Pero estuve pendiente todo el día y no volvió a pasar... creo, porque me podría haber pillado en el váter. No sé... Mañana lunes estaré pendiente a las nueve y media... ¿Tú qué crees?

Su prima se la quedó mirando unos segundos.

—¿Sobre qué? Es que has dicho muchas cosas.

—Pues que si crees que es de por aquí.

—Y yo qué sé.

—Vaya mierda.

—Pero, a ver, Cati, en el hipotético caso de que el coche vuelva a pasar ¿qué vas a hacer? ¿Qué quieres hacer? ¿Qué esperas que pase?

—Pues... no sé... hablar con ella, decirle que es genial que conozca a kd lang, que si le gusta, que a mí me encanta. Seguro que es lesbiana.

—Vamos a ver, que solo llevaba puesta una canción, igual era la radio y no

tiene ni idea de qué sonaba.

—No la ponen en ninguna emisora de España, no la conoce ni Dios.

—Igual era Radio 3, yo qué sé.

—Si la conoce y le gusta, es lesbiana, fijo.

—Yo la conozco y no soy lesbiana.

—Uf, cómo eres, me quitas la ilusión.

—Pero qué ilusión, por Dios, ¿tú te estás oyendo? Que no es nadie, no te obsesiones. Si quieres ligar apúntate a alguna web de contactos, como las lesbianas normales.

—Yo no soy normal.

Rosa respiró hondo y dulcificó su tono.

—Vale. Le preguntaré a Juan —su marido— si sabe de alguien con un todoterreno blanco, ¿de acuerdo? Pero si la ves, no te pongas en mitad de la carretera a parar el coche como una loca.

—¿Cómo voy a hacer eso?, la saludaré con la mano y si para bien y si no, pues ya está, no pasa nada.

Su prima no acababa de creérselo. Sabía cómo era Cati y lo fácil que se obsesionaba y fantaseaba con las mujeres que le gustaban, imaginándose situaciones que aún no se habían dado, sentimientos que aún no se habían manifestado, noviazgos, futuros casamientos y color de ojos de sus hijos. Casi siempre aplicaba más fantasía a su propia vida que a sus novelas. Pero esa ilusión, al menos, la hacía parecerse a su querida Cati de antes, no a la que quedó devastada tras la ruptura con el amor de su vida.

Lunes. Nueve y media de la mañana. Cati ya llevaba quince minutos metida en su coche, encarado hacia la salida y con las llaves puestas. Pasó media hora más antes de que hubiera algún movimiento en el camino. Primero escuchó la música y luego el suave ronroneo del motor de un coche. El todoterreno blanco apareció frente a ella y, ahora con las gafas de lejos puestas, corroboró que era una mujer joven la que conducía sola. Le echó unos treinta y tantos. Giró la llave para arrancar y seguirla hasta donde fuera... ya idearía la forma de entablar una conversación. Pero su coche no arrancó; lo intentó de nuevo y nada. El motor no hacía ni el más mínimo amago de querer ponerse en marcha. Sus ojos repararon entonces en la lucecita que parpadeó sobre el espejo retrovisor. Y lo recordó: la había

encendido hacía ya una semana para leer la fecha de la siguiente ITV, la última vez que cogió el coche para ir a llenar su despensa. Definitivamente, la batería estaba seca.

—¡Me cago en la puta hostia! ¡Joder!

Cati era autora de bellas palabras en la ficción y de rosarios de tacos en la vida real. Por lo menos le quedaba el consuelo de saber que la misteriosa mujer del todoterreno pasaba por delante de su puerta de manera regular. Por cierto, la canción que llevaba ese día era *Promises* de The Cranberries.

En cuanto entró en casa llamó a Rosa para que viniera en cuanto pudiera a recargar la batería. También le encargó un tinte para el pelo. Desde que se instaló en el pueblo no lo usaba y, de pronto, ya no se sentía tan mayor como sugerían las canas, escasas pero visibles, que salpicaban su cabellera rizada.

A la mañana siguiente estaba preparada; pero no apareció a las nueve y media, ni a las diez. Aun así decidió esperar un poco más y se dedicó a elucubrar cómo la abordaría: la seguirá a prudencial distancia para pasar desapercibida y cuando localice dónde vive seguirá su camino para disimular. Seguramente, a esas horas irá al trabajo. Dependiendo de cómo sea el trabajo la podrá abordar de forma natural o no será posible. No es lo mismo que trabaje en una tienda, que de camarera, que en una oficina. Se quedará todo el día esperando a que vuelva a su casa, siguiéndola de nuevo a una distancia prudencial. Un par de días o dos después, cuando sepa que está ya en casa, o un sábado o un domingo, irá hasta su puerta y pinchará una rueda... Primero tendrá que ver si lleva la rueda de repuesto, siempre es un desastre para esas cosas. Entonces llamará a su puerta para que le ayude a cambiarla. ¿Eso es lógico? ¿No sería más lógico que llamara a la grúa o a su seguro si es que ella no sabe cambiarla?, ¿qué haría uno de sus personajes? Es tan fácil en los libros. Llevará el móvil sin batería, así por lo menos podrá pedirle el teléfono para llamar. O si quiere ayudarla... ¿Y si le pregunta que a dónde va? Le gusta recorrer la zona, se suele dar paseos en coche... ¿suena bien? ¿Le dirá que es escritora? Si lo pensaba fríamente era superraro usar seudónimo por ser una lesbiana que escribe novelas heterosexuales. ¿También lo usaría si fuera hetero? ¿Y si escribiera novelas de lesbianas? Se avergonzaba de heterosexualizar su obra. ¿Qué tipo de armario era ese? Su vida era un chiste. Era un fraude como lesbiana y un fraude como escritora.

Le dirá que es redactora *freelance*, al fin y al cabo ejerció como tal mientras no pudo vivir enteramente de las ventas de sus libros. Y con tanto pensar no se había dado cuenta de que llevaba más de una hora y media dentro del coche y el todoterreno blanco no había aparecido. A las once se dio por vencida y se metió en casa. Tanto acecho era raro hasta para ella.

A cada minuto miraba hacia la carretera, pero el coche no apareció en todo el día. Ni en toda la semana.

El domingo, cuando la visitó Rosa, estuvo más callada que de costumbre. La ilusión se le había ido apagando conforme pasaban los días. La parte racional de su cerebro estaba comprendiendo que fantasear con alguien que no conocía de nada, cuyo único vínculo estaba basado en una anécdota, era demasiado estúpido incluso para ella. Rosa echó de menos la versión más irracional de su prima.

El siguiente lunes, de las nueve en adelante, miraba de vez en cuando por la ventana hacia la carretera que venía del pueblo. Y nada. A media mañana se sentía inquieta, no podía sacarse del cuerpo cierta desazón que se le había ido instalando a lo largo de la semana. Si estuviera escribiendo una novela, diría que su personaje había catado la chispa de la ilusión y ahora quería más, ahora necesitaba algo más de la vida. Ella era consciente de ello, pero en la vida real ese algo más soñado no se presentaba en la puerta de una solitaria casa en las afueras de un pueblo perdido.

Quería pensar de forma racional, quería volver a no esperar nada, a no sentir nada, a la apatía. Pero la desazón no la dejaba estarse quieta; se sentía como una exfumadora que hubiera estado viendo una película de cine negro donde el detective de turno no paraba de encenderse cigarrillos. Eso le recordó algo que llevaba unas semanas sin hacer: se encendió un porro de maría. Guau... no recordaba lo bien que le sentaba. Consiguió apaciguar sus nervios y, de paso, le entró el antojo de montar en bicicleta, cosa que tampoco hacía desde hacía semanas.

Los calores de la incipiente primavera aún no habían secado los matorrales y hierbas que crecían silvestres alrededor de la rambla. No era un entorno verde y fértil, pero al menos no era tan desolador como en verano. El paseo le estaba resultando gratificante y se recriminó no dar más paseos en bici. Se aventuró a subir una cuesta que no parecía muy pronunciada y que llevaba a

un conjunto de casas cuyo nombre no recordaba. En aquellas tierras casi todas las casas tenían nombre. A mitad de la cuesta le adelantó un coche, iba tan absorta que no lo oyó acercarse. En cuanto la pasó, se dio cuenta de que era el todoterreno blanco de la misteriosa mujer. Iba bastante emporrada, pero no era una alucinación. Instintivamente pedaleó intentando seguirlo, pero el coche enseguida se perdió de su campo de visión. Miraba a la lejanía con los ojos como platos, con las pupilas dilatadas por la droga y con varias dioptrías, y todo ello junto hizo que no atinara a girar correctamente en la siguiente curva que, para su desgracia, daba a un terraplén de varios metros de caída. Y cayó por él. Iba sin casco, pero milagrosamente no se golpeó con ninguna de las abundantes piedras del terreno y la bici no la alcanzó en su caída por centímetros. Aunque se llevó un buen trastazo, lo justo para no ser fatal pero sí para dejarla grogui durante unos minutos.

Entreabrió los ojos y vio una cabeza recortada y oscurecida por la claridad del cielo; le pareció oír una voz: «¿Estás bien? ¿Te duele algo? ¿Me oyes?». Poco a poco fue consciente de que estaba tirada en el suelo, de que le dolía la cabeza y de que un pedrusco se le estaba clavando en el trasero. Cerró los ojos varias veces y volvió a enfocar a la persona que estaba agachada sobre ella. Joder, parecía kd lang. ¿Se había muerto? O, peor aún, ¿se había muerto también kd lang? Pero hablaba en perfecto español. ¿En el paraíso no hay lenguas y todos se entienden?

—Ey, háblame, ¿cómo te llamas?

—Cati —balbuceó.

—Muy bien, Cati, yo me llamo Pepa.

Definitivamente no era su kd, pero o era el efecto del golpe o del porro o se le parecía realmente, pero cuando era joven. Y tenía una sonrisa encantadora.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó la escritora.

Pepa frunció el ceño ante semejante pregunta en semejantes circunstancias.

—Treinta y cuatro. ¿Y tú?

—Cuarenta y tres.

—Mira, capicúa. ¿Puedes levantarte?

Cati levantó el tronco con ostensibles gestos de dolor en la cabeza y se quedó sentada. Entonces vio una escúter en la orilla del camino con un voluminoso cesto con el símbolo de Correos.

—¿Eres cartera?

—Sí.

—No te he visto nunca.

—Estoy haciendo la ruta de un compañero que está de baja.

Cati miró a su izquierda y vio su bici desmadejada sobre las piedras: tenía el cuadro torcido y era claramente inservible.

—Mierda...

—Luego vendré a por ella, no te preocupes. ¿Puedes levantarte?

Cati intentó hacerlo, pero se mareó y volvió a dejarse caer sobre las piedras.

—¿Recuerdas cómo te has caído?

—Iba persiguiendo un todoterreno blanco.

Dicho en esas circunstancias y en ese tono sonó tan cuerdo como si hubiera dicho que estaba persiguiendo un unicornio blanco o de cualquier otro color.

—¿El de Beatriz Rojo?

—¿Se llama así? ¿La conoces?

—Sí.

—¿Dónde vive?

Pepa empezó a temerse que el golpe en la cabeza hubiera sido realmente fuerte.

—En la primera casa al final de la cuesta.

—¿La conoces?

—Sí.

—¿En qué trabaja?

La cartera se estaba preocupando de verdad. Entre el porro, la caída y su hartazgo vital, a Cati le importaba bien poco parecer una loca.

—Tiene una tienda de suvenires en el pueblo.

—Pero no ha ido en toda la semana, ¿no? La habría visto.

—Ha estado de vacaciones.

—O sea, que la conoces bien.

—Más o menos... ¿Y tú, en qué trabajas? —preguntó para testar su salud mental.

—Soy escritora de mentiras. Un fraude, vamos.

La respuesta no la tranquilizó para nada.

—¿Eres escritora?

—Sí, de mentiras.

—¿Por qué dices eso?

—Soy una escritora de éxito, ¿sabes? Estoy forrada. Soy Kate Love.

Cati esperó ver el efecto de sorpresa que causaba en ella, pero solo vio incomprensión.

—No sé quién es... —atinó a decir Pepa.

—¿No?

—No.

—No serás hetero entonces... —dijo más para sí misma—. O no leerás.

Pepa se consideraba una persona inteligente, pero no era capaz de seguir los razonamientos de esa extraña mujer. Se había quedado sin palabras y a ella rara vez le ocurría eso.

—Yo soy lesbiana y escribo historias de amor de lesbianas... uf —se echó las manos a la cabeza—, cómo me duele la puta cabeza... —Pero se recompuso y siguió hablando como si nada. Realmente, a ojos de la cartera, parecía una loca—. Pero mi otro yo escribe historias de amor superhetero que se venden como rosquillas. Por eso soy un fraude.

Pepa la miró esperando alguna aclaración más sobre sus enigmáticas palabras, pero no llegó. La verdad es que Cati nunca era así de directa, pero se sentía especialmente pasota y envalentonada, así que ¡qué más daba seguir haciendo un poquito más el ridículo!

—¿Conoces a kd lang?

—¿A quién?

—Te pareces a ella.

Se miraron durante unos segundos: Cati comprobando las semejanzas de sus facciones con la cantante canadiense, y Pepa intentando descifrar los enigmas de esa mujer.

—Mira, voy a ayudarte a que te levantes y te voy a llevar en mi moto a urgencias, ¿vale?

—¿Por qué? Estoy bien.

Cati consiguió levantarse, aunque era cierto que la cabeza le dolía bastante.

—Es que te has dado un buen golpe en la cabeza y es mejor que te hagan algunas pruebas.

—Estoy bien.

—No sé, dices... —«con tacto, con tacto», pensó Pepa— algunas cosas... un poco extrañas.

—Yo es que soy así, en mí no es extraño decir cosas extrañas. Estoy bien.

A Pepa le hizo gracia su descripción de sí misma. A lo mejor tenía razón. Le estaba cayendo bien. Se fijó en su pelo ensortijado y revuelto y sintió el

impulso de desordenárselo aún más. A ella le gustaban especialmente las mujeres diferentes. Y esta lo era, mucho.

—De todos modos, es un hecho que te has golpeado la cabeza y lo mejor es que, por precaución, te vea un médico.

—Estoy bien. Todo lo que he dicho es verdad. Pero no se lo puedes decir a nadie. Lo de Kate Love, digo. Lo he firmado por contrato. De todos modos, vale, iré a urgencias, llévame a mi casa y cojo el coche.

—No. Te llevo a tu casa, deajo la moto y yo te llevo en tu coche.

—Pero estás trabajando y no quiero causarte problemas.

—Me quedan solo un par de cartas por entregar y no son urgentes. Las puedo entregar mañana.

—¿La gente todavía manda cartas?

—Casi todas son del banco, el ayuntamiento... cosas así.

—Yo lo tengo todo por internet, detesto acumular papeles.

Pepa la llevaba cogida del brazo hacia su moto.

—Si todos fueran como tú, me quedaría sin trabajo. —Sonrió la cartera.

—Tendrías otro. La técnica destruye unos trabajos y crea otros.

Pepa sacó el casco de repuesto que siempre llevaba en el compartimento bajo el asiento y se lo colocó a Cati con cuidado.

—Me ha costado mucho sacarme la oposición como para buscarme ahora otro trabajo.

—¿Qué te gustaría haber sido? ¿O soñabas con ser cartera?

Cati estaba gratamente sorprendida por su verborrea con una desconocida que le resultaba atractiva. Definitivamente iba a fumar más porros o a darse más golpes en la cabeza.

—Cantante.

La escritora la miró como a una aparición.

—Qué curioso, ¿no?

Pepa se encogió de hombros y le indicó que se sentara en la moto.

—¿Por qué? Muchos niños quieren ser estrellas del *rock*.

Pepa se sentó delante y le dijo que se agarrara bien fuerte a su cintura y que si se sentía mareada que le apretara con fuerza y se detendría. Cati le dio las indicaciones para ir a su casa y emprendieron la marcha. El trayecto fue bastante revelador para ambas partes. La cercanía física propició una agradable sensación no localizable en ninguna parte del cuerpo, pero distribuida por todo él. Podría ser atracción, pero era otra cosa o, al menos,

algo más. ¿Ilusión? ¿Curiosidad? ¿Conexión? A Pepa le era fácil conectar con los seres humanos en general y con las mujeres en particular. A Cati le ocurría todo lo contrario.

La cartera llevaba cinco meses sin tener relaciones sexuales, desde que conoció y se enamoró de Bea, la que tenía una tienda de suvenires, un todoterreno blanco de alta gama y un *pen drive* con cientos de canciones en mp3 que le grabó una amiga lesbiana y fan, entre otras, de Amy Winehouse, The Cranberries y kd lang.

Cati llevaba cinco años sin intimar con ninguna mujer, porque las caricias y arrumacos que le hacía a su gata no contaban.

Pepa la llevó a urgencias en el coche de la propia escritora. La esperó hasta que le hicieron todas las pruebas y recibió el alta. De camino pasaron por el lugar de la caída y recogieron la maltrecha bicicleta. Cuando llegaron de nuevo a su casa, la escritora insistió en que se tomara algo en agradecimiento. Y Pepa aceptó. Cati le enseñó todos los libros de Kate Love, y la cartera, por fin, comprendió. También le mostró su colección de discos de kd lang, y Pepa tuvo que reconocer que pudiera ser que se trajeran un aire.

Una hora más tarde se despidieron en la puerta con un par de sonrisas tontas y un silencio largo.

—Compraré un libro tuyo y vendré para que me lo dediques. —Pepa volvía a estar en plena forma—. ¿Cuál me recomiendas?

—Si te gustan las historias heterosexuales erótico-románticas un poco ñoñas y un poco tórridas... cualquiera.

—Vale, pero me tendré que imaginar a los personajes originales, ya sabes, antes de hacerlos hombres.

Pepa le guiñó un ojo y se dirigió hacia su escúter. Cati observó su cadencioso caminar sin borrar la sonrisilla del rostro. Y tuvo una idea genial: en su próxima novela no cambiaría el sexo a ninguna de las protagonistas. A su editor le iba a dar un ataque... ya pensaría cómo hacerlo. Se buscaría otro seudónimo ¡o usaría su nombre real! Pero en cualquier caso su editor se lo debía, se la tendría que publicar sí o sí. Se moría de ganas de contárselo a su prima. Pero más ganas aún tenía de que Pepa la visitara de nuevo con la copia de alguno de sus libros. Tenía una sonrisa preciosa y le había guiñado un ojo. Se sentía renacida. «El amor tiene ese poder», pensó. Como buena creativa, ya había empezado a crear su propia historia de amor y, a semejanza de las que escribía, intuía un desenlace feliz.

Sofía aplaudía con todas sus ganas; Helena fruncía el ceño...

—Y si solo su prima, su ex y su editor saben quién es Kate Love, ¿cómo es que lo sabes tú? —preguntó la informática.

—Porque Pepa se lo dijo a Irene y ella a la madre de Blanca.

—Pues entonces ya no es *secret anymore*.

A Sofía no le importaban esos detalles:

—Oh, qué genial la historia, Concha. Fue kd quien las unió, está claro.

—Clarinete —ironizó Helena.

—Pues sí, está claro, si no hubiera escuchado aquella maravillosa canción, no habría buscado el coche, ni salido en bici ni...

—Que sí, que sí, lo que tú digas —le dio la razón como a las locas.

Qué poco le duró a la bibliotecaria el buen rollito con la informática.

—Oye, ¿por qué te molesta tanto que me guste algo? Tú también defiendes tus cosas.

—A mí no me molesta.

—Joder que no.

—Es que no canta tan bien para tanto bombo que le das.

—Si tú no tienes oído, no es mi problema; no tienes sensibilidad artística... ni de ninguna.

Sofía estaba lanzada.

—Chica, cómo te pones cuando te tocan a tu kd.

—No es solo por eso, Helena, es que siempre te estás metiendo conmigo.

—¿Qué dices? Siempre estás igual, tía —dijo con hartazgo—. ¿No será que tienes el listón de la «susceptibilidad» muy bajo?

Concha y Blanca se miraron incómodas.

—¿No será que tú eres muy borde?

—Es que te molesta todo.

—Todo no, tú me molestas.

—¿Y tú no me atacas a mí?

—Porque me tratas mal, Helena.

—Joder, ya te vale, vete a la mierda.

Se miraron de una forma tan intensa que Helena, quizá por primera vez en su vida, no le pudo sostener la mirada a Sofía.

—Oye, que estamos aquí —dijo Concha intentando apaciguar los ánimos, cosa que no consiguió.

—Pues iros —le espetó la informática.

La cocinera hizo un gesto de desdén con el brazo.

—Vaya tela, buenas noches.

Se quedaron calladas y Concha se dispuso a dormir de nuevo abrazada a su novia, pero esta se levantó enseguida.

—Chicas, voy al baño y cuando vuelva nos acostamos, ¿vale?

Todas asintieron. La yogui cogió una de las velas que tenían preparadas y la encendió con un mechero largo de cocina.

Apenas un minuto después de salir Blanca del salón, la lámpara de techo parpadeó varias veces hasta que se encendió.

—Joder, por fin —exclamó Sofía lanzándose a su móvil—. Mi madre estará histérica porque no la he llamado.

Helena bufó como si esa conexión con su progenitora la sacara de quicio y Sofía le volvió a echar una mirada matadora. Iban a decirse algo hostil, pero el móvil de Blanca empezó a vibrar sin pausa y captó su atención. Concha, que lo tenía al lado, lo cogió y puso cara de asombro.

—La hostia, ¿cuarenta y siete wasaps? —se preocupó e, inocentemente, abrió la conversación con tantos mensajes.

Su gesto pasó de la preocupación al asombro, a la incompreensión, al estado de *shock*...

—¿Qué pasa? —preguntó Sofía al ver la cara desencajada de la cocinera.

Blanca entró en ese momento y vio a su novia con su móvil en la mano.

—¿Quién es Marisa, Blanca? —le preguntó con miedo en los ojos.

Su novia no contestó y se dirigió corriendo hacia ella con un gesto de pánico, y le arrebató el móvil sin que opusiera resistencia. Leyó los primeros mensajes de Marisa y supo que la habían pillado.

—Concha... —Le acarició el brazo, pero Concha se apartó.

—¿«No puedo dejar de pensar en ti» y «a ver si cortas ya con ella, que no soporto que estéis juntas un día más»?

—Concha...

—¿Me ibas a dejar? ¿Te la has follado ya? ¡¿Esta también es una puta historia inventada de tu puto juego de mierda?!

Blanca callaba.

—¡Joder! ¡Hostia puta, Blanca! —Y rompió a llorar.

La yogui miró a sus amigas con los ojos húmedos.

—¿Nos dejáis solas, por favor?

Esas cinco palabras bastaron para que Sofía y Helena cogieran los abrigos y salieran a la calle. Y estaban bajo cero, seguro.

[3]. kd lang, con minúscula y sin puntos, es una cantante canadiense lesbiana que se dio a conocer internacionalmente en los 90 con el disco *Ingènue* y el *single* «Constant Craving».

LIENZO EN BLANCO

Parecía como si estuvieran en una película antigua, de las que usaban la técnica de la noche americana para simular oscuridad cuando rodaban de día. El hielo y la nieve cubrían todo de blanco: tierra, matorrales y árboles. La luna llena multiplicaba su resplandor y creaba sombras imposibles en la noche. Y hacía frío. Sofía y Helena acababan de salir de la casa para dejar intimidad a sus amigas, sobre las que había caído una tormenta de consecuencias más devastadoras que la que las había mantenido encerradas.

Caminaban en silencio, aún con el eco de su última discusión flotando en el aire helado.

—Vaya movida con estas, ¿no? —dijo Helena intentando romper el hielo, el metafórico—. ¿Tú sabías algo?

—¿Algo de qué? —preguntó Sofía de forma seca.

—Del lío de Blanca con esa tal Marisa.

—Pues no, ni idea.

—¿No es tu mejor amiga?

—Si le está poniendo los cuernos a su novia, obviamente no es algo que quisiera pregonar, ¿no?

Helena sabía que cuando Sofía entraba en modo enfado era muy difícil sacarla de ahí.

—Ya estás enfadada, ¿no?

La bibliotecaria se detuvo y la miró con severidad.

—Estoy harta de que me trates mal, siempre tienes un comentario irónico para todo lo que digo o hago, te burlas.

—Yo no me burlo, Sofía, yo soy irónica con todo el mundo, soy así, joder.

—Pero a mí me haces daño.

—Tú también me haces daño.

—¿Yo?

—Sí, tú. A veces me miras como si hubiera dicho algo terrible, me haces sentir mal.

—Es que a lo mejor has dicho algo terrible.

—Tú también dices tus cositas.

—Porque me defiendes.

—Yo no te ataco.

—Sí lo haces.

—Y tú también.

—Porque tú empiezas antes.

—Claro, tú eres santa y perfecta y todo lo que dices es inocuo, pero eres muy pasiva-agresiva, ¿sabes?

—Y tú agresiva a secas y me haces daño, joder.

Las dos callaron y se miraron durante unos segundos eternos, hasta que Sofía comenzó a andar de nuevo.

—No es mi intención hacerte daño, Sofía, y tú también me haces daño, de otra manera, pero me lo haces.

—Es que me sacas de quicio.

—Es que te pones insoportable.

Caminaron unos metros más en silencio. La bibliotecaria cerró los ojos antes de hablar.

—Tampoco es mi intención hacerte daño —reconoció en tono más calmado.

—Entonces si no es nuestra intención ¿por qué lo hacemos?

Se volvieron a callar y siguieron caminando, con la mirada perdida en el pasaje de luz fantasmal que las rodeaba.

—Llevas todo el fin de semana soltándome puyitas, te has reído cuando he contado mi historia de salir del armario, me dices cosas como «¡qué vida más triste!» en tonito de burla, o que si no tengo tanta imaginación, o que soy «muy sensible», no sé...

—Pero Sofi, que todo eso son bromas, tía, es que no tienes sentido del humor, no es para tanto.

—¿Lo ves? Y cuando protesto le quitas importancia haciéndome parecer una loca.

—No se puede hablar contigo, de verdad. ¿Y tú te crees que a mí no me duele que me mires como si te hubiera hecho una ofensa tremenda y que te

enfades conmigo cuando sabes cómo soy y sabes que no digo las cosas para hacerte daño?

—Pero es que me lo haces, Helena, sea tu intención o no. Mira, paso. Vamos a dejarlo.

—Bueno, pues ya está, tú me haces daño y yo te hago daño.

—Pues si no podemos ser ni amigas ni nov... —se interrumpió— ni nada, pues no seamos nada y ya está, fin del problema, ¿no? No seamos nada. Total, para el caso que me haces tampoco lo ibas a notar.

—¿Ves? Otra vez pasiva-agresiva.

—¡Joder, ¿no puedo decir lo que siento o qué?!

Silencio. ¿Qué sentía? Helena se preguntó también qué sentía ella. Tras un largo silencio fue la informática quien apretó la mandíbula y cerró los ojos antes de hablar.

—Yo no quiero eso.

—¿El qué?

—No ser nada.

—¿Y entonces qué quieres? Así yo no puedo seguir.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Creía que estábamos bien así.

—Pues yo no lo estoy, ¿es que no lo ves?

Nuevo silencio. Al rato, Helena, como si nada, le cogió la mano y dijo de forma desenfadada:

—Vaaale, te haré más caso.

Y Sofía no pudo más y rompió a llorar negando con la cabeza, pero sin desasirse de la mano de Helena.

—¿Por qué lloras ahora?

—Porque no quiero que me hagas más caso, ¡quiero que me hagas todo el caso!

—No llores —fue lo único que atinó a decir Helena.

—¿Solo se te ocurre decir eso? Nunca te he visto llorar, deberías probarlo.

Sofía bufó para serenarse y echó a caminar con la intención de soltar la mano de su amiga, pero esta se la apretó y la acompañó sin desasirse de ella. Así caminaron otro buen rato en silencio. Helena se la acariciaba sutilmente y Sofía se dejaba, sin corresponderle, no por falta de ganas o por timidez, sino por hartura.

—¿Y tú qué quieres? —preguntó Helena.

—¿De qué?

—¿De nosotras?

Sofía estaba cansada de estar siempre entre dos aguas, en tierra de nadie. Normalmente, estaría recomida y paralizada por los nervios de tener a Helena cogida de la mano, pero la maría y el alcohol la habían hecho relajarse y pasar de todo bastante. Así que se detuvo, se puso frente a ella e hizo que la mirara a los ojos. En cualquier otra circunstancia no habría podido sostenerle la mirada, pero ahora ella había iniciado el juego. Y juraría que pudo ver el miedo en sus ojos. Helena le soltó la mano y la agarró de la nuca para atraerla hacia sí y chocó sus labios con los suyos, con rabia, con brusquedad. Sofía la apartó con la misma poca delicadeza y se alejó en dirección a la casa.

—Vete a la mierda —fue lo único que la bibliotecaria atinó a decir. Ya ni lloraba.

Helena se quedó observando cómo se iba, paralizada, sin saber qué hacer, sin saber qué quería hacer. ¿Qué le pasaba con ella? ¿Por qué todo era tan complicado con ella?

De lo único de lo que estaba segura era de que lo que fuera que pudiera pasar no podía ser peor de lo que sería no verla más. Eso lo tenía claro. Tenían que cerrar de una vez el puto asunto que, obviamente, seguía abierto. Caminó rápido —porque correr era un suicidio con tanto hielo— y alcanzó a Sofía a unos metros de la entrada de la casa. La agarró del brazo e hizo que se detuviera y que la mirara.

—Qué —dijo la bibliotecaria con hartazgo.

Helena la agarró de la cintura con delicadeza, Sofía juraría que le temblaban las manos, aunque quizá fuera por el frío. Y la besó de nuevo, pero esta vez fue un beso tierno, lento, al que Sofía correspondió del mismo modo. Primero poco húmedo y luego un poco más húmedo y luego más húmedo todavía, y más profundo y más intenso. Hasta arrancarles un par de jadeos a cada una.

—Vamos a nuestra habitación —dijo Helena tras separarse.

—No hay colchones.

La informática soltó una risotada.

—Es para enseñarte algo que tengo en mi mochila, pero si quieres un colchón, lo subo, *no problem*.

Sofía se puso roja como un tomate. Y Helena le regaló una sonrisa, una de

esas de medio lado que tanto amaba si iban dirigidas a ella y que tanto odiaba si iban dirigidas a cualquier otro ser vivo.

Cuando entraron en el salón se esperaban oír gritos, pero todo era calma. Blanca estaba sentada en el sofá inclinada hacia delante y se cubría la cara con las manos. Sofía se acercó y le pasó el brazo por los hombros.

—¿Estás bien?

—No —dijo en un hilo de voz.

—¿Y Concha?

—Se ha encerrado en la habitación.

—¿Ha pasado algo con esa tal Marisa?

Blanca dio un suspiro producto del reciente llanto y afirmó con la cabeza.

—Ha sido superior a mí... yo...

—Ya te vale, tía —intervino Helena.

—La relación con Concha ya estaba mal...

—¿Y ella sabía lo mal que estaba? —añadió—, porque no parecía tener la menor idea.

—Ella no lo quería ver.

—Ya... —asintió con ironía la informática.

Helena miró a Sofía y le hizo un gesto para que la siguiera. Pero ella señaló discretamente a su amiga, como si estuviera mal dejarla allí sola.

—¿Quieres hablar? —preguntó Sofía.

Blanca volvió a cubrirse la cara con las manos y negó con la cabeza.

—¿Me podéis dejar sola, por favor?

—Claro.

Sofía le hizo un gesto a Helena para que la siguiera y dejaron a su amiga llorando de nuevo.

Entraron en su dormitorio en silencio. La informática se apoyó en la cómoda y la miró con dulzura. ¿Estaba nerviosa? Sofía no sabía qué decir, así que no dijo nada. Helena fue hacia el armario y sacó algo de su mochila. Le tendió una cajita de madera del tamaño de una caja de cerillas y su amiga la miró extrañada.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Lo abrió y su corazón se olvidó de la relajación inducida por el alcohol: eran dos llaveros iguales a los de aquella tienda de Granada: en uno ponía Sofía y en el otro Helena, con hache.

—¿Has registrado mis cosas? —la bibliotecaria sintió que le ardía la cara.

Helena frunció el ceño sin comprender.

—¿Por qué dices eso?

Sofía fue también al armario y rebuscó en su maleta hasta que encontró una bolsita que llevaba consigo desde hacía dos años, desde que hizo otro viaje a Granada. Lo trajo con ella el fin de semana porque sí, porque no lo pudo evitar. La abrió y comprobó que estaban los dos llaveros con sus nombres. Se los enseñó con una tímida sonrisa. Por primera vez no se sintió en tensión con ella... su nerviosismo era ahora de otra índole.

Helena era menos escéptica de lo que daba a entender y, con Sofía, tendía a un romanticismo que ella misma no sabía muy bien cómo manejar. Hacía seis meses fue con su último ligue a Granada y, no estaba segura de si fue por casualidad o no, pero se encontró delante de la tienda de suvenires y no pudo evitar comprar los llaveros; se preguntó muchas cosas, pero no sabía muy bien cómo responderlas.

No tenía ni idea de cómo sacaría el tema o cuáles serían sus consecuencias, pero la informática, desde que compró los llaveros, tenía pensado decirle a Sofía que fue ella misma quien boicoteó la primera parte de su historia, porque estaba segura de que se había sugestionado por la ausencia de esa maldita hache. Se preguntó muchas veces qué habría pasado si no hubiera pisado aquel llavero que ponía Elena y no Helena. Ella no estaba segura de lo que quería, pero su historia con Sofía tenía que cerrarse de una vez; al menos tenían que hablar. Iba a decírselo en ese momento, a decirle que había dudado de la relación porque aquella sincronía no fue perfecta, pero quizá le sonaría a reproche, así que no dijo nada. Tampoco le dijo que ahora sentía que quería comprobar qué hubiera pasado, quería arreglarlo y por eso había llevado los llaveros ese fin de semana, por si milagrosamente encontraba un buen momento y el valor para hacerlo.

En vez de usar palabras, simplemente se miraron, se sonrieron y se besaron. Querían decirse tantas cosas que era mejor callarlas: que no querían hacerse daño, que se importaban, que querían que funcionara, que querían crear su propio destino, su propia sincronía perfecta.

—¿Subimos un colchón?

Sofía asintió con una sonrisa en los labios.

Esa noche de calma tras la tormenta, una pareja se había roto y otra había renacido de sus cenizas. Al día siguiente, con las comunicaciones restablecidas, la carretera despejada y los ánimos muy diferentes, se marcharon de la casa rural del tío Anselmo. Helena conducía y Concha iba de copiloto para no tener que estar cerca de su ya exnovia. Blanca y Sofía iban detrás, tan en silencio como las otras dos. Concha tenía el gesto duro y el corazón roto en mil pedazos; Blanca tenía la mirada dolorida y el alma más ligera, como si se hubiera quitado un peso de encima que no quería reconocer; Sofía se sentía más segura que en toda su vida, como si los miedos hubieran dejado, al fin, espacio al valor; y Helena se sentía más vulnerable que nunca, porque por fin se había recocado a sí misma que estaba enamorada de su eterna amiga, pero también sabía que ya no habría vuelta atrás, que nada era para siempre y que ya no podría volver a ser amiga de Sofía cuando ese «siempre» terminara. Solo tenía una certeza: quería con todas sus fuerzas que funcionara.

Y querer —en algunas ocasiones al menos— es poder... Aunque quizá esto también sea mentira.

Autora

B. S. Gairald nació a finales de los 70 en un pueblecito del sur de España, aunque vive desde hace muchos años en las afueras de Madrid (prefiere no desvelar dónde por si se hace famosa y se ve obligada a ir saludando fans por las calles). Tras licenciarse en Filología Hispánica en la Complutense, ha realizado innumerables cursos de lo más variopinto para satisfacer su insaciable curiosidad. Su afición por fantasear con historias le viene desde pequeña, pero solo ha sido capaz de escribir unas pocas.

Su trabajo y sus infinitos *hobbies*, entre ellos la escritura, le impiden dedicarse a su verdadera pasión: ver series. Comparte sus momentos de ocio con internet y con dos gatos, asignados al nacer como hembra y macho, a los que llama Thelma y Luis, indistintamente, porque de todas formas nunca acuden. Los adora. Si esta minibiografía fuera para un currículum, diría de sí misma que es proactiva, que tiene nivel medio de inglés y que trabaja bien en equipo, pero sería mentira.